LANA LEVY



¡Haz tu magia!

Contenido

CRÉDITOS
SINOPSIS
¡HAZ TU MAGIA!
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
EPÍLOGO

¡HAZ TU MAGIA!

Primera edición: Enero 2025

Copyright © Lana Levy, 2025

Todos los derechos reservados. Los personajes y hechos que se relatan en esta historia son ficticios. Cualquier similitud con personas o situaciones reales sería totalmente casual y no intencionada por parte de la autora.

Quedan prohibidos, sin la autorización expresa y escrita del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea eléctrico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra. Si necesita reproducir algún fragmento de esta obra, póngase en contacto con la autora.

SINOPSIS

Lidia tiene una vida tranquila en la ciudad, un trabajo en una agencia de publicidad que no la llena del todo y dos amigas inseparables con las que comparte risas… y mucho salseo.

Su mundo da un vuelco al reencontrarse con Román, un mago medio famoso… y también el niño que le hacía la vida imposible en el colegio.

Solo que ahora es un tipo carismático y muy sexy.

Y entre espectáculos de magia, secretos familiares y un fuego que se niega a apagarse, Lidia pronto descubrirá que el amor… puede ser el truco más inesperado.

¡Haz tu magia!

Lana Levy

CAPÍTULO 1

Las rupturas son siempre una mierda, pero estar en la oficina un jueves ante un teclado pegajoso y una pantalla que insiste en apagarse sola me hacía pensar que quizás mi vida se había convertido en una comedia.

Una comedia escrita por un guionista bastante sádico.

Había pasado la semana intentando concentrarme en mi trabajo de redactora creativa en la agencia, pero cuando tu ya ex decide que "necesita un tiempo para encontrarse a sí mismo", las ganas de currar se van al mismo sitio que él: a tomar viento.

—¡Lidia, que espabiles! Tenemos una reunión en cinco minutos— saltó Vega, desde el otro lado del cubículo.

Suspiré.

Cinco minutos para recuperar mi cara de "estoy perfectamente, gracias".

Cuando me levanté, Celeste ya estaba a mi lado con esa sonrisa traviesa que me ponía tan nerviosa. Algo tramaba.

—He estado pensando… —empezó con ese tono que indicaba que se traía algo entre manos.

—¡Pensando! Eso nunca trae nada bueno, Celestina —respondí.

Hacía mucho tiempo que no protestaba cuando la llamábamos Celestina. Y es que era la versión viva de una Celestina moderna, solo que con ideas mucho más peregrinas, muy relacionadas con citas desastrosas o con meterme en líos.

—Lo digo en serio —dijo—. Hoy vamos a salir. Hace mucho que no salimos un jueves.

Vega apareció de la nada, como siempre. Se cruzó de brazos y asintió.

—¡Dilo, reina! Ya es hora de que dejes de regodearte en tu miseria. Esta noche nos vamos de fiesta.

—Fiesta… ¿en serio? No sé si estáis al tanto, pero no estoy de humor para salir a fingir que me divierto mientras bailo *reggaeton* cutre —concluí, con mi típico tonito de sentar cátedra.

—No es una discoteca —dijo Celeste, como si eso mejorara las cosas—. Es algo mucho mejor. Vamos a ver un espectáculo de magia.

Me quedé mirándola, esperando que soltara la carcajada, pero no. La tía iba en serio.

—¿Magia? ¿Me estás diciendo que vamos a ver a un tío sacar conejos de un sombrero? —le solté, cruzándome de brazos.

Vega sonrió.

—No subestimes el poder de un buen truco. Además, se comenta que el mago es un bombón.

—Ah, claro —bufé—. Porque lo que más necesito en la vida ahora mismo es un mago con capa y varita. Eso lo arregla todo.

—Venga ya, Lidia. No seas rabiosa —dijo Celeste—. Desde que Nacho te dejó no has hecho más que quejarte, comer helado y ver capítulos de *Élite* en bucle. Ya es hora de que hagas algo distinto. Esto te va a venir genial.

—Helado y *Élite* son un combo perfecto, no sé qué os pasa —protesté.

—Exacto, y con tu combo perfecto ya llevas dos semanas. No estamos diciendo que vayas a encontrar al amor de tu vida viendo un *show* de magia, pero al menos te distraerás y, si hay

suerte, el mago te saca a hacer un truco y te metes en su chistera. *Win win* —dijo Vega, dándome un codazo.

Celeste se rió, disfrutando de mi incomodidad.

—Vale, ¿qué queréis? ¿Que vaya, vea unos cuantos trucos y así os quedáis tranquilas?

—Bingo —dijeron al unísono.

Así que allí estábamos, en una pequeña sala en pleno centro de Madrid, salpicada de luces tenues y con un escenario enano. Y yo sentada entre Celeste y Vega, —me habían puesto en medio para que no me escapara— con los brazos cruzados y la sensación de que el karma me debía una.

El ambiente era agradable, lo admito, pero seguía sin entender qué demonios hacía yo allí viendo a un mago cuando podía estar tranquilamente en casa lamentándome de todas las fechorías de mi ex.

Celeste, emocionada como una cría, me dio un codazo cuando el mago salió al escenario.

Era alto, fibroso, guaperas, con una sonrisa que parecía gritar "soy muy listo y lo sé". Algo en su mirada me resultó… familiar, pero no le di demasiada importancia.

Al menos al principio. Hasta que habló.

—Buenas noches Madrid, soy Román, y esta noche vais a ver cosas que no os vais a creer… —dijo, con esa seguridad en la voz que solo los tipos arrogantes tienen.

¿Román?

Mis cejas se alzaron de inmediato. Conocía ese nombre. Conocía ese maldito tono de voz. Y de repente, el recuerdo me golpeó, vívido como un ladrillo.

Román no era cualquier mago.

No, él era *el* Román.

El mismo imbécil que me había hecho la vida imposible en el colegio con sus bromas pesadas, su sarcasmo y esa estúpida sonrisa de suficiencia. Román, el niñato que solía llamarme “Lidi la torpe” porque tropecé una vez en clase de gimnasia. *Ese* Román.

—No puede ser… —murmuré, más para mí que para las chicas.

—¿Qué? —preguntó Vega.

—Ese tío… es Román. El del cole. El gilipollas que me hacía *bullying.*

Celeste soltó una carcajada y Vega la siguió.

—¡¿En serio?! —dijo, sin poder contener la risa—. ¡Esto es maravilloso!

—Maravilloso mis narices. Es justo lo que me faltaba hoy —murmuré, tratando de hundirme en mi asiento.

Román empezó su paripé, y no sé si fueron los focos o mi imaginación, pero juraría que sus ojos se detuvieron un momento en mí. *Lo sabía*. Ese idiota me había reconocido. De repente, algo cambió en su tono.

—Para este siguiente truco, voy a necesitar un voluntario o voluntaria —dijo, con una sonrisa traviesa. La misma sonrisa que recordaba del colegio. Esa que me sacaba de quicio.

Y, por supuesto, su mirada se clavó en mí.

—¿Tú? —preguntó, señalándome directamente.

El muy cabrón.

—Ni loca —dije, agitando la cabeza. Pero mis amigas, las traidoras, ya me estaban empujando hacia el escenario.

—Vamos, Lidia —susurró Celeste, casi llorando de la risa—. Esto va a ser épico.

Subí al escenario entre la incredulidad y el cabreo. Román me recibió con una sonrisa encantadora, como si no hubiera sido un completo imbécil en el pasado.

—Bueno, bueno. Qué honor tenerte aquí arriba —dijo, sin desprenderse de esa maldita sonrisa. Me dieron ganas de darle un puñetazo en la cara. Pero, claro, la gente estaba mirando.

—No te emociones— dije, cruzándome de brazos—. Solo estoy aquí porque mis acompañantes me han obligado.

—Claro, claro —contestó, haciendo un gesto teatral—. Eso me suena. Me lo dicen mucho. Siempre haciendo las cosas a regañadientes, ¿eh? ¿Te llamas…?

—Lidia.

—Lidia. Bienvenida.

Lo fulminé con la mirada mientras él se preparaba para su truco. ¿Me había reconocido? Al principio parecía que sí, pero no estaba segura del todo…

De lo que sí estaba convencida era de que iba a hacerme quedar en ridículo de alguna forma.

Pero para mi sorpresa, no fue así.

Román hizo aparecer una carta en mi mano de la nada, luego me envolvió en una capa de seda, y cuando me la quitó, todo el público aplaudió. Aparentemente nadie me veía.

Lo peor fue que, por un segundo, me quedé impresionada. ¿Cómo demonios lo había hecho?

La sala estalló en un sonoro aplauso.

—No ha estado mal —admití, volviendo a mi asiento mientras farfullaba, como un viejo enfadado en el ambulatorio.

Celeste y Vega no paraban de reír, y aunque me fastidiaba, no pude evitar sonreír un poco.

Tal vez esto no había sido un completo desastre.

No había sido para tanto, ¿no?

Aunque claro, todo sería mejor si Román hubiese desaparecido en su propio truco de magia.

CAPÍTULO 2

Los viernes siempre eran duros, pero aquel era especialmente letal. Estaba en la oficina con un café doble en mano, muy consciente de que mi cerebro funcionaba a medio gas.

Aún no entendía por qué demonios había aceptado salir un poco más después del espectáculo de magia. Después de todo, una copa no iba a cambiar mi vida… aunque, al parecer, sí la de Vega, que ni siquiera había aparecido por la oficina.

—Esta tía ha alargado la noche por su cuenta —murmuré, mirando su silla vacía.

Eso o se había evaporado, porque su móvil seguía apagado y no había dado señales de vida. Me imaginaba perfectamente a Vega en algún bar oscuro, tirando de chupitos con algún guaperas que hubiese conocido mientras nosotras nos íbamos a casa como mujeres decentes. Bueno, decentes es un decir…

Celeste, por supuesto, estaba por allí conmigo, fresca como una lechuga.

—Menuda cara tienes —dijo, sentándose en el borde de mi mesa con su *tupper* lleno de frutas troceadas. ¿Cómo podía alguien estar tan radiante un viernes por la mañana después de salir hasta las tantas? Y lo más misterioso de todo: ¿cuándo había tenido tiempo para pelar y partir primorosamente esos melocotones?

—¿Qué esperabas? Después del *show*, copita por aquí, copita por allá… Y Román —bufé, recordando la surrealista noche de ayer—. Aún no me creo que ese idiota sea mago. ¡Mago!

—Eso es porque te subió al escenario. No le podías quitar los ojos de encima.

—No empecemos… —dije, dándole un sorbo a mi café—. ¿Tú crees que me reconoció?

—Por supuesto. ¿No viste cómo te miraba? Esa sonrisa no se la ofrecía a todo el mundo.

Pasé de ella, pero no podía quitarme al mago de la cabeza. ¿Me había reconocido? Y lo más importante: ¿qué coño hacía Román convirtiéndose en mago? Si estaba obsesionado con ser futbolista… El tipo que me hacía la vida imposible en el colegio ahora se dedicaba a sacar cartas de un sombrero y hacer desaparecer pañuelos de colores. La vida era absurda.

—¡Un mago…!

—Lo de mago será un *hobby*, mujer —dijo Celeste.

Decidí hacer lo más sensato: una investigación a fondo. Y cuando digo "a fondo", quiero decir un buen repaso a sus redes sociales. Abrí el portátil y tecleé “Román, mago, Madrid” en Google. Para mi sorpresa, no fue difícil encontrarlo. Tenía un perfil de Instagram con unos veinte mil seguidores. Empezamos bien.

—A ver, ¿qué tenemos aquí? —musité mientras Celeste se inclinaba a mi lado, husmeando conmigo.

La primera foto que me saltó a la cara fue una de Román; camiseta blanca ajustada, vaqueros, sonrisa perfecta. Debajo, unos cien comentarios de chicas echándole flores y algún que otro "hazme desaparecer contigo". Ugh.

—Vale, sí que tiene pinta de guapo oficial —admití de mala gana, aunque me molestaba que el Román al que yo recordaba, con granos y aparato, ahora fuera casi un modelo.

Seguimos haciendo *scroll.*

Había muchas fotos de espectáculos, luces, aplausos, fanfarria y, oh, ahí estaba ella. Una

rubia exuberante. Perfectamente peinada, con un vestido de esos que te cuesta el sueldo entero solo mirarlo.

—¿Esa es su novia? —preguntó Celeste con ojos brillantes.

—Tiene toda la pinta —respondí, mirando con desagrado una foto de Román abrazándola en lo que parecía un yate. Ella reía, él sonreía a cámara. Perfectos, impecables, asquerosos. La foto era de hacía unos dos años.

—Qué suerte tiene la rubia —dijo Celeste, sonriendo con picardía—. Pero seguro que es aburridísima. No como tú.

Levanté una ceja.

—Gracias por el ánimo, Celestina.

Pero algo más en esa foto me dio rabia. Años antes, Román me había sacado de quicio, pero ahora lo hacía de una forma distinta. Y odiaba eso. Me molestaba que, después de tanto tiempo, ese imbécil siguiera teniendo la capacidad de hacerme sentir algo. Aunque fuera pura irritación.

—Voy a investigar sobre los trucos que hizo —dije, desviando la conversación para que Celeste dejara de meter cizaña.

Busqué "trucos de magia en espectáculos" y "cómo adivinar una carta", pero los resultados eran bastante dispares. Había trucos con imanes, cartas marcadas y otras teorías que incluían hasta hipnosis. Nada que explicara cómo demonios Román había logrado que el público no me viese estando delante de ellos la noche anterior.

—No entiendo nada. ¿Cómo lo hizo? ¿Cómo se supone que me volvió invisible? —dije en voz alta.

Celeste se encogió de hombros mientras pinchaba un trozo de piña de su *tupper*.

—Es magia, Lidia. La gracia está en no entenderlo.

—Bah, ¡magia! —repliqué, haciendo una mueca. Pero en el fondo, me carcomía la curiosidad. ¿Me había sacado al escenario porque me reconoció? ¿O simplemente había sido un burdo intento de humillarme, como en los viejos tiempos?

Celeste seguía a mi lado, con esa sonrisa de quien lo tiene todo clarísimo.

—Si te subió al escenario, fue por algo. Los magos siempre eligen a las personas que les interesan.

—¿Estás diciendo que tal vez está interesado en mí? —me reí, pero el tono de mi voz sonaba más nervioso de lo que me habría gustado.

—Estoy diciendo que deberías averiguar si te reconoció o no. Esa sonrisa no era la de un desconocido.

Celeste dejó el tenedor junto al teclado.

—Oye, Lidia, eso del *bullying*…¿iba en serio? Quiero decir, no te dejó traumatizada ni nada de eso, ¿no? No me gustaría haberme reído de algo que te puso las cosas cuesta arriba siendo una niña.

—Oh, no. No. No fue nada del otro mundo. Solo era un idiota. No conmigo, sino que lo era en general. Creo.

Se encogió de hombros.

—La gente cambia. Han pasado siglos. Puedes pasar del tema o… si te lo encuentras, hablar con él. ¿Quién sabe?

CAPÍTULO 3

El reloj dio las seis, y por fin salí de la oficina, lista para el fin de semana. Un suspiro de alivio salió de mis labios mientras cruzaba la puerta. No es que el día hubiera sido productivo, pero, al menos, había logrado mantener los ojos abiertos.

Cuando me fui Vega seguía sin aparecer, lo que solo reforzaba mi teoría de que la muy lista había prolongado la noche después de que nosotras nos fuéramos a casa.

Celeste, por su parte, se había pasado toda la mañana elucubrando y haciendo bromas sobre Román. No me ayudaba en absoluto a dejar de pensar en él.

Y allí estaba yo, caminando hacia el metro y dándole vueltas, otra vez, al dichoso mago. La imagen de su sonrisa arrogante no dejaba de rondarme por la cabeza, y aunque me moría por negarlo, en el fondo seguía alucinando. ¿Cómo era posible que, después de tantos años, hubiera aparecido así en mi vida, de la nada, como si fuera una especie de broma cósmica?

Intenté recordar qué había pasado exactamente entre nosotros en el colegio. Mis recuerdos eran bastante borrosos. No era que me hubiera hecho *bullying* de forma abierta, pero había algo… algo que siempre me había dejado la sensación de que nuestra relación había sido más complicada de lo que parecía. Había sido tóxica de una manera algo retorcida, aunque yo no lo entendiera del todo en ese momento.

Recuerdo que sus bromas me fastidiaban, sí, pero había algo más. Algo en la forma en que me miraba cuando me soltaba uno de sus comentarios mordaces. Como si, en el fondo, esas pequeñas fechorías fueran solo para asegurarse de que yo no lo olvidara. Y lo peor es que… a mí me gustaba. Me gustaba que me prestase atención. Era como si, en el fondo, esas pequeñas crueldades fueran su forma retorcida de decirme: "Me importas".

Nunca lo habría admitido en voz alta, pero ahora, después de verle de nuevo, me daba cuenta de que mi yo preadolescente había disfrutado de eso más de lo que recordaba.

Al final pasé del metro y decidí caminar, para despejarme.

Saqué el móvil y abrí la *app* de videollamadas.

Solo había una persona que podía aclarar mis recuerdos sobre Román: Clara, mi hermana gemela.

Ella siempre había sido la más lista de las dos, la que recordaba detalles y analizaba las cosas de una forma lógica. Mientras yo me enredaba en mis pensamientos, Clara descomponía los hechos como si fueran un problema matemático. Y solía salir victoriosa.

—¡Clara! —dije en cuanto su cara apareció en la pantalla—. ¿Tienes un minuto?

—Claro —contestó con una sonrisa—. ¿Qué pasa, Lidi? ¿Otra crisis existencial?

—No… bueno, sí, un poco. Es que te va a sonar raro, pero, ¿te acuerdas de Román? El del colegio.

La sonrisa de Clara se torció, como si acabara de recordar algo incómodo.

—¿Román? Claro que me acuerdo. Era el tío ese que no paraba de hacerte la vida imposible. ¿Por qué?

—Es que… lo vi anoche.

—¿Que lo viste? —Clara parpadeó, y su expresión se tornó más interesada—. ¿En serio?

¿Dónde?

—En un espectáculo de magia —respondí, consciente de lo ridículo que sonaba todo—. Es mago, Clara. ¡Mago! Y resulta que sigue siendo el mismo idiota arrogante.

Mi hermana dejó escapar una carcajada.

—Increíble. ¿Qué demonios hacía Román de mago? No puedo creerlo.

—Pues créetelo. Me sacó al escenario, y lo peor es que me siguió sacando de quicio, como en el colegio. Pero… —vacilé, porque esto era lo más complicado de admitir—. No sé, siento que me estoy volviendo loca. No sé por qué, pero algunos de mis recuerdos sobre él están como bloqueados. Como si no recordara todo con claridad.

Clara dejó de reírse y me miró más seria.

—Eso no me sorprende. El cerebro bloquea recuerdos traumáticos a veces. No digo que Román fuera un trauma para ti, pero, ¿te acuerdas de cómo siempre te fastidiaba? Yo te lo decía. Era raro que te buscara tanto solo para molestar.

—Sí… sí, tienes razón —suspiré, recordando cómo Clara me advertía, pero yo, en lugar de hacerle caso, seguía prestando atención a Román. Porque, en el fondo, me encantaba esa atención—. Es que no puedo dejar de preguntarme si en realidad lo que quería era… ya sabes, algo más.

Clara se encogió de hombros con esa calma científica suya.

—Es posible. Puede que fuera su forma retorcida de acercarse a ti. A algunos chicos les falta madurez para entender lo que sienten. Pero, ¿por qué piensas en eso ahora? ¿Te interesa?

—¡No! Bueno… no lo sé. ¡Es que me irrita! Y además, parece que está saliendo con una rubia pijísima —añadí, recordando las fotos que había visto en redes sociales.

—¿Ya has estado investigando en redes? —bromeó Clara—. Vaya, pues eso me suena a interés.

—No, no, no… —me apresuré a desmentir—. Solo estaba… comprobando. Ya sabes, por curiosidad.

Mi hermana sonrió. Estaba disfrutando de la situación.

—Bueno, Lidi, sea lo que sea, ten cuidado. Y no te dejes llevar por viejos recuerdos, que a lo mejor ni eran tan buenos.

—Tienes razón —dije, aunque parte de mí seguía enredada en esos pensamientos confusos—. Por cierto, te echo de menos, Clara.

—Y yo a ti. A ver si vienes a verme a Londres pronto, nena. Necesito una buena excusa para salir un rato de este condenado laboratorio y que me dé un poco el aire.

—Lo haré. Prometido.

Nos despedimos, y volví a guardar el móvil en el bolso. Merodeé un rato por las calles de La Latina, tratando de despejar mi mente. Aunque era imposible. Cada esquina, cada paso que daba, me devolvía a Román. ¿Habría cambiado o seguía siendo el mismo crío engreído de siempre? Y lo más importante, ¿me habría reconocido o no?

Sin darme cuenta, acabé frente al teatro donde había actuado la noche anterior. Había otra función el domingo. Miré el cartel durante unos segundos, sopesando mis opciones.

Es solo un espectáculo de magia, me dije a mí misma. Pero en el fondo sabía que no se trataba solo de eso. Había algo más que me empujaba a querer saber qué pasaba con el mago.

Algo que no tenía nada que ver con sus trucos.

Quizás solo quiero respuestas, pensé. Y tal vez, ese mismo fin de semana las conseguiría.

CAPÍTULO 4

Era domingo por la mañana, y me había pasado todo el fin de semana tirada en el sofá, como una ameba humana. El sábado fue un espectáculo patético. Digamos que alcancé una nueva cota: yo, en pijama, atracando la nevera y viendo temporadas antiguas de *La Isla de las Tentaciones*.

Me sumergí en los dramas de otros para olvidarme del mío, pero solo conseguí hundirme más en mis pensamientos sobre Nacho, mi supuesta media naranja, y cómo había destrozado mi paz mental con su estúpido "necesito un tiempo".

A veces, me sentía como un cliché con patas.

¡Lidia, espabila!, me dije en voz alta mientras me preparaba para salir.

Vega me había propuesto un almuerzo ese domingo, y aunque parte de mí solo quería seguir arrastrándose del sofá a la cama y de la cama al sofá, sabía que me vendría bien despejarme un poco. Además, Vega había prometido "noticias". ¿Qué noticias podría tener ella que no incluyeran más resacas y noches de fiesta?

Cuando llegué al restaurante, Vega ya estaba sentada en la soleada terraza, con esas gafas de sol gigantes que le cubrían medio rostro. Yo aún no me había tomado mi café del día, pero la sospecha de que ella llevaba una resaca monumental era clara.

—¿Tienes algo que confesar? —le pregunté, mientras me sentaba frente a ella.

—Vale, sí, lo admito —dijo, levantando las manos—. El viernes no estaba enferma ni currando desde casa por alguna razón seria. Estaba teletrabajando… con resaca.

La miré en silencio mientras ella sacaba su móvil y lo dejaba sobre la mesa, preparándose para lo que sabía que iba a ser una confesión larga y probablemente caótica.

—¿Y qué hiciste? —pregunté finalmente, como si no supiera la respuesta.

—Pues, después de la copichuela del jueves, alargué la noche… un poco más de la cuenta; con Kim y Sonia, las de pilates —admitió, quitándose las gafas de sol para mirarme—. Y cuando me desperté el viernes, con el cerebro hecho puré, decidí que mi día consistiría en Ibuprofeno y reuniones por Zoom mientras me recuperaba.

—Me lo imaginaba —le dije, tratando de no reírme. Era muy típico de ella.

—Pero no te lo pierdas —dijo Vega, inclinándose hacia mí—. Ayer sábado… adivina a quién me encontré.

—¿A quién?

—A Román. A tu mago.

Sentí un pequeño escalofrío. ¿Por qué el destino se empeñaba en poner a Román en mi vida cuando más quería olvidarme de ese absurdo episodio?

—¿Qué? —pregunté, haciendo un esfuerzo por no parecer demasiado interesada—. ¿Dónde te lo encontraste?

—Fue en la calle, casualidad pura. Estaba haciendo unas compras y me lo crucé. El tío es guapo, Lidi, no te lo niego, pero el caso es que hablamos.

—¿De qué? —noté cómo mi pulso se aceleraba un poco.

—Pues, le mencioné que habíamos ido a su espectáculo y que te sacó al escenario. Le dije

que habíais ido juntos a clase cuando erais críos.

—¿Le dijiste eso? —la interrumpí, sintiendo un nudo en el estómago.

—Sí, ¿por qué no? Pensé que ya lo sabría. Pero ahí está la cosa —dijo, señalándome con el dedo—. Se quedó desconcertado. Me juró que no te había reconocido, que no tenía ni idea de quién eras.

—¿Cómo? ¿No me reconoció?

—Eso mismo me dijo —Vega se encogió de hombros—. Luego me pidió tu número.

Casi me atraganto.

—¿Qué? ¿Mi número?

—Ajá. Pero tranquila, no se lo di. Es que me pareció raro dárselo sin tu permiso explícito, así que lo dejé estar. Y después de eso, lo perdí de vista. Supongo que hubiese sido un poco raro seguir hablando después de darle semejante corte.

Me quedé en silencio, procesando lo que acababa de decirme. ¿Román no me había reconocido? ¿De verdad? Después de toda la maldita historia que habíamos compartido en el colegio, ¿me sacaba al escenario como si fuera una simple desconocida? Menudo golpe a mi destartalado ego.

—Alucino —dije finalmente.

Vega se encogió de hombros de nuevo y empezó a devorar su ensalada de diseño, llena de nueces y papaya, con la misma calma de siempre. Parecía que para ella esto no tenía mayor importancia, pero yo estaba en *shock*.

No le conté que tenía pensado ir al teatro otra vez esa misma tarde. Me daba un poco de vergüenza admitir que, después de todo, estaba lo suficientemente intrigada como para ver otro de sus espectáculos. Aun así, no podía sacarme los hechos de la cabeza. No me había reconocido. Y, por alguna razón, eso me irritaba más que cualquier otra cosa.

Cuando terminamos de comer puse una peregrina excusa acerca de una videollamada con mi hermana, pero en realidad me dirigí a casa para darme una ducha rápida y cambiarme antes de la función. No le había contado a nadie que iba a ir, principalmente porque sentía que era ridículo ir sola a un espectáculo de magia. Y encima, por segunda vez. Pero es que había algo en mí que no me dejaba en paz. Ahora más que nunca necesitaba respuestas.

La tarde había caído como si nada sobre Madrid cuando llegué al teatro. Miré la cartelera y allí estaba: “Román, Manipulador de Realidades. Función especial – Domingo a las 20:00h.”

¡Manipulador de Realidades!

¡Manipulador!

¿Necesitaba más señales para salir de allí pitando?

Me quedé en la acera, dudando. ¿De verdad iba a hacer esto? ¿Entrar sola, sentarme en un asiento en la penumbra, ver otra vez su espectáculo y, después, irme a casa fingiendo que nada me afectaba?

¿Cuál era el verdadero objetivo de todo aquello?

No, definitivamente era ridículo. Me di la vuelta, decidida a marcharme. Pero antes de que pudiera dar dos pasos, escuché su voz.

—¿Lidia?

Me giré con el corazón latiendo a toda velocidad, y allí estaba él, en una de las salidas de emergencia del teatro, mirándome con esa sonrisa de suficiencia que tan bien recordaba.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, dando un par de pasos en mi dirección.

No podía moverme. Todo en mí gritaba “huye”, pero mis pies parecían pegados al suelo.

—Solo… pasaba por aquí —mentí.

Lo peor es que me sonó fatal incluso a mí.

Román sonrió, y había algo en su mirada que no pude descifrar. Me hizo sentir pequeña y enorme al mismo tiempo, y esa era una sensación que no sabía si me gustaba o no.

—Claro —dijo, aún con esa maldita sonrisa—. Pues estás justo a tiempo para el espectáculo. ¿Quieres entrar? Te invito. Además, no tuve tiempo de darte las gracias por ayudarme el otro día.

Mis pies seguían pegados al suelo, pero mi corazón latía como si acabara de correr una maratón.

¿Entrar o salir corriendo?

Aún no lo sabía, pero ahí se desdoblaba mi destino, como en aquellos libros de “Elige tu propia aventura” que leía cuando era una niña.

CAPÍTULO 5

Lo seguí hasta su camerino. Aún no estaba del todo segura de por qué lo hacía, y podría contaros que mis pies se movían solos. Román caminaba por uno de los pasillos interiores del teatro como si fuera el rey de todo aquello, su territorio; con esa confianza que siempre había derrochado, incluso en el colegio.

Y yo, por alguna razón, lo seguía.

—Pasa, Lidia —dijo, abriendo la puerta de uno de los camerinos.

Dudé por un segundo, pero entré.

El camerino no era lo que esperaba; nada de espejos con bombillas, ni plumas, ni *glamour*. Solo una pequeña habitación con un sofá y una mesa llena de botellas de agua, una cafetera de cápsulas, una cestita con infusiones y una botella sin abrir de *Jack Daniels*.

—¿Quieres beber algo? —me preguntó, señalando las botellas.

—Agua está bien —contesté, porque claramente no estaba preparada para un *whisky* a esas horas y el café no me dejaría dormir.

Román me ofreció una botella de agua y se sentó en el sofá, relajado, mientras yo me mantenía de pie, sintiéndome fuera de lugar.

Había algo en la atmósfera que me resultaba extraño, como si estuviéramos en un espacio donde el tiempo no seguía sus propias reglas. O tal vez era solo mi cabeza dándole demasiadas vueltas a las cosas, como siempre.

Él se preparó un café en un periquete.

—Pero siéntate, por favor. Y cuéntame, Lidia —dijo, dándole un sorbo a su taza—. ¿Qué tal tu vida? Es curioso habernos encontrado después de tanto tiempo, ¿no?

Suspiré, sin saber muy bien por dónde empezar. ¿Qué tal mi vida?

Buena pregunta, Román.

—No hay mucho que contar —empecé, encogiéndome de hombros—. Trabajo como redactora en una agencia de publicidad. Nada del otro mundo.

—Eso no suena tan aburrido —dijo, mirándome con esos ojos que parecían ver más de lo que yo quería mostrar—. ¿Y qué más? Porque no te veo como alguien que solo trabaja.

—Pues... un poco aburrida últimamente, la verdad —admití, con una sonrisa nerviosa—. Salgo a patinar por el Retiro. Digamos que no estoy en mi mejor momento.

Dios, qué patética.

Pero Román asintió, entendiendo perfectamente lo que estaba diciendo. Se recostó un poco en el sofá, como si el hecho de que yo estuviera revelando algo personal fuera lo más natural del mundo.

—A todos nos pasa —dijo, con una tranquilidad que me sacaba de quicio y al mismo tiempo me relajaba—. Pero mira, estás aquí, viendo magia un domingo por la tarde. Eso es algo. Y lo de los patines no me sorprende. Nunca te los quitabas. Eras como un personaje de dibujos animados de esos que siempre lleva un distintivo encima. En tu caso, los patines.

—Sí, bueno, es como una constante cero problemática en mi vida a la que nunca le he dado muchas vueltas. Es solo algo que hago. De lo que no estoy muy segura es de cómo acabé aquí

esta tarde—respondí, riendo un poco.

—Tal vez el universo tenía algo preparado —dijo, con una sonrisa de esas que sabía que eran peligrosas.

Lo observé en silencio, y por primera vez desde que nos habíamos reencontrado, me di cuenta de verdad de lo atractivo que era. Román. El chico que había sido mi tormento durante años ahora era un hombre increíblemente sexy, y peor aún, estaba siendo encantador. Malditos sean los magos.

Intenté desviar mi atención de ese pensamiento. Mientras hablaba con él, me venían retazos de recuerdos del colegio, pero aún no lograba atar los cabos.

Lo único que recordaba con claridad era que había dejado de hacerme trenzas y coletas porque él siempre tiraba de ellas. Román había pasado un tiempo sentado detrás de mí en clase hasta que la profesora, cansada de sus impertinencias, lo cambió de sitio. Estiraba de mis trenzas como si ese fuera su pasatiempo favorito, y aunque me quejaba y me cabreaba, en el fondo... en el fondo me ¿gustaba?

—¿Sabes? —dijo él de repente, interrumpiendo mis pensamientos—. Deberíamos vernos alguna vez fuera de aquí. No sé, cenar juntos o algo.

Miró su reloj.

—Es que me toca salir ya al escenario —añadió—. Y querría seguir hablando contigo.

Lo miré, sorprendida por lo casual de su propuesta. ¿Cenar? Mi cabeza entró en modo alerta inmediatamente. ¿Estaba invitándome a salir? ¿Así, sin más?

—¿Cenar? —repetí, más como un eco que como una pregunta para confirmar que no estaba sorda.

—Claro. No hemos hablado en años, y, bueno, me intrigas, Lidia —sonrió de nuevo, esa sonrisa que probablemente usaba para hechizar a todo el mundo, literalmente.

Antes de que pudiera responder, un técnico entró para recordarle que faltaba poco para el inicio del espectáculo. Román se levantó, se estiró y me miró con una expresión relajada.

—Es el mismo espectáculo que viste el jueves, pero si quieres quedarte… —dijo, mientras se dirigía hacia la puerta.

—Me quedaré —dije, sin pensar.

—Genial. No te preocupes. Esta vez no te sacaré.

Y me quedé.

Me senté en una butaca del fondo y observé mientras Román hacía exactamente los mismos trucos que el primer día.

Sabía lo que iba a pasar en cada momento, pero aún así, verlo en acción tenía algo que me mantenía interesada. Quizá era él. Quizá era la forma en que dominaba la atención del público, la seguridad con la que manejaba cada truco, como si todo lo que pasaba en el escenario estuviera bajo su control.

Pero, claro, todo aquello era pura ilusión.

Magia. Engaños, en cierto modo.

Cuando terminó, me quedé sentada un rato, observando cómo el público se levantaba y comenzaba a abandonar el teatro. Me debatía entre acercarme a Román para despedirme o desaparecer discretamente.

Había algo en él que me atraía, sí, pero también me daba miedo.

No era el mismo niño que recordaba, o tal vez lo era y yo solo estaba viendo lo que quería ver.

Al final, me levanté, decidida a salir sin hacer ruido.

Justo cuando llegaba a la puerta, lo vi entre la multitud. Román estaba en el vestíbulo, pero no estaba solo.

Estaba hablando con ella.

La rubia exuberante de las fotos.

Incluso en persona parecía sacada de una revista de moda. Alta, delgada pero con curvas estratégicas, con esa confianza natural que tienen las personas acostumbradas a ser admiradas.

Los dos hablaban con familiaridad, y aunque no estaba lo suficientemente cerca como para escuchar, algo en su lenguaje corporal me hizo entender que se conocían bastante bien.

Me sentí estúpida de repente. ¿Qué demonios hacía yo allí? ¿Es que había olvidado que él salía con alguien? Me di media vuelta antes de que me viera y salí del teatro, molesta conmigo misma.

Molesta, básicamente, por lo que había empezado a sentir.

CAPÍTULO 6

La cocina de la oficina era nuestro refugio, el lugar donde las conversaciones pasaban de lo profesional a lo completamente absurdo en cuestión de segundos.

Aquella mañana de lunes, sin embargo, no podía pensar en otra cosa que en lo sucedido la tarde anterior con Román. Estaba confundida. Más que eso: me sentía atrapada en una especie de espiral en la que, cuanto más intentaba olvidarlo, más vueltas le daba al asunto.

Vega y Celeste estaban allí, cada una con su taza de café, listas para diseccionar cada detalle de mi vida, como siempre.

—¿Entonces te invitó a cenar? —preguntó Vega, con las cejas arqueadas, mientras sorbía su café como si estuviera viendo un episodio de una telenovela turca.

—Sí, pero no sé si fue una invitación de verdad o una de esas cosas que dejas caer por compromiso, ya sabes, "deberíamos quedar algún día" y nunca pasa.

—Hmmm... —Celeste frunció el ceño—. Eso suena sospechoso. ¿Cómo lo dijo? ¿Qué tono usó?

—No lo sé, Celestina, no soy Sherlock Holmes ni se me dan bien las imitaciones. Solo dijo algo como "Deberíamos vernos alguna vez para cenar o algo". ¿Te parece lo suficientemente ambiguo? —repliqué, sintiendo que mi frustración crecía.

—Pero, ¿y la sonrisa? —intervino Vega, con una expresión seria, como si ese detalle fuera clave—. Porque la sonrisa lo cambia todo.

—¿La sonrisa? —me reí, aunque no de forma divertida—. A ver, claro que sonrió. Es un mago. Sonríe todo el tiempo, va en el paquete.

Las dos se rieron.

—Lo que quiero decir es —continuó Vega, ignorando mi sarcasmo—, ¿era una sonrisa de "me caes bien" o una sonrisa de "me gustas"? Porque eso marca la diferencia.

Me quedé pensativa un segundo. ¿Cómo demonios se distingue una sonrisa de "me gustas" de una normal?

—No lo sé. No me paso el día analizando sonrisas, tía —bufé, pero no pude evitar que la duda me corroyera por dentro.

Celeste se rió, como si todo aquello fuera una broma gigantesca.

—Bueno, sea lo que sea, te invitó a cenar. Y eso es más de lo que ha hecho con nosotras —dijo, dando un sorbo largo a su café—. Así que deja de darle tantas vueltas y disfruta del hecho de que Román, el Manipulador de Realidades, quiere verte fuera del escenario.

—Manipulador de Realidades… —murmuré, dejando escapar un suspiro. Qué nombre tan pretencioso. Pero claro, si yo fuera maga, también me inventaría algo grandilocuente—. ¿Qué creéis que significa? ¿Solo estaba siendo amable o realmente quería cenar conmigo?

Vega se inclinó hacia adelante, como si estuviera a punto de revelarme el sentido de la vida.

—Mira, Lidia. Los tíos no invitan a cenar por compromiso. Si te invitó, es porque quiere algo. Fin del misterio.

—O quiere hablar de magia, ¿quién sabe? —intervino Celeste con un toque burlón—. Tal vez está buscando una nueva asistente y cree que tienes potencial.

—Ja.

—Además, ¿se sabe ya quién era la rubia neumática? —preguntó Vega, como si eso fuera el tema más importante—. Porque no podemos pasar eso por alto. Estaba claro que había algo entre ellos, ¿no?

—Eso es lo que más me cabrea —admití, dejando caer los brazos—. Ella estaba allí ayer. Vi que estaban hablando justo después del espectáculo y... no sé, no quiero precipitarme con las conclusiones, pero parecían muy cercanos.

—Lo cual es un gran *ugh* —dijo Celeste, arrugando la nariz—. ¿Qué sentido tiene que te invite a cenar si tiene novia?

—¡Hijas, parecéis nuevas! —exclamó Vega.

—Eso es lo que me pregunto yo —respondí, frustrada—. Esto empieza a parecer un mal guión de película. Primero me saca al escenario sin reconocerme, luego me invita a cenar, y por último está con la rubia... No sé qué pensar.

—Bueno, sea lo que sea, solo hay una forma de averiguarlo —dijo Vega, mientras sacaba su móvil con esa cara que indicaba que estaba a punto de embarcarse en una investigación digna de detective privado.

—¿Qué haces? —pregunté, aunque sabía exactamente lo que estaba tramando.

—Voy a investigar a la rubia. No será tan difícil. Con un par de clics y algo de paciencia, podemos descubrirlo todo.

—Dios, no sé si quiero saberlo —murmuré, aunque en el fondo, claro que quería. Demasiado.

Nos dirigimos de vuelta a nuestros puestos, y mientras Vega se sumergía en su "investigación", Celeste y yo charlábamos a su alrededor.

—¿Sabes lo que más me rechina de nuestro encuentro? —le dije a Celeste—. Que ni siquiera le pregunté por qué es mago. O sea, ¿cómo demonios acaba alguien dedicándose a la magia? Y yo, en lugar de preguntarle algo interesante, estaba demasiado ocupada pensando en... ya sabes, todo lo demás.

—Es verdad —dijo Celeste, pensativa—. Ahora que lo dices, sería interesante saber cómo pasó de ser el imbécil que tiraba de tus trenzas en clase a manipular realidades.

Solté una carcajada, porque, al fin y al cabo, Celeste tenía razón.

—A veces pienso que todo esto es ridículo —dije, dejándome caer en mi silla.

En ese momento, Vega se volvió hacia nosotras, con una expresión de triunfo en el rostro.

—Chicas, lo tengo.

—¿Qué tienes? —pregunté, levantando una ceja.

—Mira esto. Román está organizando una especie de espectáculo en plena calle el próximo miércoles. En el centro de la ciudad, ni más ni menos.

—¿Qué? —pregunté, mientras me inclinaba para mirar la pantalla de su móvil.

—Sí. Una acción de magia pública, algo espectacular. Seguro que lo hace para promocionarse o para atraer más público a sus *shows*.

Me quedé mirando la pantalla sin saber qué pensar. ¿Ahora también hace magia en la calle? Esto estaba empezando a ser demasiado. Ya había tenido suficiente Román para una semana, pero ahí estaba, apareciendo una y otra vez, como un maldito truco de magia sin fecha de caducidad.

—¿Qué opináis? —preguntó Vega, dándome un codazo—. ¿Vamos?

—Yo paso, chicas —dijo Celeste—. Prefiero que la magia la hagan los camareros con sus cocteleras.

Me encogí de hombros, sin saber qué responder. No quería ir, pero una parte de mí no podía

negar que la curiosidad estaba ahí, retorciéndose dentro de mí.

Puede que ver a Román otra vez, en un contexto diferente, aclararía algo en mi cabeza. O tal vez solo empeoraría las cosas. Lo único seguro era que olvidarme del tema no iba a ser tan fácil como pensaba.

CAPÍTULO 7

Al final no fuimos. Celeste y Vega decidieron que tenían mejores cosas que hacer que ver a Román en medio de la calle, y yo, con la vaga invitación a cenar todavía dando vueltas en mi cabeza, decidí que lo mejor era pasar página. Así que ahí estaba, patinando por el Retiro, tratando de despejarme.

Hacía tiempo que no me calzaba los patines, la verdad. Era una de esas cosas que había dejado de hacer sin darme cuenta, y ahora, mientras deslizaba mis pies por el paseo, sentía una especie de nostalgia por los días en los que podía pasarme horas aquí, sin preocuparme por nada. Solo patinando. Antes de Nacho. Antes de Román. Antes de todo.

Después de un rato, el cansancio me invadió —a lo mejor ya no estaba tan en forma como yo me creía— y decidí sentarme en uno de los bancos que rodeaban el lago. El sol brillaba y la gente paseaba a su alrededor, ajena a mis tribulaciones internas. De repente, el móvil vibró en mi bolsillo. Clara, mi *sister*, me estaba videollamando. Nuestra forma preferida de comunicación.

—¡Ey! —dijo en cuanto respondí, con esa sonrisa típica de quien le va bien todo—. ¿Qué tal la vida por Madrid?

—Ah, ya sabes, lo de siempre —respondí, encogiéndome de hombros—. Nada del otro mundo.

Levanté una pierna para enseñarle mis míticos patines rosas.

—¡Pero bueno! ¿Desde cuándo has vuelto a eso?

—Desde que me di cuenta de que patinar es más divertido que darle vueltas a mi vida amorosa.

—Ajá, me imaginaba que había algo así detrás de esto. Cuéntame. Tengo veinte minutos de descanso en el laboratorio.

Sabía que no me iba a librar de su certero análisis. Clara siempre había sido la parte lógica y pragmática de nosotras dos. Así que le conté lo básico: mi segundo encuentro con Román, la invitación a cenar, que no sabía si había sido real o fruto del compromiso, y cómo había decidido que lo mejor era dejar todo el asunto atrás.

—Y ahí lo tienes —terminé—. Página pasada.

Clara me miró en silencio durante unos segundos antes de hablar.

—¿Página pasada? —preguntó, con esa mirada analítica suya—. Lidia, tú no pasas página tan fácilmente.

—Esta vez lo haré. Voy aprendiendo a base de llevarme unas buenas hostias —respondí, con más convicción de la que sentía en realidad—. Mira, fue todo raro. Y si ni siquiera se dio cuenta de quién era yo desde un principio, pues… ¿para qué complicarme más?

—Bueno, no sé si lo veo tan simple —dijo Clara, inclinándose hacia la cámara—. Pero me alegra que estés intentando seguir adelante. Aunque ya me conoces, soy más de enfrentar las cosas; pero si esto te hace sentir mejor, adelante.

Suspiré, sabiendo que Clara tenía razón en parte, pero no tenía energía para enfrentamientos internos. A veces, lo más fácil era simplemente ignorar el asunto, al menos hasta que te explote en la cara.

—En fin, cuéntame de ti —dije, cambiando de tema—. ¿Cómo te va en el curro?

Clara se lanzó a contarme los avances en su trabajo en el laboratorio, pero mi mente seguía volviendo a Román, a la invitación sin concretar, y a la sensación de que había algo más que no alcanzaba a ver.

Después de colgar, decidí que lo mejor era volver a casa. Me levanté del banco, me ajusté los patines y comencé a deslizarme por los senderos del Retiro, disfrutando del sol y del viento en la cara. Era liberador, casi como si pudiera patinar lejos de mis problemas, alejarme físicamente de ellos.

Mientras me acercaba al centro, decidí hacer una pequeña parada. Había una tienda de televisores cerca de mi casa y siempre tenían las noticias puestas en el escaparate. Me acerqué a mirar las pantallas y, de repente, vi algo que me dejó completamente pasmada.

"Un popular mago local, Román Caicedo, detenido en Madrid por hacer desaparecer la estatua del Oso y el Madroño".

El titular corría por la parte inferior de la pantalla, mientras mostraban imágenes de la Puerta del Sol abarrotada de gente. Habían movido la estatua a otro lugar…después de desaparecer por unos minutos. El Oso y el Madroño. ¿Cómo demonios...?

Me quedé paralizada, observando la pantalla como si no pudiera procesar lo que estaba viendo. Román, con su absurdo traje de mago, estaba siendo escoltado por la policía mientras un grupo de personas aplaudía y otros gritaban, completamente desconcertados.

En la pantalla se veía cómo los reporteros comentaban sobre la desaparición temporal de la estatua, y sobre cómo Román había sido acusado de atentar contra el patrimonio. Al parecer, había logrado moverla de su sitio con un truco de magia que nadie entendía. Sin pedir permiso a nadie, claro.

Esto es una locura, pensé. Pero antes de que pudiera asimilarlo del todo, mi móvil comenzó a vibrar de nuevo.

Era Celeste, llamándome.

—Tía, ¿lo has visto? —preguntó en cuanto contesté, sin darme tiempo ni a un "hola".

—Sí, lo estoy viendo ahora mismo en una tienda de televisores —dije, sin apartar la vista de la pantalla.

—¡No me lo puedo creer! —gritó Vega al fondo de la llamada—. ¿Cómo no fuimos? ¡Deberíamos haber ido!

—¿En serio? —pregunté, incrédula—. ¿Estás diciendo que tendríamos que haber estado allí cuando la policía lo arrestó?

—Totalmente —dijo Celeste, con ese tono que usaba cuando todo le parecía una gran aventura—. ¡Habría sido increíble! Lo están acusando de hacer desaparecer una estatua, Lidia. Una estatua histórica.

—¿Pero cómo lo ha hecho? —pregunté, aunque sabía que ninguna de las dos tendría la respuesta—. Esto es surrealista.

—No lo sé, pero lo que es seguro es que la policía tampoco lo sabe —dijo Vega—. ¿Sabes lo que esto significa, verdad? Román se ha metido en un lío enorme.

—Ya veo —murmuré, sin dejar de observar la pantalla.

Esto era ridículo.

El vídeo mostraba cómo algunos espectadores grababan con sus móviles mientras la policía intentaba descubrir cómo demonios había desplazado la estatua del Oso y el Madroño al otro extremo de la plaza sin que nadie se diera cuenta.

—Y pensar que no fuimos —repetía Celeste—. ¿Te imaginas haber estado allí?

—No sé si me imagino eso o si preferiría no haberme enterado —respondí, frotándome la frente.

—Lo que está claro es que va a ser un escándalo —dijo Vega—. Román se va hacer famoso después de esto. ¿No te provoca ni un poquito de curiosidad?

—Curiosidad es una forma suave de decirlo —admití.

—Y ahora qué vas a hacer, ¿eh? —preguntó Celeste, burlona—. Porque la página que pensabas pasar… parece que ha vuelto con un truco de magia inesperado.

Suspiré, sin saber qué responder. Claro que iba a ser más difícil olvidarme de Román de lo que yo pensaba. Pero una parte de mí no podía evitar preguntarse: ¿Cómo demonios había conseguido hacer desaparecer una estatua?

Eso eran palabras mayores.

CAPÍTULO 8

Por si había alguna duda, en esta oficina también trabajamos. Aunque a veces era mucho decir. En la agencia, las reuniones de equipo eran más un pretexto para el cotilleo, sobre todo cuando Elio, nuestro jefe, decidía que era hora de un "momento creativo". Y aquel día parecía ser uno de esos.

—¡Chicas, al cuartel general! —Elio nos llamó desde la puerta de la sala de reuniones, ondeando su pañuelo de seda con más drama del necesario—. Tenemos un asunto urgente que tratar. Ya estáis tardando.

Vega, Celeste y yo intercambiamos miradas. Habíamos pasado las últimas dos horas hablando de lo del Oso y el Madroño y de Román, pero ahora parecía que tocaba trabajar.

—¿Crees que tiene algo que ver con esa campaña de cremas mediocres que nos querían endosar? —preguntó Vega, mientras recogía su cuaderno con desgana.

—Si me vuelven a poner con una crema antiarrugas, me arrugo yo de la depresión —respondió Celeste, poniéndose de pie.

Entramos en la sala de reuniones, donde Elio ya estaba esperando, recostado en su silla con una expresión que solo podía significar que algo grande estaba a punto de salir de su boca.

—Vale, chicas, esta es gorda —anunció con su inconfundible tono de diva cansada de su propia existencia—. Nos ha llegado un cliente nuevo. Y esta no es cualquier cuenta, ya os lo anticipo. Vamos a promocionar el espectáculo de magia de Román Caicedo.

¿Qué?

Mis oídos hicieron un pitido agudo, como si mi cerebro hubiera decidido que lo mejor era desconectar antes de que el pánico me consumiera.

—¿Perdón? —fue lo único que pude articular.

—Lo que oyes, Lidia. Román Caicedo, el Manipulador Paralelo o como coño se llame ahora, ese que ha movido el Oso y el Madroño y casi acaba en la cárcel, nos ha contratado para llevar la promo de su espectáculo.

Vega se llevó una mano al pecho y me recordó a cuando le dio por decir que ella, en realidad, es actriz.

—¿Me estás diciendo que vamos a hacer magia publicitaria? Esto es un sueño hecho realidad, Elio.

Celeste soltó una risa ahogada, y yo seguía sin poder cerrar la boca. Román. Otra vez Román. No podía ser real. Era una ladilla.

—Vamos a promocionar a un tío que hace desaparecer monumentos históricos y que casi acaba esposado por ello —dijo Celeste, llevándose la mano a la frente—. ¿Qué podría salir mal?

—Me parece una fantasía —replicó Elio, haciendo un gesto exagerado con las manos—. Y como os veo a las tres tan motivadas, os vais a encargar todas de esta cuenta. Las tres, sí. Desde hoy mismo.

Vega me dio un codazo, intentando ocultar su sonrisa de pura satisfacción con la mano.

—¡Qué ilusión, Lidi! Vas a trabajar mano a mano con el mago.

—Esto es una pesadilla —murmuré, todavía en *shock*—. No puedes estar hablando en serio,

Elio.

Elio me miró por encima de sus gafas de pasta con una ceja alzada.

—Cariño, hablo muy en serio. Parece que el tal Román está de vuelta, ha sido puesto en libertad con medidas cautelares —hizo una pausa como si quisiera vendérmelo mejor— y ha decidido que quiere llevar su espectáculo al siguiente nivel. Y, para ello, necesita una buena promo. Es decir, os necesita a vosotras.

—El destino te tiene agarrada por el cuello, Lidia —dijo Celeste, tratando de contener la risa.

—¡Es que no puede ser! —solté, sin poder aguantar más—. ¿Pero por qué a nosotras?

Elio se encogió de hombros.

—Porque somos buenos en lo que hacemos, y porque a esta agencia le encanta un buen escándalo para atraer atención. Y además, ¿por qué no? Mira el lado positivo, Lidia. Según me consta…podrías volver a ver a tu mago encantador.

Fulminé a Celeste y a Vega con la mirada. Alguna serpiente se había ido de la lengua.—No es mi mago —bufé.

—Pero podría serlo —dijo Vega, con una sonrisa traviesa—. Digo yo que ya te invitó a cenar. Ahora puede que te invite a… desaparecer.

Los tres se rieron como arpías.

—¿Y si lo hace desaparecer ella a él? —murmuró Celeste, fingiendo pensarlo.

—Dejaos de chorradas —repuse, tratando de mantener la compostura—. ¿Qué más da si nos quiere a nosotras? Es una locura. Pero… ¡que el tío ha sido detenido, Elio!

Nuestro jefe hizo un gesto con la mano, como si lo que acababa de decir fuera un detalle insignificante.

—Bah, eso son minucias, querida. Lo importante es que está libre y la gente está más interesada en él que nunca. Y eso nos allana mucho el terreno. Sus seguidores en redes han crecido una barbaridad en los últimos dos días. Y eso, mis amores, es lo que convierte todo esto en una oportunidad de oro para esta santa casa.

Celeste apoyó la barbilla en la mano y me miró de reojo.

—Mira el lado bueno, Lidi. Ahora podrás preguntarle en persona por qué se dedicó a la magia. Acuérdate de que querías saberlo.

—Deja de bromear —dije, pasando una mano por mi cara—. No puedo con esto.

Elio se inclinó hacia adelante, con esa mirada que tenía cuando ya no había marcha atrás.

—Mañana a las diez tenemos la primera reunión con la persona de confianza de Román. Y quiero que estéis a tope. Esto es importante, chicas. Así que, por favor, sed profesionales. Al menos durante la reunión.

Vega sonrió de oreja a oreja.

—¿Persona de confianza? ¿Qué, acaso los magos tienen asistentes personales?

—Seguro que es un conejo gigante que toma notas —dijo Celeste, estallando en carcajadas.

—Lo que sea, pero quiero ideas frescas y mucha energía positiva —dijo Elio, levantándose de la silla como si la reunión ya estuviera terminada—. Y, por favor, Lidia, controla esa cara de trauma. No podemos perder esta cuenta porque tu ex compañero de clase te saque de quicio. Lo que sea que tengas con ese tío, *lidia* con ello.

Otro coro de risas.

—¡Nada! —dije, alzando las manos en señal de rendición—. No tengo nada con él. Está bien. Es solo... trabajo.

—Ya lo veremos mañana —contestó el jefe, con un guiño, mientras recogía sus cosas.

Nos dejó solas en la sala. Las tres nos quedamos en silencio por un momento, procesando lo

que acababa de pasar.

—Esto va a ser divertido —dijo Vega finalmente, rompiendo el silencio.

—Divertido no es la palabra que yo usaría —dije, aún en *shock.*

Celeste se levantó y me dio una palmada en la espalda.

—Vamos, Lidi. Si Román te invitó a cenar, es porque te quiere cerca. Y ahora, literalmente, no puedes escapar. Estás atrapada en su nueva estrategia de marketing.

Me hundí en la silla.

—Esto es una pesadilla.

—No, cariño —dijo Vega, sacando su móvil—. Esto es magia.

CAPÍTULO 9

Al día siguiente estábamos como un clavo, sentadas en la sala de reuniones de la agencia, las tres nerviosas como flanes. Elio, fiel a su estilo, decidió delegar todo en nosotras y había desaparecido del mapa. "Me fío de vosotras", había dicho, como si eso ayudara en algo.

Pero ahí estábamos, esperando que apareciera la famosa "persona de confianza" de Román. Yo, por supuesto, estaba a un paso del colapso. ¿Quién demonios iba a ser? Todavía no sabía si prefería que apareciera Román o cualquier otra persona.

—¿Creéis que vendrá él? —preguntó Celeste, jugando con un bolígrafo.

—No lo sé, pero me muero de la curiosidad —respondió Vega, moviendo el pie debajo de la mesa como si no pudiera quedarse quieta—. Aunque, si viene, tú, Lidia, no puedes mirarle con esa cara de trauma.

—Yo no tengo cara de trauma.

—La tienes —dijo Celeste—. Pero tranquila, si es él, te defenderemos. Aunque igual nos hace desaparecer a las tres.

Justo en ese momento, la puerta de la sala se abrió y las tres nos quedamos congeladas.

—Hola, chicas. Siento el retraso —dijo una voz que reconocí al instante.

Era ella. La rubia neumática.

Entró en la sala como si fuera la dueña del lugar, caminando con una seguridad que me hizo sentir pequeña en mi propia casa. Pero en cuanto la miré más de cerca, noté que había algo diferente. No era tan joven como parecía en las fotos, y había algo en la forma en que hablaba que me hacía dudar sobre la verdadera naturaleza de su relación con Román.

—Soy Minerva —dijo, extendiendo la mano con una sonrisa profesional (esas las distingo muy bien de las genuinas)—. Trabajo con Román desde hace años. Él insistió en que fuera vuestra agencia la que llevara esta campaña. Así que aquí estoy.

Nos quedamos en silencio unos segundos antes de reaccionar.

—¡Encantada, Minerva! —dijo Vega, tomando la iniciativa mientras se levantaba a estrecharle la mano—. Nos alegra mucho que hayáis pensado en nosotras.

Celeste y yo hicimos lo mismo, aunque todavía estaba asimilando la situación. ¿Minerva? ¿Trabaja con Román? ¿En qué sentido? No parecía simplemente una socia de negocios, pero tampoco me daba la impresión de que fuera su novia oficial. La duda me carcomía.

—Bueno, empecemos con los objetivos —dijo Minerva, sentándose frente a nosotras con total calma—. Para mí son lo más importante. Como sabéis, el espectáculo de Román en el Teatro Bliss ha ganado mucha atención después de lo del Oso y el Madroño. Eso nos ha generado una gran oportunidad para llevar su carrera al siguiente nivel.

—Sí, eso fue... inesperado —dije, tratando de sonar profesional a pesar de mi confusión interna—. Lo de hacer desaparecer un monumento público fue bastante impactante.

Podía callarme.

Minerva soltó una pequeña carcajada, como si todo aquello fuera un pequeño inconveniente.

—Oh, no os preocupéis por eso. Fue un error de producción. No avisamos a las autoridades sobre el espectáculo en la vía pública, y no detallamos qué haríamos exactamente. La persona

que debía ocuparse de eso obviamente ya no trabaja con nosotros. Pero bueno, todo está bajo control ahora —dijo, con una tranquilidad que me resultaba irritante.

¿Bajo control? Román había sido detenido, y ella hablaba como si hubiera sido un simple contratiempo técnico.

—Román tiene claro que quiere que esta campaña sea algo único —continuó Minerva—. Quiere que la magia no solo esté en el escenario, sino también en la calle, en las redes, en los medios... Queremos crear un movimiento.

—Un movimiento... mágico —apuntó Celeste, aunque Minerva no pareció captar el tono irónico.

—Exactamente. La idea es que todo el mundo hable de él, no solo como un mago más, sino como alguien que transforma la realidad. Y vosotras vais a ser parte clave de eso.

Vega asintió, anotando algo en su cuaderno mientras Celeste me lanzaba una mirada que claramente decía: *Esto va a ser divertido*.

—Por cierto, él no ha podido venir hoy porque tenía una cita con su abogado —dijo Minerva, como si fuera la cosa más normal del mundo—. Ya sabéis, los trámites legales después de lo ocurrido.

Claro, pensé. Cita con el abogado. Todo muy casual.

—Pero quiero invitaros a una fiesta que organizamos mañana por la noche. Es el cumpleaños de Román, y va a ser en la terraza de un hotel. Os lo pasaré por email. Será un buen momento para conoceros mejor y hablar de la promo con más calma.

Fiesta de cumpleaños de Román. Fantástico. Justo lo que necesitaba: más tiempo cara a cara con él. No pude evitar suspirar por dentro, aunque por fuera intenté mantener una sonrisa.

—Estaremos encantadas de ir —dijo Vega, siempre diplomática.

—Perfecto. Será una buena oportunidad para que él mismo os cuente más sobre su visión —continuó Minerva—. Ah, y hablando de Román, ¿sabíais que sus padres se enriquecieron cuando él era adolescente?

—¿En serio? —preguntó Celeste, alzando una ceja.

—Oh, sí. Se hicieron millonarios con una empresa tecnológica. Así que Román básicamente, no tiene que preocuparse por el dinero. Puede dedicarse a lo que quiera. Y bueno, eligió la magia.

Vega soltó una risa ligera.

—Qué suerte.

Nos miramos, no dando crédito a lo que la rubia estaba soltando por esa boquita.

Minerva sonrió de forma enigmática, pero no dio más detalles. ¿Y ella? ¿De dónde había salido? ¿Qué tipo de relación tenía con Román? Todavía no lo sabía, y su manera de hablar solo alimentaba más mi curiosidad. ¿Era su manager? ¿Su novia? ¿Una amiga? Seguía sin estar claro.

—Entonces, ¿os apetece pasaros por la fiesta? ¿Cuento con ello? —preguntó, levantándose para indicarnos que la reunión había terminado.

Asentimos las tres, aunque yo por dentro estaba en modo pánico.

—Genial, nos vemos mañana por la noche —dijo Minerva, dirigiéndose hacia la puerta—. Y, en serio, no os preocupéis por lo del Oso y el Madroño. Solo fue el principio. Pero prometo que de ahora en adelante nos mantendremos dentro de la legalidad.

La puerta se cerró tras ella y nos quedamos en silencio unos segundos, hasta que Celeste habló.

—Vale. ¿Qué ha sido eso? ¿Alguien me lo explica?

Vega se dejó caer en la silla, mirando el techo.

—Ni en mis mejores sueños hubiera imaginado algo así.

—Yo tampoco. Ni en mis peores pesadillas —dije, apoyando la cabeza en mis manos—. Chicas…Román no va a desaparecer tan fácilmente, ¿verdad?

CAPÍTULO 10

Estábamos en nuestro bar favorito, El Despacho, un sitio pequeño y acogedor donde siempre empezábamos la noche cuando necesitábamos relajarnos antes de enfrentarnos a lo que fuera. Y aquella noche, necesitábamos más que nunca relajarnos.

La idea de ir a la fiesta de cumpleaños de Román, el hombre que hacía desaparecer monumentos y casi acaba en la cárcel, no era precisamente lo que yo llamaría un plan ideal.

—¿Y la rubia neumática? —dijo Celeste, girando la copa en su mano, disfrutando del drama tanto como de su vino—. ¿Minerva? Todavía no me la quito de la cabeza.

—Yo tampoco —admití, tomando un sorbo de mi gin-tonic. Necesitaba algo potente que me ayudara a afrontar lo que venía—. ¿Quién demonios será? ¿Novia? ¿Asistente personal? ¿Una especie de bruja consejera? No tengo ni idea, pero me irrita que parezca tan... ¿perfecta?

Celeste se rio.

—¿Perfecta? Nena, si vamos a la fiesta y tiene un sólo pelo fuera de lugar, seré la primera en aplaudir. Esa mujer es como de otro planeta.

—Pues el planeta de los millonarios —dijo Vega, arqueando una ceja—. Porque, según ella, Román es básicamente un niño rico que puede hacer lo que le dé la gana. Y ahora quiere ser mago, ¿por qué no?

—A mí eso es lo que me da más rabia —dije, apoyando la cabeza en la mano—. No solo es increíblemente atractivo, sino que también puede dedicarse a lo que se le antoje. Mientras que yo... bueno, ya sabes. Publicista a medio gas.

Celeste y Vega rieron a coro, pero yo no podía dejar de darle vueltas a la idea de hablar con Elio y librarme del maldito encargo. ¿Qué estaba haciendo yo metida en todo esto? No era mi trabajo gestionar magos con problemas legales. Y, además, no quería volver a ver a Román. Bueno, tal vez sí... pero solo para aclarar las cosas.

—Debería pedirle a Elio que me quite de este proyecto y os lo deje a vosotras —dije, suspirando—. ¿No os parece una idea brillante?

Vega me miró fijamente, como si hubiera dicho una barbaridad.

—No, Lidi. No te puedes retirar ahora. Además, esto es una oportunidad para disfrutar de la magia desde dentro.

—¿O de desaparecer en directo? —añadió Celeste, sonriendo con picardía.

—Sois lo peor —murmuré, aunque no pude evitar reírme un poco—. Pero bueno, si vamos a hacer esto, necesito un poco más de alcohol en mi sistema. Tengo que anestesiarme.

Una ronda más de bebidas después, estábamos listas. O al menos, listas para intentar sobrevivir a aquella noche.

La terraza del Hotel Horizonte no era nada de lo que nos esperábamos. Habíamos imaginado una fiesta loca, con luces, música a todo volumen, chisteras y conejos gigantes, y gente saltando vestida a una piscina. Pero en lugar de eso, nos encontramos con un ambiente tranquilo y elegante. La vista de Madrid al anochecer era espectacular, pero las pocas personas que había por allí estaban dispersas en pequeños grupos, charlando y tomando algo de forma relajada. Todo muy *chic*.

—¿Esto es una fiesta o un velatorio? —susurró Celeste, mirando alrededor mientras nos acercábamos a la barra.

—Es peor que un velatorio —dije, sintiéndome incómoda de inmediato—. Al menos en los velatorios hay más movimiento.

Vega nos guió hacia una mesa en la esquina, justo cuando mis ojos se encontraron con los de Román. Estaba al otro lado de la terraza, pero en cuanto me vio, hizo una pausa en lo que estaba haciendo y comenzó a caminar directamente hacia nosotras.

—Oh, oh... —dijo Vega—. Aquí viene tu admirador.

—¡Que no es mi admirador! —protesté, aunque no estaba del todo segura de mis propias palabras.

Román llegó a nuestra mesa con una sonrisa que desarmaría a cualquiera. Llevaba un traje oscuro, elegante, pero lo suficientemente informal para una noche de primavera. Se veía, como de costumbre, ridículamente guapo.

—Lidia —dijo, ignorando por completo a Vega y Celeste—. Me alegra que hayas venido.

—Ah, claro —dije, tratando de sonar casual, pero fallando miserablemente—. No me perdería la fiesta de... ya sabes, un mago que mueve estatuas.

Vega se tapó la boca para no reírse, mientras Celeste me daba un codazo discreto. Román, sin embargo, solo sonrió, como si hubiera esperado exactamente ese comentario de mí.

—¿Qué tal vosotras, chicas?

—¡Bien!

Román se giró de nuevo hacia mí.

—No fue exactamente lo que planeé, pero al menos fue memorable, ¿no?

—Memorable es una forma de decirlo —respondí, con los brazos cruzados.

Román soltó una pequeña risa y luego me miró directamente, con una intensidad que me dejó un poco incómoda.

—Querría hablar contigo, Lidia. A solas. ¿Tienes un momento?

Celeste y Vega intercambiaron miradas mientras yo intentaba no parecer demasiado alterada.

—Eh... claro —dije finalmente, antes de girarme hacia mis amigas—. Chicas, ¿nos vemos luego?

—Por supuesto —dijo Vega, sonriendo—. No te preocupes, estaremos aquí, observando la magia.

Román me guió lejos de la mesa, llevándome hacia uno de los rincones de la terraza, donde la vista de la ciudad era impresionante. Se apoyó en la barandilla y me miró con una sonrisa más suave, menos desafiante.

—Gracias por venir —dijo—. Supongo que este no era tu plan favorito para esta noche.

—No... no lo era —admití—. Pero aquí estoy. Al fin y al cabo es mi trabajo.

Román asintió, observando el tráfico de abajo durante unos segundos antes de volver a mirarme.

—He estado pensando en ti. Mucho —su voz era seria esta vez.

—¿Ah, sí?

—No es una casualidad que Minerva haya contactado con la agencia en que trabajas, Lidia. Yo se lo pedí.

—Oh…

—Sí. La última vez que nos vimos, te invité a cenar, y sé que fue algo… precipitado. Pero no me saqué de la manga esa invitación, Lidia. Quiero saber más de ti, de todos estos años en los que no nos hemos visto. Cuando terminé la función el domingo te busqué por todo el teatro, pero

te habías esfumado. Así que me puse a buscar agencias de publicidad por toda la ciudad hasta que di contigo.

Mi estómago dio un vuelco. ¿Esto iba en serio?

—Pues... no sé qué decirte —dije, tratando de mantener la calma—. Han pasado muchas cosas, pero lo último que esperaba era... esto. Todo esto.

Román sonrió, inclinándose un poco hacia mí.

—Tampoco yo esperaba todo esto. Pero la magia tiene sus caminos.

Solté una risa nerviosa.

—Siempre la magia…

Román me miró con esa intensidad que siempre me hacía sentir incómoda, pero antes de que pudiera decir algo más, alguien se acercó.

Minerva. Por supuesto.

—Román, cariño, te están buscando para hacer un brindis —dijo, lanzándome una mirada que no supe cómo interpretar.

Él suspiró y me dedicó una última sonrisa antes de asentir.

—Luego seguimos hablando, Lidia. No vuelvas a escaparte. ¿Me lo prometes?

Y se marchó con Minerva, dejándome sola en aquel rincón de la terraza, con el corazón latiendo a mil por hora.

CAPÍTULO 11

No podía evitarlo, estaba recelosa. Todo me parecía sospechoso: Román, su encantadora sonrisa, la fiesta tranquila en la terraza, y sobre todo, Minerva. Esa mujer me daba malas vibraciones, pero no lograba entender por qué. Mis amigas, por supuesto, estaban disfrutando el espectáculo.

—Mira, Lidi —dijo Celeste, dándome un golpecito en el brazo—. Ese tío del fondo no ha dejado de mirarte desde que llegamos. Román tiene competencia.

—No seas ridícula —respondí, sin mirarlo siquiera.

No era eso lo que me preocupaba. El ambiente era demasiado… perfecto. Como si todo estuviera cuidadosamente orquestado, y yo no acababa de entender la función que estaba desempeñando en todo esto.

—Oye, Lidia —Vega me miró, con esa sonrisa de quien está tramando algo—. Román no te ha quitado el ojo de encima en toda la noche. ¿No te parece sospechoso?

—Todo me parece sospechoso, Vega —dije, suspirando.

—Sospechoso o no, el tío está claramente interesado —Celeste me guiñó un ojo—. Y tú te estás resistiendo demasiado, cariño. Relájate. Es una fiesta.

No podía relajarme, aunque lo intentaba. Las luces suaves, la música *chill* de fondo, todo parecía indicar que era el momento de dejarme llevar, pero algo dentro de mí seguía en guardia. Tomé un sorbo de mi copa y miré alrededor, tratando de distraerme. Justo en ese momento, vi a Román acercarse de nuevo, y antes de que pudiera preparar alguna respuesta sarcástica para cualquier cosa que fuera a decirme, me sorprendió.

—Lidia, quiero presentarte a alguien —dijo, sonriendo como siempre—. Ven conmigo.

Me levanté, intercambiando miradas con Vega y Celeste, quienes ya estaban al borde del colapso por la curiosidad. Me dejé guiar por Román hasta el otro lado de la terraza, donde una mujer elegante, de unos sesenta años, estaba de pie junto a un grupo pequeño de invitados.

—Mamá —dijo Román, con una sonrisa genuina—. Esta es Lidia. Una antigua compañera de colegio con la que he reconectado hace nada.

¿Su madre? Me quedé atónita por un segundo. No sabía si era por el hecho de que Román me estaba presentando a su madre, o por la naturalidad con que lo había dicho. Como si nos hubiéramos conocido ayer, y no hacía más de una década.

La madre de Román me miró con ojos cálidos y una sonrisa encantadora.

—¡Qué alegría conocerte, Lidia! —dijo, estrechándome la mano con suavidad—. ¿Sabes? Román me ha hablado mucho de ti estos días.

¿Estos días? ¿Cuántas veces había hablado de mí exactamente? Mi cabeza daba vueltas.

—El gusto es mío —respondí, aún un poco descolocada—. Y bueno, lo del colegio fue hace mucho. Ni siquiera estoy segura de que se acuerde de mí... —dije, intentando aligerar la situación con una sonrisa nerviosa.

—Por supuesto que me acuerdo —respondió Román, divertido, como si mi intento de pasar desapercibida fuera completamente inútil—. Me acuerdo de todo.

Me acuerdo de todo. Yo no. Genial. Justo lo que quería escuchar. Su madre nos observaba con una mirada cómplice que me ponía aún más nerviosa.

—Bueno, os dejo que disfrutéis de la fiesta —dijo ella finalmente, haciéndole una carantoña a su hijo antes de desaparecer entre los invitados.

Román se volvió hacia mí, con esa sonrisa que ya empezaba a conocer demasiado bien.

—Vamos, ven conmigo —dijo, tomando mi mano antes de que pudiera protestar—. Quiero enseñarte algo.

Me llevó por un pasillo lateral que daba a otra parte de la terraza, un espacio más íntimo y tranquilo. Allí no había nadie, solo nosotros dos y las luces suaves de la ciudad a lo lejos. El ruido de la fiesta se había quedado atrás, y de repente me di cuenta de lo cerca que estaba de él. Mi corazón empezó a latir más rápido, sin que pudiera controlarlo.

—¿Por qué me da la sensación de que esta es la parte donde haces algún truco de magia? —pregunté.

Román sonrió, acercándose un poco más.

—No todo en mi vida es magia, Lidia. A veces, las cosas simplemente... suceden.

Nos quedamos en silencio un momento. Podía sentir el peso de su mirada sobre mí, y aunque mi cerebro me gritaba que mantuviera la calma, mi cuerpo no parecía estar dispuesto a escuchar. Estaba a punto de decir algo, cualquier cosa que rompiera aquel momento, cuando Román hizo lo que nunca pensé que haría.

Se la jugó.

Se inclinó hacia mí y me besó.

Fue suave al principio, como si estuviera esperando a ver si yo le correspondía. Y, para mi sorpresa, lo hice. Lo besé de vuelta, dejándome llevar por el momento, sin pensar en nada más. Mis manos se aferraron a su chaqueta mientras el mundo a nuestro alrededor se difuminaba. En ese instante, no había nada más. Solo él y yo.

Cuando finalmente nos separamos, sentí como si estuviera flotando sobre el centro de la ciudad. ¿Qué acababa de pasar? Román me miraba con una sonrisa que revelaba que sabía exactamente lo que estaba haciendo.

—He querido hacer eso desde que te vi el otro día —susurró, acariciando mi mejilla.

Yo estaba demasiado aturdida para responder, así que simplemente asentí, incapaz de articular palabra. No podía creer que acabara de besarme.

—Vamos, volvamos a la fiesta —dijo, tomando mi mano de nuevo—. No quiero que piensen que te he hecho desaparecer otra vez.

Cuando regresamos a la terraza principal, el ambiente seguía siendo el mismo de antes: tranquilo, elegante, pero con ese aire de misterio que lo envolvía todo. Román me llevó de vuelta con Celeste y Vega, quienes claramente habían estado observando la escena desde la distancia con ojos de águila.

—¿Todo bien por aquí? —preguntó Román, mirándonos a las tres—. Por cierto, ya hablaremos de negocios en otro momento. Esta noche estamos celebrando.

—Por supuesto —dijo Vega, tratando de no reír—. Hoy es tu cumpleaños, ¿no? Vamos a disfrutar.

Román me dio un último vistazo, como si quisiera asegurarse de que yo estaba bien, y luego se despidió para atender a otros invitados. Las chicas me miraron con ojos brillantes en cuanto se fue.

—¿Qué acaba de pasar? —preguntó Celeste.

—No quiero ni pensarlo —respondí, tratando de recuperar la compostura.

Vega me dio un empujón juguetón.

—Te ha besado. Román. El Mago.

—Callaos, por favor. Estoy tratando de asimilarlo.

Pero antes de que pudiera decir algo más, me di cuenta de que Minerva ya no estaba en la fiesta. Miré alrededor, buscando su figura alta y rubia, pero no había ni rastro de ella.

—¿Buscas a alguien? —preguntó Celeste, notando mi inquietud.

—No... es solo que... Minerva ha desaparecido.

—Qué raro —dijo Vega, con una sonrisa traviesa—. Alguien hizo desaparecer a alguien en una fiesta de magos.

Pero yo no estaba tan segura de que aquello fuera una simple coincidencia.

CAPÍTULO 12

—Bueno, bueno, bueno... la nube en la que está nuestra querida Lidia es tan densa que casi me da vértigo —dijo Celeste, girándose en su silla para mirarme con una sonrisa maliciosa.

Era viernes por la mañana y estábamos en la oficina, intentando concentrarnos, o al menos fingiendo que lo hacíamos. Pero después de la fiesta de cumpleaños de Román y el beso que me había dejado flotando, trabajar era lo último que tenía en la cabeza. Era comprensible, ¿no?

—Ya, ya... —respondí, tratando de concentrarme en la pantalla del ordenador—. ¿No tenéis nada mejor que hacer que incordiarme? ¿Os dais cuenta de que sois como las hermanastras de Cenicienta?

—No, no tenemos —dijo Vega, lanzando una bola de papel hacia mi escritorio—. Aparte de querer saber todos los detalles, claro.

Me resigné. No había forma de escapar de ellas, y la verdad, tampoco quería hacerlo. Tenía tanto que contarles que apenas había dormido. Mi cabeza seguía reviviendo el momento del beso, una y otra vez.

—Está bien, está bien —dije, levantando las manos en señal de rendición—. Os cuento, pero no os emocionéis demasiado.

Celeste y Vega me miraron expectantes, como si estuvieran preparadas para tomar nota.

—Después del beso, Román se excusó porque tenía que llevar a su madre a casa —les dije—. Pero antes de irse... me pidió mi número de teléfono.

Las dos soltaron un grito ahogado a la vez, y Celeste me miró como si acabara de ganar un premio.

—¡¿Qué?! ¿Te pidió el número? ¡Por fin! —preguntó Vega, saltando de su asiento—. Lidia, esto ya no es un tonteo simbólico. Ahora es real.

—Sí, sí —respondí, aguantando la risa—. Y esta mañana me escribió.

Ambas se quedaron en silencio un segundo, procesando lo que acababa de decir.

—¿Te escribió? ¿Un *buenos días, princesa?* —preguntó Celeste, al borde del colapso emocional.

—No. Más prosaico. Me escribió un WhatsApp —confirmé, sacando el móvil de mi bolso—. Me preguntó si podíamos vernos para almorzar el sábado o el domingo.

Vega me miró con los ojos entrecerrados.

—¿Almorzar? ¿No cenar?

—Sí, al parecer tiene función por la noche, así que no puede quedar muy tarde.

—Ah, claro, el Manipulador de Realidades tiene una agenda apretada —dijo Celeste con tono sarcástico—. Bueno, no importa. Lo importante es que te ha pedido una cita.

—Es que no sé qué pensar —admití, mordiéndome el labio—. Todo esto está yendo demasiado rápido, ¿no?

—¿Rápido? Mira, Lidi —dijo Vega, más seria de lo habitual—. Sé que es raro porque estás trabajando en su campaña, pero también es un tío que te gusta. Lo de la campaña es temporal, pero si él está interesado en ti, ¿por qué no ver qué pasa? Además, te va a venir genial para quitarte de encima de una vez por todas a Nacho, que todavía da vueltas sobre tu cabecita como

un buitre carroñero…

—Eso sí —añadió Celeste, con una sonrisa traviesa—. No se lo digas a Elio. Ya lo imagino haciendo chistes de magos cada dos minutos si se entera de esto.

—No os preocupéis, no pienso decirle nada a Elio, y vosotras tampoco —dije, negando con la cabeza—. Pero hablando de trabajo… hemos recibido un email de Minerva hace un rato. ¿Lo habéis visto? Desapareció de la fiesta misteriosamente.

—¿Minerva? —preguntó Celeste, frunciendo el ceño—. ¿Qué quiere ahora?

Abrí el correo que tenía en la bandeja de entrada y empecé a leer en voz alta.

—Nos ha mandado los pasos a seguir para la promo del espectáculo. Quiere que organicemos algunas acciones en redes sociales y también que pensemos en una idea para hacer un vídeo promocional que tenga impacto viral.

—Impacto viral, dice... —dijo Vega, mirando el techo—. ¿Y si hacemos desaparecer a alguien? Lo de la estatua funcionó.

—Ya, pero no creo que sea buena idea sugerir más desapariciones monumentales —respondí, suspirando.

Celeste se acercó y leyó sobre mi hombro.

—Mira, también habla de entrevistas con medios. Quiere que Román dé algunas entrevistas antes del espectáculo de la semana que viene. Tenemos que coordinar eso.

—Esto se está poniendo serio —murmuré, sintiendo el peso de todo el asunto.

La promoción de Román se me estaba haciendo más bola de lo que esperaba, y ahora, con todo lo que estaba sucediendo entre nosotros, no sabía si podría manejarlo. Me sentía cada vez más implicada en esto, y no solo por trabajo. Había una parte de mí que seguía pensando que tal vez debía apartarme de esta cuenta. Pero otra parte... no quería hacerlo.

—¿Qué te pasa? —preguntó Vega, notando mi cara de póker.

—No lo sé —admití—. He seguido dándole vueltas. Tal vez debería apartarme de esta cuenta. Estoy demasiado metida en otros… aspectos. No sé si es muy profesional por mi parte seguir aquí, tener que tratar con Minerva y todo eso…

—Lidia —dijo Celeste, poniéndome una mano en el hombro—. No puedes renunciar ahora. Estás dentro, y nosotras te necesitamos. Además, tienes que seguir adelante con lo que pase con Román. Eso no tiene por qué afectar al trabajo.

Sabía que tenían razón, pero no podía evitar sentirme un poco... abrumada. Y con la sensación de que todo estaba ocurriendo demasiado rápido.

—Vale —dije finalmente—. No le diré nada a Elio por ahora. Pero si la cosa se pone rara, yo me salgo.

—Sabia decisión —dijo Vega con una sonrisa—. Y ahora, hablemos de lo importante. ¿Qué te vas a poner para ese almuerzo con Román? Porque va a ser a plena luz del día…

Me quedé en blanco. No había pensado en eso en absoluto.

—No tengo ni idea.

Celeste se levantó de un salto, como si acabara de recibir una inspiración divina.

—¡Ya sé! Esta tarde, después del trabajo, vamos de compras. Necesitas un vestido que lo deje... sin palabras. Ya sabes, algo sencillo pero matador.

—No es mala idea —dije, empezando a sentirme un poco más animada—. ¿Te vienes, Vega?

Vega hizo un gesto misterioso con la mano.

—No puedo. Tengo otros planes.

Celeste y yo nos miramos, levantando las cejas al unísono.

—¿Otros planes? —preguntó Celeste—. ¿Qué clase de planes misteriosos tienes?

—Eso, mis queridas amigas, es información confidencial —dijo Vega con una sonrisa traviesa.

—Oh, venga ya —insistí, riendo—. ¡Cuéntanos!

—Nada, nada. Luego os lo cuento si todo sale bien. Pero de momento, no seáis cotillas.

—Vale, vale —dijo Celeste, levantando las manos—. Aceptamos el misterio... por ahora.

La tarde pasó volando entre emails y tareas varias, y cuando por fin dieron las cinco, Celeste y yo salimos disparadas hacia el centro comercial más cercano. No había tiempo que perder. Necesitaba un vestido, y lo necesitaba ya.

—Confía en mí —dijo Celeste, caminando con paso firme por los pasillos—. Vamos a encontrarte algo que haga que Román se convierta en piedra.

Yo solo me reí. En el fondo, una parte de mí seguía sin creer lo que estaba ocurriendo. Almorzar con Román, el niño del colegio que más odiaba, reconvertido en un mago sexy… y todo lo que había pasado después. Tenía mis reservas, y la sensación, que no había compartido con nadie, de que algo en él no estaba bien. Algo que tenía que descubrir.

Pero la otra parte... la otra parte estaba emocionada con todo este asunto.

Y esa parte me estaba ganando.

CAPÍTULO 13

Sábado. El sol de media mañana caía sobre la Plaza de Chueca, dándole al ambiente un toque casi idílico. El restaurante con terraza donde habíamos quedado era encantador, con mesas pintadas en tonos pastel y plantas colgantes que le daban un aire de cuento de hadas moderno. Muy *cute*, como diría Celeste.

Estaba nerviosa, y no podía dejar de pensar que, de todas las cosas que podrían haber pasado en mi vida, esta —una cita con Román, el mago que había movido la estatua del Oso y el Madroño—, no estaba ni remotamente cerca de mis planes.

Lo vi llegar desde lejos, con esos andares relajados y su chaqueta negra. Atraía miradas sin quererlo, y me pregunté si era por lo guapo que era o porque la gente empezaba a reconocerlo como "el mago". Quizá ambas cosas.

—¿Lidia? —su voz interrumpió mis pensamientos. Se inclinó para besarme muy cerca de los labios, un gesto casual que me dejó más nerviosa de la cuenta.

—Román —dije, tratando de sonar natural mientras señalaba la mesa—. Escogí este sitio, espero que te guste.

—Es perfecto.

Nos sentamos, y el camarero llegó con las cartas. Román las tomó y, sin dejar de mirarme, preguntó:

—Entonces, ¿cómo has estado? Después de la fiesta del otro día me quedé con ganas de hablar más contigo.

—Bien, bien... ya sabes, lo de siempre. Trabajo, vida cotidiana, y... bueno, ahora estoy trabajando en la promoción de tu espectáculo. Ya hemos empezado las chicas y yo…

Él se rió suavemente.

—Sí, lo sé. Pero prometo que lo del trabajo lo dejamos para otro momento. Hoy estamos aquí por nosotros.

Nosotros. Esa palabra resonó en mi cabeza con contundencia. Intenté concentrarme en la carta, pero no podía evitar sonreír. Todo esto era surrealista.

—¿Has decidido ya qué vas a pedir? —preguntó, y cuando levanté la vista, lo vi mirándome con interés genuino, como si realmente le importara mi respuesta.

—Eh... —me reí, nerviosa—. No, estaba demasiado ocupada pensando en lo raro que es esto.

—¿Raro? ¿Por qué raro?

—No lo sé. Tú, yo, una cita... después de todo lo que pasó en el colegio, jamás lo hubiese esperado.

—Bueno —dijo, recostándose en su silla con una sonrisa—, yo tampoco me esperaba ser mago. La vida tiene maneras raras de sorprenderte, ¿no?

Solté una carcajada.

—¿Sí? ¿Cómo fue eso, por cierto? ¿Por qué la magia? ¿Por qué no... no sé, algo más normal? —pregunté, inclinándome hacia adelante, intrigada de verdad.

Román se quedó pensativo un segundo, como si estuviera decidiendo cómo responder.

—La magia me atrapó por sorpresa, la verdad. Siempre me gustaron los trucos, pero nunca

pensé en ello como una carrera. Fue más... una forma de escapar. Algo que podía controlar cuando todo lo demás era un desastre.

—¿Desastre? ¿Qué clase de desastre?

—Ya sabes, lo del colegio, las broncas, una noche en el cuartelillo... —bromeó, aunque algo en su mirada me dijo que había algo de verdad en eso.

—Ah, sí, tu reciente visita —dije, riéndome.

—Bueno, no ha sido para tanto, y si eso ayuda a que venga más gente a vernos, bien está… supongo —se encogió de hombros con una sonrisa.

—Eso explica muchas cosas.

—¿Sí? ¿Como qué? —preguntó, curioso.

—Como el hecho de que fueras un auténtico imbécil en el colegio. Te metías conmigo todo el tiempo.

Román dejó de sonreír y desvió la mirada hacia la mesa. Había tocado algo delicado.

—No recuerdo haber sido tan malo... —murmuró, y algo en su tono me dejó claro que no quería hablar de ello.

—Pues lo fuiste —insistí, aunque suavicé mi tono para no parecer demasiado rabiosa—. Estirabas de mis trenzas. Por tu culpa dejé de hacerme coletas. Siempre tenías algún comentario sarcástico preparado para lanzarme. Eras un poco…intimidatorio. ¿Nunca te lo has preguntado? ¿Por qué lo hacías?

Román suspiró, y aunque su sonrisa volvía a su rostro, había algo en sus ojos que también me decía que no quería profundizar en eso.

—Supongo que era un crío idiota. No recuerdo gran cosa de lo que pasó. Lo siento de veras si te hice sentir mal en su momento.

Una disculpa. Sonaba sincero, pero también sonaba a que estaba cerrando la puerta a ese tema. Carpetazo definitivo. Algo me decía que no quería o no podía hablar de por qué se había comportado así. Decidí no insistir, aunque la duda quedó flotando en el aire.

—Vale, tema cerrado —dije, con una sonrisa de compromiso—. Pero quiero preguntarte algo más.

—¿Sobre el colegio otra vez? —preguntó, aliviado de que cambiara de tema.

—No, sobre Minerva.

Román me miró, sorprendido.

—¿Minerva? —se rascó la nuca—. Ya. Suponía que esa pregunta iba a llegar tarde o temprano.

—Sí, es que me tiene intrigada. No me malinterpretes, es solo que... bueno, parece estar muy presente en todo lo que haces.

Román asintió, comprendiendo.

—Minerva y yo fuimos pareja hace tiempo. De hecho, fue ella quien me metió en el mundo de la magia a nivel profesional. Me convenció de que tenía talento y que debía aprovecharlo. Pero ya no estamos juntos, eso quedó atrás hace años.

—¿Y ahora?

—Ahora... trabajamos juntos. Es mi mánager, por así decirlo. Nos entendemos bien en lo profesional, pero no hay nada más. Solo trabajo —su tono fue firme, dejándome claro que lo tenía más que resuelto.

—Entiendo —dije, aunque algo en su respuesta me dejó pensando. ¿Podía ser verdad que todo estaba tan claro entre ellos? No estaba tan segura.

Nos quedamos en silencio por un momento, y luego Román sonrió, como si quisiera quitarle

peso a la conversación.

—¿Sabes? Creo que ese grupito de ahí no deja de mirarte.

—¿A mí? —repliqué, riendo—. ¿No será más bien que te miran a ti?

—No, no. Estoy seguro de que te miran a ti. Tal vez piensan que eres famosa —sonrió con picardía.

—O tal vez te han reconocido por mover un símbolo de la ciudad con el poder de tu mente —respondí, alzando una ceja.

Román soltó una carcajada que hizo que varias cabezas se giraran hacia nosotros.

Después de almorzar, decidimos dar un paseo por las calles de Chueca. La tarde era perfecta, y a pesar de la incomodidad de algunas preguntas sin respuesta, me sentí genial a su lado.

Caminamos y hablamos, a veces de tonterías, otras de cosas más profundas, pero todo fluía con una facilidad que no esperaba. Solo me faltaba…más. Más contacto. Miraba sus manos y las imaginaba de nuevo estirando de mi trenza, de mi melena…en otro contexto totalmente distinto al que lo hacíamos cuando éramos unos críos.

Cuando nos detuvimos a tomar un café en una pequeña terraza, Román se inclinó hacia mí y me besó de nuevo. Esta vez no fue tan sorprendente, pero fue igual de embriagador. Estaba como flotando.

—En realidad es el beso de despedida. Tengo que irme. Tengo función en un rato —dijo junto a mis labios, finalmente separándose—. Pero ha sido una cita perfecta.

Sonreí, todavía un poco aturdida.

—Lo ha sido —admití, sin poder evitar sentirme como una adolescente de nuevo.

Román me dio un último beso en los labios antes de despedirse, y lo vi alejarse. Me quedé allí petrificada, lidiando con un torbellino emocional que estaba a punto de convertirse en un tsunami devastador.

CAPÍTULO 14

La tarde del domingo se presentaba tranquila mientras Celeste y yo caminábamos hacia la casa de Vega, cargadas con una bolsa llena de pasteles y café de la pastelería de siempre.

Había sido idea de Celeste pasarnos a ver a Vega. Desde hacía un par de semanas, nuestra amiga andaba algo misteriosa, y las dos estábamos convencidas de que se traía algo entre manos. *Una nueva ilusión*, seguramente.

—¿Qué te apuestas a que está saliendo con alguien y la muy perra no nos lo ha contado? —dijo Celeste, con esa sonrisa cómplice que me hacía saber que ella estaba igual de intrigada que yo.

—No apuesto nada. Yo también lo creo —respondí—. Está como ausente, ¿te has fijado? Va al trabajo, cumple y nos ríe las gracias, pero no es la misma. Y nos evita más de lo normal. Algo pasa, seguro.

La intuición nunca nos fallaba, claro.

Llegamos al edificio y subimos en el ascensor hasta su apartamento. Llamamos al timbre un par de veces. Estábamos a punto de largarnos, pero entonces huimos un ruido al otro lado. Alguien caminando descalza.

Cuando Vega abrió la puerta, llevaba el pelo recogido en una coleta deshecha y unas gafas de pasta que le daban un aire más intelectual del que le correspondía.

Se quedó un poco parada al vernos allí.

—¡Oh! ¿Y esta visita sorpresa?

—Traemos pastelitos y café —respondió Celeste, empujando la puerta para entrar antes de que Vega pudiera negarse—. Y muchas ganas de cotillear.

—¿Cotillear? —preguntó Vega, levantando una ceja mientras cerraba la puerta detrás de nosotras—. No sé de qué estáis hablando.

—Venga ya, Vega —dije, dejando la bolsa de dulces sobre la mesa de la cocina—. Últimamente estás muy misteriosa. Sabemos que algo pasa, y hemos venido a averiguarlo.

Vega suspiró, como si ya estuviera cansada de la conversación antes de empezarla.

—Pues no sé. No me pasa nada. Solo he estado un poco... ocupada, eso es todo.

Celeste y yo intercambiamos una mirada. Esa respuesta era demasiado vaga para nuestro gusto.

—¿Ocupada con qué? —preguntó Celeste, sentándose en la mesa con una sonrisa traviesa—. ¿Acaso hay un hombre misterioso en tu vida? ¿Es eso? ¿Te has liado con alguien y no nos lo has contado?

Vega se quedó callada un segundo demasiado largo. Ese segundo fue suficiente para que ambas lo interpretáramos como un *sí*.

—¡Lo sabía! —exclamó Celeste, palmeando la mesa con emoción—. ¡Tía, te lo notábamos! ¡Estás viendo a alguien! ¿Por qué no nos lo has contado?

Vega dejó escapar una risa nerviosa, pero no respondió de inmediato. Simplemente se sentó frente a nosotras y volcó el café que le traíamos en una de sus tazas.

—Es que no es nada serio —dijo finalmente, encogiéndose de hombros—. Solo... algo casual.

—¿Casual? —pregunté—. ¿Casual hasta el punto de no decirnos nada?

Vega nos miró de reojo mientras daba un sorbo a su café. No estaba dispuesta a soltar prenda, eso estaba claro, pero su nerviosismo la delataba. Había algo ahí, algo que no quería compartir.

—Dejadlo estar, chicas —dijo, medio sonriendo—. No es para tanto.

Celeste y yo nos miramos, claramente insatisfechas con esa respuesta, pero decidimos dejarlo pasar... por ahora.

—Bueno, vale —dijo Celeste, acomodándose en su silla—. Si no quieres contarlo, tú verás... Pero que sepas que estamos muertas de curiosidad.

—Apuntado —dijo Vega con tono seco, pero sin perder el humor del todo.

—Bueno, en ese caso, hablemos de algo más —dije, cambiando de tema—. Ayer tuve una cita con Román.

Los ojos de Vega se iluminaron por un momento, pero rápidamente volvió a su actitud distante.

—¿Ah, sí? —dijo, fingiendo cierto interés—. ¿Y qué tal?

—Pues bien —respondí, aunque su mirada seguía analizándome—. Fuimos a almorzar, hablamos del pasado en el colegio, de la magia, y paseamos un rato por Chueca. Me besó. Otra vez.

Celeste me miraba con una sonrisa maliciosa.

—¡Vamos, Lidia! ¡Eso suena increíble! ¿Qué tal estuvo el beso?

—Estuvo... bien —dije, tratando de no parecer demasiado emocionada—. Pero…

—Pero, ¿qué? —preguntó Celeste, mirándome expectante.

—Es que... cuando le pregunté por qué se metía tanto conmigo en el colegio, se cerró en banda. No quiso hablar de eso. Como si no lo recordara bien, o no quisiera recordar.

—Eso es raro —dijo Celeste, pensativa.

—Y también le pregunté por Minerva —añadí, observando de reojo la reacción de Vega—. Me confirmó que es su ex. Que fue ella quien lo convenció para ser mago, pero que ahora solo trabajan juntos.

Vega dejó la taza de café sobre la mesa con un golpe suave.

—Su ex... —repitió, con una mueca—. Menuda situación.

—Lo sé —dije, suspirando—. Estoy en un lío, ¿verdad?

—Sí, un poco —respondió Vega, con un tono más cortante de lo habitual.

El ambiente se tensó de repente, como si algo no encajara del todo. Celeste y yo nos miramos, sorprendidas por la actitud de Vega.

—¿Estás bien? —pregunté, intentando suavizar el momento—. Pareces... no sé, distante.

Vega me miró con frialdad durante un segundo antes de responder.

—Estoy bien. Solo que, quizá... no sé, tal vez pasamos demasiado tiempo juntas, ¿no creéis? No me malinterpretéis, chicas, pero no sé, un domingo por la tarde…Habría apreciado mucho que me avisarais antes de venir. Estoy un poco cansada.

La habitación se quedó en silencio. Ni Celeste ni yo esperábamos esa respuesta.

—¿Qué? —dijo Celeste, frunciendo el ceño—. ¿Qué quieres decir?

Vega se encogió de hombros, pero su mirada era firme.

—Que nos vemos todo el día en la oficina y, cuando no estamos trabajando, también estamos juntas. Quizá... solo quizá, sería bueno tomar algo de distancia de vez en cuando. No os lo toméis a mal, por favor. Es solo que hoy quería descansar un poco.

Celeste y yo nos miramos, esta vez con desconcierto. ¿De dónde venía todo esto? Aquello era nuevo. Las tres vivíamos cerca y nos presentábamos unas en casa de otras todo el tiempo.

Incluso bromeábamos al respecto acerca de que vivíamos en una especie de *sitcom* cañí.

—¿Es por lo que hemos dicho? —pregunté, tratando de entender—. Si te hemos molestado con algo, dilo.

—No, no es eso —dijo Vega, negando con la cabeza—. Solo necesitaba decirlo, eso es todo. Quizá debería estar más centrada en... otras cosas.

Otras cosas. Celeste y yo entendimos que el tema misterioso volvía a salir a la superficie. Pero esta vez, ya no parecía divertido ni intrigante. Parecía incómodo.

—Bueno —dijo Celeste, rompiendo el silencio con una risa forzada—. Si lo que quieres es más tiempo para ti, dínoslo. No hace falta ponernos dramáticas.

—No estoy siendo dramática —respondió Vega, manteniendo su mirada fría—. Solo os he dicho cómo me siento.

El aire se había vuelto un poco irrespirable, a pesar de que la puerta que daba al microbalcón estaba abierta de par en par, y por primera vez en mucho tiempo, no supe qué decir. No entendía qué estaba pasando con Vega, pero algo me decía que esto iba más allá de un simple mal humor de domingo.

El ambiente en el apartamento se había vuelto tan incómodo que sentí que necesitaba intervenir antes de que las cosas se pusieran peor. Me levanté con una sonrisa forzada, tratando de restarle importancia a todo.

—Tienes razón, Vega —dije, acercándome a ella y dándole un suave apretón en el hombro—. A lo mejor hemos estado demasiado intensas todas últimamente. Si necesitas tiempo para ti, lo mejor será que te dejemos sola por hoy. Nos vemos en la oficina mañana, ¿vale?

Vega asintió y su expresión se suavizó un poco. Parecía aliviada de que no intentáramos seguir ahondando en *el tema*.

—Sí, claro. Gracias, chicas. De verdad.

Celeste me miró como si no supiera bien qué hacer, pero también se levantó.

—Bueno, pues... ya hablaremos mañana —dijo, intentando sonar alegre—. ¡Disfruta lo que queda de domingo!

Nos despedimos rápidamente y salimos del apartamento. Una vez en la calle, Celeste soltó un suspiro largo y miró hacia el cielo.

—¿Qué acaba de pasar ahí dentro?

Sacudí la cabeza, aún procesando la escena.

—No lo sé, pero Vega está metida en algo. Lo noto. No es solo que necesite espacio. Hay algo más, pero no lo quiere decir.

—Está clarísimo. ¿Tú crees que es por ese rollo misterioso que se trae?

—Sí. Pero por ahora, lo mejor será darle su espacio. Ya veremos si nos cuenta algo más cuando esté lista —respondí, aunque en el fondo no estaba tan segura. Vega no era de las que se guardaba secretos... hasta ahora.

CAPÍTULO 15

El lunes por la mañana, Vega se plantó en la oficina con una sonrisa en la cara, como si nuestro tenso encuentro del día anterior no hubiera sucedido.

Nos saludó, se sentó en su mesa, con sus auriculares gigantes, tarareando una canción, y se puso a trabajar sin más. Celeste y yo intercambiamos miradas por encima de nuestras pantallas, ambas un poco desconcertadas por el repentino cambio de actitud. Venía muy contenta.

—¿Nos hemos pasado a otro universo y no me he enterado? —susurró Celeste, mientras abría un archivo de Photoshop en su ordenador—. Porque ayer parecía que se iba a acabar el mundo, y ahora, mira, está más feliz que una perdiz.

—No lo sé —le respondí en voz baja—. Pero por ahora, dejemos que siga con su alegría misteriosa. Igual no quiere hablar más del tema. Ya dirá.

Nos concentramos en lo que teníamos que hacer. La campaña para el espectáculo de Román avanzaba, y estábamos trabajando en el plan de comunicación y marketing que debíamos enviarle a Minerva esa misma semana.

Vega, como siempre, estaba en su mejor momento cuando se trataba de organizar ideas y conceptos. Celeste se dedicaba a diseñar las imágenes y los anuncios que íbamos a usar para las redes sociales, mientras que yo me encargaba de estructurar el mensaje general y asegurarme de que todo cuadrara con el estilo y el tono que Román quería para su espectáculo.

—Voy a hacer que el Oso y el Madroño floten por encima de las imágenes, ¿qué os parece? —dijo Celeste, con una sonrisa malévola—. Ya que Román mueve monumentos, que al menos lo hagamos con gracia.

—Perfecto —respondí—. Añádele un toque de magia, pero sin que parezca que vamos a hacer desaparecer el patrimonio histórico de nuevo, ¿vale?

Nos reímos, pero la risa se apagó un poco cuando Elio entró en la oficina. Llevaba un abrigo largo y unas gafas de sol, aunque el día estaba nublado.

—A ver, queridas, ¿cómo va la campaña del mago de los milagros? —dijo, quitándose las gafas y lanzándolas sobre mi mesa—. Porque me preocupa que esta historia acabe en desastre y no con aplausos.

—Pues va bastante bien —dijo Vega, sin levantar la mirada del ordenador—. Tenemos todo casi listo, solo estamos ultimando detalles.

—Hum, no sé... —Elio se acercó a la pantalla de Celeste y frunció el ceño—. Ese Oso y el Madroño me parece demasiado... de dibujos animados. Necesitamos algo con más *glamour*.

—Es un truco de magia, Elio, no un desfile de moda —replicó Celeste, rodando los ojos.

—Sí, pero si vamos a vender magia, vamos a hacerlo con estilo. Lo dejo en tus manos, Celestina —Elio le lanzó un beso exagerado y se giró hacia mí—. Y tú, Lidia, ¿cómo va el texto? ¿No te habrás inspirado demasiado en tu "amistad" con el mago, verdad?

Intenté mantenerme serena, aunque la sonrisa de satisfacción que había tenido desde que entré por la puerta no se me borraba de la cara. Román me había estado escribiendo durante toda la mañana, y habíamos planeado vernos de nuevo el martes por la noche para tomar algo.

—El texto está perfecto —dije, ignorando el tono insinuante de Elio—. Y por cierto, nuestra

amistad es puramente profesional... por ahora.

Elio me miró con ojos entrecerrados, pero antes de que pudiera decir nada, Vega intervino:

—Lo importante es que la campaña esté lista para enviársela a Minerva esta semana. Román está esperando los avances, y queremos que todo salga perfecto.

—Exactamente, querida Vega, exactamente —dijo Elio, alejándose hacia la puerta—. Ahora, si me disculpáis, voy a supervisar otra campaña menos... mágica. Que tengáis un día brillante.

Cuando Elio desapareció, todas soltamos un suspiro de alivio.

—Qué pesado —murmuró Celeste—. Deberíamos hacer que desapareciera él en vez del Oso y el Madroño.

—Por lo menos tiene ojo crítico, aunque lo diga todo como si estuviera en una pasarela de París —dijo Vega, sonriendo de nuevo.

Yo me reí, pero mi mente estaba en otra cosa. No podía dejar de pensar en mi cita con Román el martes. Todo parecía ir tan rápido que apenas lo asimilaba, pero también me sentía emocionada. Demasiado emocionada.

Cuando finalmente llegó la hora de ir a casa, me despedí de las chicas y volví a mi piso. En cuanto entré, me vino a la mente una idea que me dejó un poco paralizada. Si íbamos a vernos el martes por la noche, debía revisar mi ropa interior. Solo por si acaso, ¿no?

Román ya me había besado dos veces, y aunque no sabía muy bien hasta dónde llegarían las cosas ni en qué punto exacto estábamos, quería estar preparada. En cuanto llegué subí corriendo las escaleras, fui al dormitorio y abrí el cajón de mi cómoda, pero en cuanto lo hice, se me cayó el alma a los pies.

No había nada decente. Bueno, había ropa interior, claro, pero... todo era funcional, nada especial. Lo peor era que había tirado mi lencería cara y bonita después de la ruptura con Nacho, en un arranque de furia y autosuficiencia. En aquel momento, había pensado que ningún hombre volvería a poner un pie en mi casa, así que, ¿para qué iba a necesitar ropa interior sexy?

—Estúpida —murmuré para mí misma, mirando la pila de bragas de algodón sin inspiración.

Decisión tomada: tenía que salir a comprar lencería.

Y lo hice de inmediato. Salí de casa, me dirigí a una tienda cercana y, después de rebuscar entre sujetadores y braguitas de encaje, elegí un conjunto que me haría sentir... poderosa. Elegante, sexy, y lista para cualquier cosa.

—Este será mi amuleto de la suerte —me dije, sosteniendo el conjunto en alto antes de dirigirme a la caja, más para justificar aquella pequeña sacudida a mi cuenta corriente.

La dependienta sonrió, descolocada.

Cuando salí de la tienda, mi móvil vibró. Era una videollamada de Clara desde Londres. Sonreí y respondí inmediatamente.

—¡Lidi! —dijo Clara, con esa energía que siempre derrochaba—. ¿Qué tal, *sister*? ¿Dónde te pillo?

—Pues... acabo de salir de una tienda de lencería —respondí, riéndome.

Clara alzó una ceja.

—¡Ah! Esto me suena interesante. ¿Quién es el afortunado?

—Te vas a reír, pero... es Román. ¿Te acuerdas de todo lo que te conté, no? Pues las cosas van viento en popa.

El gesto de mi hermana se ensombreció.

—Lidia, justamente te llamaba para hablar de…

Me había detenido junto a una tienda de telefonía, intentando esquivar el gentío que transitaba el centro por la tarde. Y en ese momento, saliendo de un bar, vi algo que no esperaba.

O más bien a alguien.

Era Vega.

Y estaba acompañada de un hombre algo mayor.

Los ojos se me abrieron como platos.

—Oye, Clara. Tengo que dejarte. ¿Puedo llamarte en otro momento?

Mi hermana asintió.

—Claro. Pero acuérdate, que siempre se te olvida.

Colgué y guardé de nuevo el móvil en mi bolso.

Los observé desde la distancia. Estaba a unos cien metros. Si me daba un poco de prisa, podía alcanzarla y saludarla. Intenté averiguar la naturaleza de aquel intercambio, aquella reunión con un hombre desconocido que probablemente le doblaba la edad. ¿Un familiar?

Y solo fue un instante, pero él le pasó el brazo por los hombros y le dio un beso fugaz, y supe enseguida que aquel hombre era el motivo por el que Vega había estado tan ausente desde hacía semanas.

No podía ver bien la cara de él desde donde estaba.

Pero me convertí en una especie de polilla rondando una lámpara. No pude evitar seguirlos un rato hasta que conseguí verlo a él, desde la distancia, mucho más amplia de la que ellos se impusieron. Vega y su hombre maduro y misterioso caminaron hacia el apartamento de ella.

CAPÍTULO 16

—¿Pero qué me estás contando, Lidia? —la voz de Celeste resonaba por el altavoz de mi móvil, con ese tono de incredulidad absoluta que siempre ponía cuando algo le volaba la cabeza—. ¿Vega con un señor mayor? ¿Nuestra Vega?

Me mordí el labio, mirando la ropa que había sacado para mi cita con Román, mientras intentaba procesar lo que había visto aquella tarde.

—Eso mismo te estoy diciendo —respondí, sentándome en la cama mientras sostenía el móvil con una mano—. Salía de una tienda de ropa cuando los vi. Estaba con un hombre, mucho mayor que ella. Bueno, no tanto como para ser su abuelo, pero… lo suficientemente mayor para que se note.

—Pero ¿cómo de mayor? —preguntó Celeste, curiosa—. ¿Mayor rollo *George Clooney*, o mayor rollo *el abuelo de Heidi*?

Solté una carcajada.

—No sé, diría algo entre medias. Clooney con un toque de "estoy bien conservado", pero definitivamente en la categoría de “tío maduro”.

Celeste dejó escapar un silbido.

—Vaya, vaya… Y Vega con todo eso tan bien guardado. ¡Tía! Nosotras preocupadas por si le pasaba algo y resulta que se ha estado enrollando con un *sugar daddy*.

—Ya te digo —respondí, y después repetí la secuencia como un loro porque nos encanta recrearnos—. Salían de un bar, caminaban hacia su casa y, te lo juro, él le pasó el brazo por los hombros y le dio un beso fugaz. Si no los hubiera seguido un rato, no me lo creería.

—¡¿Y los seguiste?! —Celeste soltó una carcajada—. Me muero, Lidia, te estás convirtiendo en una detective de barrio. En plan, ¿quién será este señor tan misterioso que besa a mi amiga a plena luz del día?

—Ay, cállate —dije, riéndome—. No pude evitarlo. La curiosidad me mataba, así que los seguí un rato hasta que se metieron en el apartamento de ella. Ahí ya me rendí.

—¡Qué fuerte! ¿Y qué cara tenía él? ¿Lo reconociste de algo?

—No sé... —dije, pensativa—. No pude verle bien la cara del todo, sabes que soy un poco miope hasta con lentillas, pero te juro que había algo en él que me resultaba familiar. No sé si lo he visto antes en alguna parte o si simplemente tiene esa cara que parece conocida…

Celeste se quedó en silencio un momento, como si estuviera procesando la información.

—¿Y por qué crees que no nos ha contado nada? —preguntó finalmente—. O sea, somos sus mejores amigas, y de repente está liada con este tío mayor y no nos dice ni una palabra. Nosotras le contaríamos todo.

—Exacto —respondí, suspirando—. Es raro. No sé si es porque no quiere que lo sepamos, o porque le da vergüenza, o… no sé. Pero seguro que esto tiene que ver con lo incómoda que se puso el domingo cuando fuimos a verla por sorpresa. Igual no quería que lo descubriéramos. O él había estado hacía un rato en su casa, quién sabe…

—Ay, amiga —dijo Celeste, con un tono más serio—. Igual se está metiendo en un buen lío.

—Lo he pensado. Pero mira, no quiero sacar conclusiones todavía. Creo que lo mejor es no

decirle nada, al menos por ahora. No quiero que piense que estamos espiándola.

—Aunque lo hiciste.

—Aunque lo hice, sí —admití—. Pero eso queda entre nosotras. Lo importante es que Vega está en algo raro, y ya veremos cómo lo manejamos. Por ahora, no quiero que se sienta atacada.

Celeste asintió; aunque no podía verla, lo sentí en su voz.

—Bueno, ya veremos qué pasa. Y ahora, cambiando de tema... —dijo, con un tono mucho más animado—, cuéntame de Román. ¿Cómo van las cosas con el mago sexy?

Me dejé caer de espaldas en la cama, suspirando mientras me miraba el techo.

—Esta noche va a venir a mi casa. Vamos a cocinar juntos.

—¡Qué romántico! —exclamó Celeste al otro lado del teléfono—. ¿Vas a cocinar tú? Porque si es así, Lidi, me temo que hay peligro de intoxicación…

—Que no, tía —me reí—. Vamos a cocinar los dos. He comprado todo lo necesario y, si algo sale mal, siempre tengo un plan B de comida a domicilio.

—Muy sabia decisión. Pero, más importante que la comida, ¿has elegido ya qué vas a ponerte?

Miré la pila de ropa sobre la cama y sonreí.

—Más o menos. Estoy entre un vestido casual pero bonito, o unos vaqueros y una blusa sexy. No quiero ir demasiado formal, pero tampoco quiero parecer que me acabo de levantar de la siesta.

—Pues te digo lo que siempre te digo: elige lo que te haga sentir más guapa, cómoda y lista para... bueno, ya sabes. —Celeste hizo un sonido travieso al otro lado—. No nos engañemos, Lidia, esta noche va a ser especial.

Sentí cómo se me aceleraba el corazón solo de pensarlo.

—Sí, ya lo sé —respondí, nerviosa—. Pero no quiero emocionarme demasiado. Al final, Román sigue siendo un misterio para mí. Y luego está el tema de Minerva, que aunque dice que no hay nada, ahí está.

Celeste bufó.

—Mujer, relájate. Minerva es la ex. Y tú eres el presente. Fin de la historia. Disfruta el momento y no le des tantas vueltas. Si él está contigo, es porque quiere estar contigo.

—Tienes razón. Como siempre —me mordí el labio, intentando calmar mis nervios—. Me voy a centrar en disfrutar esta noche y en no chamuscar la cena.

—Exacto. Y si la chamuscas, solo asegúrate de que no se te quemen otras cosas más... importantes.

Reímos juntas y, aunque los nervios seguían presentes, me sentí un poco más ligera.

—Bueno, te dejo, que tengo que terminar de arreglarme —dije, mirando el reloj.

—Vale, pero quiero todos los detalles mañana —respondió Celeste—. Quiero saber qué plato se cocinó mejor: la cena o el postre.

—Eres lo peor, Celestina —respondí, riendo—. Te cuento mañana, lo prometo.

Colgué el teléfono y me levanté para terminar de elegir qué ponerme. Tras unos minutos de indecisión, me decidí por los vaqueros ajustados y una blusa que sabía que me sentaba bien. Casual pero sexy, como diría Celeste. Después de todo, íbamos a estar en mi casa, no quería parecer demasiado arreglada.

Justo cuando terminé de soltarme el pelo y darle un último vistazo al conjunto en el espejo, sonó el timbre de la puerta. Sentí emoción y nervios a la vez. Mi pequeño apartamento era mi refugio y él iba a entrar…

Román estaba aquí.

Respiré hondo y caminé hacia la puerta. Cuando la abrí, el Manipulador de Realidades estaba allí, con su sonrisa encantadora; una botella de vino en una mano y una bolsa con víveres en la otra.

—¿Lista? —dijo, guiñándome un ojo—. Tengo un hambre…

Y ahí estaba. Teníamos toda la noche por delante.

CAPÍTULO 17

La botella de vino tintineó suavemente cuando Román la dejó sobre la encimera. Ya habíamos descorchado una antes, pero al parecer, una segunda era necesaria para completar la velada. ¿Y quién era yo para quejarme? Entre la música suave de mi viejo tocadiscos, el aroma de la comida cocinándose y el calor agradable que empezaba a instalarse en mi pecho, todo parecía estar alineándose de manera perfecta.

—Te tengo que decir —dijo Román, sirviendo un poco más de vino en mi copa—, que me sorprende lo bien que te manejas en la cocina. Después de todo, no parecía que tus habilidades fueran mucho más allá de abrir un paquete de ramen instantáneo.

—¡Oye! —protesté, dándole un pequeño empujón en el brazo—. Para que lo sepas, soy muy buena en la cocina... cuando me lo propongo.

Román me lanzó una mirada irónica mientras se inclinaba sobre la sartén.

—Claro, claro. Lo que digas, *chef* Lidia. La verdad es que esto huele bastante bien, así que no te puedo criticar. Todavía.

—Gracias por la confianza, mago criticón —respondí, riéndome mientras removía la salsa con una cuchara—. Verás cómo te dejo alucinado con mis habilidades culinarias.

—Mira que alucinar forma parte de mi trabajo, ¿eh? —dijo, haciéndome un guiño mientras tomaba un sorbo de vino—. Pero estoy dispuesto a dejarte intentarlo.

La conversación se doblegaba con una naturalidad que no esperaba. Entre bromas y comentarios ingeniosos, había una energía que fluía entre nosotros, como si llevara toda la vida conociéndolo, aunque en realidad apenas empezábamos a reconectar después de tantos años.

—Te estás llevando el mérito de todo —le dije, sonriendo—. Pero no te olvides de que tú también has hecho algo. Ese ajo picado tan finito... guau, todo un espectáculo.

—Lo sé, lo sé. Mi destreza con el cuchillo es incomparable. Y si no fuera mago, probablemente tendría un restaurante con estrellas Michelin —respondió, riéndose de su propia broma.

Nos movíamos por la cocina de forma relajada, con la música suave de fondo y el aroma de los ingredientes mezclándose en el aire. Cada tanto, nuestras manos se rozaban al pasarnos ingredientes o al abrir cajones, y aunque era algo sutil, ese contacto hacía que mi piel se erizara todas y cada una de las veces.

—Por cierto —dije, cambiando de tema mientras removía la salsa— ¿qué tal tu madre?

Román se apoyó en la encimera, observándome con un gesto más serio.

—Si te digo la verdad, creo que mis padres están atravesando un mal momento. No sé exactamente qué está pasando entre ellos, pero las cosas no están bien. Por eso llevé a mi madre a mi cumpleaños. Sentí que ella lo necesitaba más que yo. Está preocupada por algo, y yo también lo estoy.

Lo miré, tratando de interpretar su expresión. Había más tras esa preocupación, pero Román no parecía dispuesto a entrar en detalles. La familia era algo delicado para él, eso estaba claro.

—Debe ser difícil —dije suavemente—. No siempre se puede hacer algo cuando los padres tienen problemas. A veces solo queda estar ahí. Por si nos necesitan.

Román asintió, dándole vueltas a su copa de vino en las manos.

—Exacto. Me siento como si estuviera atrapado en medio de algo que no puedo controlar. Es irónico, ¿no? Trabajo manipulando realidades, pero cuando se trata de mi familia, no puedo hacer nada.

—Bueno, si pudieras controlar todo, sería un poco aburrido, ¿no? —dije, sonriendo—. No siempre se puede arreglar todo con un truco de magia.

—Lidia, siempre tan sabia —Román me lanzó una mirada que parecía atravesar todas mis defensas, haciéndome sonreír aún más—. Pero sí, tienes razón. Solo queda esperar.

Me acerqué a él con una cuchara llena de salsa, aún caliente.

—A ver, prueba esto y dime si está a la altura o no.

Román se inclinó y probó la salsa, su expresión se iluminó inmediatamente.

—Mmmm... Vale, retiro todo lo que he dicho. Eres oficialmente una maga de la cocina. Esto está increíble.

—Gracias, gracias —respondí, inclinándome teatralmente—. Sé que lo es. He estado perfeccionando este hechizo durante años.

—No mientas, seguro que lo sacaste de internet esta misma tarde —bromeó él, riéndose.

—Puede que sí, pero lo importante es el resultado, ¿no?

—Cien por cien.

La salsa ragú siguió cocinándose mientras hablábamos, y sentía cómo cada pequeño roce, cada mirada prolongada, aumentaba la tensión entre nosotros. Pero era una tensión agradable, una de esas que sabes que está construyendo algo bueno.

—Y entonces, ¿qué hiciste después del colegio? —pregunté, cambiando de tema.

Román me miró, apoyándose de nuevo en la encimera.

—Bueno, después del colegio me metí en unos cuantos líos, para variar. Estuve un tiempo sin saber qué hacer con mi vida. Pasé por un par de carreras universitarias sin terminarlas, trabajos que no me interesaban demasiado, hasta que la magia se cruzó en mi camino. Y ahí fue cuando todo empezó a tener sentido para mí. Fue un escape, una forma de centrarme.

—Y Minerva te ayudó, ¿no? —pregunté, sintiendo curiosidad de nuevo por esa parte de su vida.

Román asintió, pero esta vez su tono fue más ligero.

—Sí, fue ella la que me convenció de que tenía talento y de que podía ganarme la vida con ello. Pero ya te dije, eso quedó atrás. Ahora solo somos colegas de trabajo. Funcionamos bien así. Nada más. Cualquier otra cosa sería un desastre.

—¿A ella nunca la has hecho desaparecer? —le pregunté, riéndome pero no mucho—. Aunque, con ese carácter, seguro que volvería…

—No lo dudes. Es como un *boomerang* —Román soltó una carcajada—. Pero mira, el trabajo va bien y eso es lo que importa. No todo tiene que ser un drama.

Nos quedamos en silencio un momento, mirándonos mientras la música seguía de fondo. Román se acercó un poco más y su mano rozó mi cintura de manera casi casual, pero el efecto fue inmediato. Sentí una descarga recorriéndome, y justo entonces identifiqué los nervios. Y el deseo.

—¿Sabes? —dijo, inclinándose un poco más hacia mí—. Creo que este es uno de los mejores momentos de las últimas semanas. Estar aquí contigo, cocinando, charlando... Todo mi estrés se ha ido de un plumazo.

—Lo sé —dije, mordiéndome el labio mientras lo miraba—. Yo también he tenido unos días… complicados.

Nuestros rostros estaban muy cerca ahora, el calor de su cuerpo irradiaba hacia el mío, y podía sentir cómo la tensión entre nosotros llegaba a un punto álgido. Román me miró a los ojos, mientras sus dedos acariciaban mi cintura.

—¿Puedo hacer un truco de magia? —preguntó, su voz suave y seductora.

—Depende —respondí, juguetona—. ¿Qué truco?

—Hacer que desaparezca esta distancia entre nosotros.

Antes de que pudiera decir nada más, Román inclinó su rostro hacia el mío, y supe que no íbamos a poder esperar al postre.

CAPÍTULO 18

Era consciente de que tal vez estaba dejando que las cosas fueran demasiado deprisa entre Román y yo y que había altísimas probabilidades de que me arrepintiese de aquello.

Lo *sabía.*

Pero saberlo y ser capaz de parar antes de que sea demasiado tarde son dos cosas muy distintas.

Román en mi territorio, en mi cocina, con mi música; aislado de todo lo que pasa ahí fuera, triplicaba su atractivo. Me hechizaba. Y eso no era ningún truco de magia ni ninguna ilusión efímera. Allí dentro tenía a un hombre capaz de poner su ego a un lado e ir abriéndose poco a poco.

Era como si cada nervio de mi cuerpo se hubiese puesto en alerta desde el momento en que lo vi sobre ese escenario.

Nunca había sentido nada así por nadie. Ni siquiera por Nacho, mi ex más duradero. Y aquello me producía un vértigo que me hacía temer por mi maltrecho corazón a partir del día siguiente. También tuve el extraño convencimiento, mientras Román me besaba, de que no me volvería sentir así por nadie. Pero mientras me acariciaba y me estrechaba contra su cuerpo lo único en lo que podía pensar era en cuánto lo deseaba yo.

Sus labios se multiplicaron, de repente estaban en mis muñecas, mis labios, mi nuca. Me sentía desbordada de la mejor manera posible. Entonces me levantó en volandas por la cintura y me llevó hasta la pared, suspendiéndome en un limbo perfecto, con su muslo entre mis piernas, mientras me daba un beso mucho más profundo y húmedo.

—Aquí no —dije, notando cómo ya me faltaba el aire—. Mi vecina…la pobre señora Elena, la del tercero B, se escandalizará…

—Es mejor que me lleves a tu dormitorio entonces —susurró Román junto a mi oído.

Eché un vistazo a la salsa, que borboteaba en la sartén. Estiré un brazo para alcanzar uno de los mandos del horno y apagar el fuego.

Fuimos a mi dormitorio y mi clásica torpeza apareció en el peor momento. Mientras Román me rodeaba con sus brazos yo apenas atinaba para abrir la puerta. Estaba temblando. Él separó una mano de mi cintura y la abrió de par en par.

Por suerte había tenido tiempo de recoger un poco.

Y allí, en lugar de hundirme en la cama, que parecía esperarnos, me llevó a la pared contraria, de nuevo ayudándose con su muslo entre mis piernas, un contacto que me volvió loca.

Me besaba con ternura, despacio, como si tuviésemos todo el tiempo del mundo, pero al mismo tiempo sus manos se movían sobre todo mi cuerpo a una velocidad de vértigo, entreteniéndose en la curva reveladora de mis pezones bajo la blusa entreabierta.

Me besaba con hambre, recorriendo todo el cuerpo, tratando de sortear la tela. Encontró mis pezones, siguió la curva de mi cadera y continuó presionando su pelvis contra la mía, poniendo la cantidad perfecta de presión sobre mi clítoris.

—Eres increíble, Lidia. Preciosa. No me puedo creer que esté aquí contigo. Eres el mejor de los regalos.

Me dijo todo eso con sus ojos clavados en los míos, mientras tanteaba mis botones con los dedos. Me quitó la blusa y me bajó la falda. Momentáneamente me sentí orgullosa de mi expedición en busca de lencería porque Román ya había llegado hasta allí. La contempló por un momento y parecía complacido, pero no dijo nada. Más bien, quería quitármela lo antes posible.

Reptó sobre mi cuerpo y me besó el estómago, colocando sus manos bien abiertas sobre mis tetas. Apretó, dejando mis pezones revelarse contra el encaje y entre sus dedos. Parecía disfrutar y yo no pude evitar un suspiro. Me revolví debajo.

—Te encanta esto, ¿verdad? —me preguntó.

Me hablaba sonriendo, apretando un poco más, presionando en todos los sitios correctos hasta que consiguió de mí un gemido. Parecía más feliz que nunca.

—Voy a hacer que te corras *tantas* veces, Lidia…

Asentí, ansiosa.

—Un plan perfecto.

Antes de que pudiese reaccionar, se deslizó hacia abajo y se colocó entre mis piernas. Sentí su aliento a través de las braguitas de satén. Sacó la lengua y hurgó en la tela, buscando el hueco exacto donde estaba mi clítoris. La sensación indescriptible de la seda humedecida, estimulada por su lengua, envió una corriente eléctrica por mi espalda. Mi cuerpo reaccionó acercándose a él aún más. Buscándolo.

Al ver cómo me movía, lo intensificó. Estaba empantanada, y la tela probablemente arruinada. Román terminó de desnudarme y retomó su tarea, estimulando mi clítoris con su lengua hasta que no pude más y exploté de placer. Creo que grité, no lo sé.

Y sin ninguna barrera ya entre nosotros, él se estaba dando un auténtico festín y yo no podía más con aquella exquisita tortura. Él pareció sentir lo mismo y mientras retomaba el contacto, suavemente, me introdujo dos dedos. Y el segundo orgasmo apenas tardó un par de minutos en llegar, dejándome temblando, convertida en una especie de desastre feliz.

Se quitó el pantalón y los calzoncillos que, no sé por qué, aún llevaba puestos. No me di cuenta de que me había quedado mirando su sexo, de un considerable tamaño, hasta que oí una risita.

—Me encanta un reto —le dije, sacándome aquella revelación no sé muy bien de dónde.

Me deslicé por la cama hasta que mis labios quedaron debajo de … aquello.

—Lidia no…no tienes que hacer eso —dijo, negando con la cabeza.

—Ya, pero es que quiero —contesté, casi sin aliento. Supongo que al mismo tiempo intentaba hacerme a la idea de cómo iba a lidiar con un aparato semejante. Besé su cadera, su pelvis, y noté como su mano se deslizaba por mi hombro mientras me acercaba. Nos colocamos de lado.

Él estaba completamente erecto, y yo respiraba profundamente, intentando que aquello no me intimidase.

—Nena, no tienes que…

Nena.

Lo atrapé entre mis labios y paseé mi lengua por los laterales de su sexo, ayudándome con las manos. Solo con eso, Román se calló al instante. Deslicé los dedos por su mástil y él acarició mi cabeza, no para presionar, sino para indicarme, en silencio, lo mucho que le estaba gustando aquello.

Me apliqué. Realmente no tenía demasiada experiencia haciéndolo, pero a él no parecía importarle, si tenemos en cuenta los deliciosos ruiditos que expedía su garganta. Podía notar cómo se contenía, como intentaba no sujetarme la cabeza y tomar las riendas; y eso me hizo sentir poderosa. Me recreé aún más en su sabor, en la humedad que desprendía, y entonces

empecé a juguetear con mi lengua.

—Oh…joder, Lidia…No quiero que pares, pero tampoco quiero que esto termine tan rápido —dijo, casi sin aliento.

Se revolvió en la cama y se puso de nuevo a mi altura.

—Te deseo tanto…Túmbate, y cruza las muñecas por encima de la cabeza.

Obedecí.

Intenté olvidarme de mis zonas más blandurrias. El estómago tal vez. O los brazos. Pero era muy fácil sentirse la tía más buena del universo cuando Román me miraba así. Parecía que se muriese de hambre y que estuviese delante de un buffet libre.

—Eres la cosa más preciosa del mundo —dijo, colocándose encima de mí. Sentí su grandiosidad entre mis piernas, que se abrieron como un resorte para recibirlo.

—Oh…¿es eso lo que quieres, nena? Dime lo que quieres, Lidia.

—Por favor, Román…Hazlo ya. Quiero sentirte.

Gemí, nerviosa. A lo mejor metía la cabeza debajo de la almohada justo después de aquello pero pensé que no estaba mal para nuestra primera vez. De todas formas, lo único que me importaba eran las ganas que tenía de tenerlo dentro.

El mago dijo algo ininteligible.

Y en ese momento pensé:

¡Vamos, Román, haz tu magia!

Y tal vez me reí, no lo sé, pero me mordí el labio para no arruinar aquella perfección de momento mientras él ignoraba mi tontería y se hundía por fin en mí.

—Rodéame fuerte con tus piernas —ordenó.

Hice lo que me decía. Apreté.

Estaba literalmente a su merced.

—¿Lista para mí?

Asentí. Lo miré, colocado encima de mí, como una torre o una estatua de esas clásicas de mármol.

Empujó despacio. Al principio no estaba nada segura de si aquello me cabría, pero respiré hondo y me obligué a mí misma a relajarme. Y en un momento, todo bien. Todo parecía más fácil. Y justo después, las cosas ya eran…increíbles. Maravillosas.

Encajamos a la perfección.

—Joder, Lidia —susurró, mientras enterraba la cara entre mi cuello y mi hombro—. Podría correrme solo con ver cómo te adaptas a mí a cada segundo que pasa…

Nunca he sido muy de hablar durante el sexo, pero tampoco había estado con ningún tío como Román, la verdad. Me contraje a su alrededor, me empujé aún más contra su cuerpo, propiciando un movimiento más salvaje.

Y él respondió a mi deseo, transportándome al limbo.

No sé, era como estar en órbita.

El siguiente orgasmo —¿el tercero, el cuarto? Ya había perdido la cuenta— fue distinto a los anteriores, y de hecho distinto a cualquiera que hubiese tenido jamás.

Era como si todo mi cuerpo participase de la fiesta, como si cada uno de mis centímetros cúbicos trabajase de firme para alcanzar ese objetivo perfecto y etéreo de hacer que me corriese.

Vi estrellas —literal— delante de mis ojos.

Suena a cliché pero me da igual.

Resulta que hacer el amor con Román me hace ver las estrellas.

No fui consciente de nada más que de mí misma por unos momentos, pero entonces abrí los

ojos y lo vi mirarme.

—Eso ha sido lo más bonito que he visto nunca —dijo.

—Ahora tú —susurré.

Respiró hondo y retomó su ritmo, un *crescendo* brutal. Lo sentí deshacerse en mi interior, y todo lo que podía pensar en ese momento era que jamás había experimentado una felicidad más intensa. Nunca, en toda mi vida. Pero también supuse que eso era, en cierto modo, peligroso.

Que mi corazón estaba completamente al descubierto, a pesar de toda la magia.

CAPÍTULO 19

Habían pasado unos días desde la noche en la que Román se quedó en mi casa. Y aunque intentaba concentrarme en cualquier otra cosa, todo se me hacía muy cuesta arriba. Era como si toda mi mente estuviera atrapada en ese recuerdo, en la mañana en que me desperté y estaba allí.

Habíamos estado en contacto desde entonces, aunque no nos habíamos visto.

Él estaba de gira con sus funciones fuera de Madrid, así que no lo había vuelto a ver, pero me escribía de vez en cuando y, la verdad, eso solo hacía que echara aún más de menos estar con él.

Este es el problema con los magos, pensé, mirando la pantalla del ordenador sin leer realmente lo que tenía delante. En cuanto intimaba con un hombre, mi cerebro decidía que el susodicho era su nuevo entretenimiento favorito. Y todo lo demás pasaba a un segundo plano.

Intentaba concentrarme en el trabajo, pero eso también era difícil. Porque en cuanto conseguía aparcar lo de Román, era Vega quien aparecía en mis pensamientos. Cada vez que la veía actuar como si no hubiera absolutamente nada fuera de lo común, mi curiosidad crecía. Estaba decidida a descubrir qué se traía entre manos.

La voz de Celeste me devolvió a la realidad.

—Oye, Lidi, ¿tú qué opinas de esto? —me preguntó, mostrándome una imagen en su pantalla —. Estoy haciendo unos anuncios para redes del espectáculo de Román, pero no sé si el tono es demasiado serio.

Miré la pantalla. Celeste había usado un filtro dramático en tonos oscuros que hacía que Román pareciera más un villano de película que un mago.

—Parece un anuncio para la peli del nuevo Joker —dije, riéndome—. Tal vez algo más ligero. No queremos que la gente piense que se va a encontrar con un psicópata en el escenario.

Celeste suspiró y comenzó a cambiar el filtro.

—Dios, tienes razón. Estoy tan obsesionada con el *True Crime* últimamente que ya hasta se me nota. Quizás debería dejar de ver tanto asesinato antes de dormir.

Me reí y, cuando levanté la vista, vi a Vega al otro lado de la oficina, concentrada en su pantalla. Estaba más risueña que de costumbre, como si todo fuera normal en su vida.

—Ahí está, tan tranquila y sonriente —le dije en un susurro a Celeste—. Como si no estuviera ocultándonos nada.

—Ya te digo. Todavía no me creo que no haya dicho nada del misterioso señor madurito. Después de que la vieses así el otro día, aún me cuesta imaginarla con un hombre tan... ¿cómo decirlo?

—¿Mayor? —dije, riendo.

—Exacto, mayor. Pero oye, allá cada una con sus preferencias. Lo que me molesta es que no diga nada. Somos sus mejores amigas, ¿no? ¿Por qué nos lo oculta?

Asentí, aunque estaba empezando a pensar que, si Vega tenía algo tan secreto en su vida, tal vez también lo había mantenido en privado por alguna razón. Pero seguía sin entenderlo. ¿Por qué ocultarlo? ¿Acaso pensaba que íbamos a juzgarla?

Pffff. Quién sabe. A lo mejor lo estábamos haciendo ya y ella tenía sus motivos.

Vega levantó la vista y se acercó a nuestra mesa en ese momento, sosteniendo una taza de

café en una mano y una pila de carpetas en la otra.

—¿De qué habláis, cotillas? —preguntó, sonriente.

—Nada, de tu misteriosa vida privada, claro —dijo Celeste, alzando una ceja con tono desafiante—. A veces pienso que tienes una segunda vida secreta que no quieres compartir con nosotras. Estás muy misteriosa últimamente.

Vaya. Menudos dardos que lanzaba Celestina.

Vega se rió y se sentó en la mesa frente a nosotras.

—Eso es porque no tengo tiempo para otra vida secreta. Y menos con vosotras dos controlando todos mis movimientos.

—Ah, claro, claro —dije, sonriendo—. Entonces el hombre misterioso con el que te vi la otra tarde en la Gran Vía no cuenta. Solo era... ¿qué? ¿Un espejismo?

El rostro de Vega se tensó un instante antes de volver a su expresión habitual.

—¿Me viste? ¿Y por qué no saludaste, perra?

—Estabas lejos. Y no quería interrumpir tu momento.

Pensé que iba a decirme que yo estaba totalmente miope y que no veía torta de lejos, pero Vega se encogió de hombros con total indiferencia.

—Simplemente un amigo, chicas. Un conocido, más bien —sorbió su café sin mirarnos—. Nada destacable.

Celeste y yo intercambiamos miradas significativas. Vega nos tenía en ascuas, y no solía dar rodeos con sus temas personales. No podía evitar preguntarme quién era ese hombre y por qué se mostraba tan reticente a hablar de él.

—Entonces, ¿no hay absolutamente nada que quieras contarnos? —insistió Celeste, con tono ligero pero firme—. Porque, verás, nosotras te lo contamos todo.

La miré. Estaba apretando demasiado las tuercas.

Y aquella insistencia tuvo su efecto, claro que sí. Vega soltó un bufido y dejó su taza sobre la mesa con un poco más de contundencia de la necesaria.

—A veces me siento en medio de un interrogatorio cuando estoy con vosotras —dijo, aunque se esforzó en que su tono sonase ligero y risueño—. Tranquilas, si tengo algo digno de compartir, seréis las primeras en saberlo. Como siempre.

—Ay, amiga, no sabes lo que nos estás pidiendo —dijo Celeste, llevándose una mano al pecho como si estuviera al borde del colapso—. Nos tienes en vilo.

—Bueno, pues disfrutad de la intriga —respondió Vega, levantándose con una sonrisa de satisfacción.

Cuando volvió a su mesa, Celeste y yo nos quedamos en silencio unos segundos, hasta que finalmente lo rompí.

—Te juro que si esto sigue así, voy a volverme loca. ¿Por qué no puede simplemente decirnos con quién se está viendo?

—Eso es lo que me parece raro. Es Vega. ¿Desde cuándo le importa lo que pensemos?

Suspiré, y mi mente vagó de vuelta a Román, para variar. Pensar en él, aunque fuera por un segundo, era como una descarga de energía. Me preguntaba si él estaría pensando en mí también.

Intenté centrarme en la pantalla y en el plan de marketing del nuevo espectáculo, pero mi atención se desviaba cada vez que sentía vibrar mi móvil, esperando ver su nombre en la pantalla. Eran solo estúpidas notificaciones de cosas irrelevantes.

—Oye, Lidia —dijo Celeste, mirándome con una sonrisa pícara—. Hablando de misterios, tú también tienes un pequeño secreto, ¿no?

—¿Yo? —pregunté, tratando de parecer inocente—. ¿De qué hablas?

Celeste me dio un golpecito en el brazo.

—Anda, no te hagas la tonta. ¡Román! Se nota que estás en otro mundo. Me apuesto lo que sea a que estás esperando un mensaje suyo.

Me reí.

—Pues… sí. Hemos estado hablando bastante. Quedamos mañana. Llevamos unos días sin vernos.

—Qué bien, parece que el mago está interesado. Esto marcha.

—Bueno, crucemos los dedos para que no se tuerza. De momento todo está bien —admití.

No sabía si era el efecto residual de aquella noche, que aún perduraba, o que la situación con Vega me había dejado en un estado de vulnerabilidad extraño.

—Qué bien. Pero oye, control y paciencia, ¿eh? Ya sabes que no es tu fuerte…

Le lancé una mirada sarcástica.

—Gracias por el recordatorio, Celestina. Lo sé. Estoy tratando de ir despacio, pero no es tan fácil cuando hay… química.

Celeste sonrió y volvió a su pantalla.

—Ay, amiga. No te culpo. Pero si necesitas distraerte con algo, avísame.

Asentí, y miré en dirección a la mesa de Vega. Definitivamente. La vida últimamente parecía sacada de una serie de intriga, y por primera vez en mucho tiempo, no sabía qué esperar. Lo de Vega me distraía. No sé si era mi instinto pero el hombre que la acompañaba…seguía resultándome familiar.

CAPÍTULO 20

Había estado nerviosa toda la mañana pensando en la nueva cita con Román, pero una vez que lo tuve frente a mí, todos mis temores desaparecieron. Su sonrisa y su mirada me recordaron por qué me sentía tan a gusto con él. Nos encontramos en el centro, y después de un abrazo que duró un par de segundos más de lo normal, comenzamos a pasear, disfrutando del bullicio de la ciudad.

—¿Sabes que cada vez que te veo me doy cuenta de lo poco que ha cambiado Madrid? —me dijo Román, mientras caminábamos por una de las avenidas más concurridas.

—¿Poco? ¿De verdad? Yo siento que ha cambiado todo. O será que ya no veo la ciudad igual… —respondí, mirándolo de reojo mientras nuestros pasos se sincronizaban.

—Vale, entonces cambiemos de tema —dijo, lanzándome una sonrisa traviesa—. Cuéntame una anécdota memorable de tu vida últimamente. Algo que me sorprenda.

Me mordí el labio, pensativa, antes de soltar lo primero que me vino a la cabeza.

—Bueno, hace unos días descubrí que una de mis amigas tiene una especie de novio secreto. Es un hombre mucho mayor que ella —lo miré, esperando ver su reacción—. Fue raro, nunca me lo habría imaginado de ella. Y la cuestión es que no quiere soltar prenda al respecto. Aunque lo respeto, claro.

—¿Y has estado intentando averiguar más?

—Claro que no, soy una persona decente —dije, con falsa indignación—. Pero oye, algo me dice que un día de estos se lo voy a sacar sin que se dé cuenta.

Nos reímos. Con cada broma, con cada gesto, me sentía más ligera, como si la distancia de los últimos días no hubiera existido. Esperando en un semáforo, Román me tomó de la mano y me acercó hacia él, dándome un beso que me hizo perder la noción del tiempo.

Suspiré aliviada, muy cerca de sus labios.

—Oye, antes de que vayamos a cenar, ¿te importa si pasamos por mi casa? Necesito recoger algo.

—Claro, no hay problema —dije, pensando que se refería a su apartamento o estudio.

Sin embargo, cuando tomamos un desvío hacia un barrio residencial más elegante, entendí que su “casa” no era un simple apartamento.

—No puedo creer que te esté preguntando esto ahora, pero, ¿vives con tus padres? —pregunté, intentando no sonar demasiado sorprendida o esnob.

Román sonrió, sin dejar de caminar.

—Bueno, digamos que, después de... bueno, de una relación complicada, decidí que era lo más sencillo por ahora. Me llevé bien con mis padres durante la pandemia y, al final, me quedé en casa un poco indefinidamente. Pero espero que eso cambie pronto. Y tampoco estoy mucho tiempo aquí. Y mis padres viajan bastante. Tienen una casa en el norte.

Pensé en Minerva. Había asumido que Román vivía solo, pero ahora parecía que el término “reconstrucción de vida” era más literal de lo que pensaba.

Subimos las escaleras de un edificio clásico y elegante, y cuando Román abrió la puerta, me encontré en un espacio decorado con muy buen gusto, pero con ese aire indudablemente elegante

que caracteriza a una familia de buena posición. La casa de sus padres.

—¡Ah, Román! —una voz femenina sonó desde el pasillo, y en segundos, su madre apareció, impecable y radiante, tal y como la recordaba de su fiesta—. ¡Qué sorpresa! Y con compañía, veo.

Sonrió, saludándome con un beso en la mejilla.

—Lidia, ¿verdad? Encantada de verte de nuevo.

Me quise morir. No recordaba su nombre.

—El placer es mío, señora —respondí, intentando mantener la calma.

—Por favor, llámame María —respondió con una sonrisa cordial y mirándome directamente —. ¿Os apetece algo de beber? Acabo de abrir una botella de vino. Mi marido vendrá en un rato, pero a lo mejor os da tiempo a tomar una copa antes de salir.

Miré a Román, algo incómoda. Su madre parecía tan encantadora como siempre, y aún así, notaba algo en su actitud que me hacía pensar que también ella ocultaba algo. Román se apresuró a rechazar la invitación.

—Gracias, mamá, pero tenemos reserva en un rato. Solo hemos venido a recoger un par de cosas en mi habitación y nos vamos.

Su madre asintió, sin perder su expresión cálida, y nos dejó pasar hacia el pasillo.

Me fijé un poco más en el sitio. La casa estaba decorada con una elegancia que parecía inmune al paso del tiempo. Las fotos enmarcadas en las paredes, los muebles antiguos bien conservados, todo estaba dispuesto con mucha intención.

Seguí a Román hacia su dormitorio. En cuanto abrió la puerta, no pude evitar sonreír al ver un cuarto que parecía suspendido en el tiempo: trofeos de deportes del colegio, pósters de grupos de rock de los noventa, futbolistas ya jubilados y una estantería con una colección de cómics bien conservados. Era como una cápsula del tiempo.

—Así que esta es tu cueva —dije, acercándome a los trofeos—. Nadie diría que el niño que coleccionaba trofeos de fútbol sala acabaría siendo mago.

Román se rió, recogiendo una chaqueta y algunas cosas que había dejado sobre la cama.

—Sí, bueno, mis padres querían que hiciera algo más “serio”. Pero supongo que nunca fui demasiado buen hijo en ese sentido.

Observé los trofeos y el ambiente, y me esforcé por recordar al Román de la preadolescencia, el que se sentaba detrás de mí en clase y me incordiaba a todas horas. Pero, curiosamente, mi memoria seguía siendo vaga, como si estuviera intentando armar un rompecabezas con piezas borrosas.

—¿Por qué te metías tanto conmigo en el colegio? —le solté en tono ligero, aunque había algo de verdad en la curiosidad que sentía.

Román sonrió, pero evitó la pregunta.

—Tal vez porque eras la única en esa clase que no me tenía miedo —dijo, con una sonrisa traviesa—. Y, ¿sabes? Eso me gustaba. Aunque no me daba cuenta en ese momento.

Me reí, sacudiendo la cabeza.

—A ti te gustaba fastidiarme, eso es lo que te gustaba.

Recorrí la habitación un poco más, y entonces Román me llamó desde la puerta.

—Vámonos, que llegamos tarde a la reserva.

Enfilamos de nuevo el pasillo hacia la salida, y justo antes de marcharnos, una foto en una mesa pequeña junto a la entrada llamó mi atención.

Era una foto familiar reciente: Román, su madre, y un hombre que, a pesar de los años, tenía el porte de alguien acostumbrado al éxito.

Mis ojos se abrieron de par en par y un frío repentino me recorrió la espalda.

En ese momento, lo reconocí.

Era él.

Aquel era el hombre que había visto con Vega.

Mi mente empezó a procesarlo todo en milisegundos. La imagen de él con Vega en la Gran Vía, la forma en que le había pasado el brazo por encima de los hombros, el beso fugaz que habían compartido antes de entrar en su edificio. No podía ser coincidencia.

Me quedé en silencio, observando la foto como si fuera una bomba de relojería.

No podía decir nada.

No quería decir nada.

Miré a Román, que me esperaba junto a la puerta del salón, ajeno al torbellino de pensamientos que daba vueltas en mi cabeza.

—¿Todo bien? —preguntó, al ver mi expresión.

Asentí, obligándome a sonreír.

—Sí, sí... es solo que... me he distraído un momento con la foto. Qué... qué familia tan unida tenéis.

Él sonrió, sin saber la razón de mi cambio de tono.

—Sí, hemos pasado por algunas cosas, pero aquí estamos. Vamos, Lidia, que la cena espera. Tengo un hambre…

Lo seguí hacia la salida, mientras el peso de aquella foto y de la verdad que acababa de descubrir se instalaban en mi pecho. Román me miraba con confianza, sin saber que, entre todas las cosas que habían quedado sin decirse, ahora se sumaba un secreto bastante contundente.

CAPÍTULO 21

El sol de media mañana iluminaba el Retiro, y el aire fresco se colaba entre los árboles, dándome un respiro más que necesario. Patinar seguía siendo mi escape, mi forma de poner en pausa el mundo y despejar la mente.

Desde que lo había retomado, cada vez que me subía a los patines sentía que podía escapar, aunque fuera por unos minutos, de las preocupaciones. Y, después de la cena con Román y de ver aquella foto en su casa, necesitaba escapar más que nunca.

La imagen del hombre de la foto, su expresión tranquila y paternal al lado de su esposa e hijo, era el mismo rostro que había visto con Vega, caminando por la Gran Vía con una actitud cariñosa, íntima.

No podía quitármelo de la cabeza.

No tenía dudas.

Cada vez que la imagen volvía a aparecer, algo en mi estómago se revolvía. No sabía bien cómo sentirme. Confusa y traicionada eran las primeras palabras que me venían a la mente, pero había algo más. Si esto era cierto y Vega estaba en una especie de relación con el padre de Román… ¿qué se suponía que debía hacer yo?

Dejé que los pensamientos se arremolinaran en mi cabeza mientras seguía patinando. Mis piernas, al menos, parecían saber a dónde iban, aunque mi mente no tuviese ni idea.

Había una parte de mí que pensaba en contárselo a Celeste, saber su opinión y soltar todo este embrollo para ver si, entre las dos, lográbamos encontrar una solución. Pero algo en mí se resistía a hacerlo.

Celeste ya estaba lo suficientemente intrigada con Vega como para que yo sumara esta bomba. Y, por otro lado, el impulso de ir directamente a Vega y confrontarla con lo que había visto era igual de fuerte. Sin embargo, la perspectiva de abordarla con algo tan delicado también me asustaba.

Aceleré el ritmo, zigzagueando entre los caminos del Retiro, dejando que mis pensamientos tomaran forma.

—Es un lío… —murmuré, deteniéndome finalmente en uno de los bancos cerca del estanque.

Respiré hondo y me dejé caer en el asiento, sacando el móvil del bolsillo para distraerme un poco. Fue entonces cuando vi una llamada perdida de Clara. Me sentí culpable de inmediato.

Olvidé devolverle la llamada y había pasado por alto por completo su mensaje de la última vez. Necesitaba hablar con ella, aunque también sabía que contarle todo esto desde la distancia sería complicado. Y Clara, siendo Clara, probablemente no estaría muy dispuesta a darle vueltas al asunto con el tacto que tal vez necesitaba.

Volví a guardar el teléfono, decidiendo que la llamaría más tarde. Ahora mismo, no estaba lista para esa conversación.

Mis pensamientos volvieron a Román.

Durante la cena, me había hablado de sus padres. De cómo, tras algunos baches años atrás, lograron superar sus problemas y seguir juntos. No solo eso, sino que me había confesado que para él, como pareja, eran un modelo a seguir. Sus padres representaban un amor estable, una

relación fuerte en la que podía confiar. Todo eso me había dicho.

Había sido descorazonador escucharlo.

Por un lado, me encantaba saber que Román buscaba una relación verdadera y duradera, que no era de esos que veían el compromiso como una carga. Pero, por otro, pensar en lo que yo sabía, en la posibilidad de que su padre estuviera viéndose con mi mejor amiga a espaldas de su esposa, hacía que todo me pareciera una mala broma. ¿Y si lo descubría? Román parecía idealizar tanto a sus padres que, si llegaba a enterarse, no sabía qué tipo de daño podía causar eso en él…

No quiero saberlo, pero tampoco puedo ignorarlo, pensé, mirando hacia el lago.

Me sentía atrapada entre dos opciones: dejar que todo siguiera su curso y guardar el secreto, o hablar con Vega y arriesgarme a que todo explotara.

De cualquier modo, esto me estaba afectando más de lo que había calculado.

Mi relación con Román, mi amistad con Vega, mi trabajo en la agencia, incluso mi propio sentido de la lealtad… era como si todo se tambalease un poco. Un terremoto contenido y sutil.

Una idea fugaz pasó por mi cabeza: tal vez debería alejarme un poco de Román, darme algo de espacio hasta que todo estuviera claro. Pero tan rápido como apareció la idea, la deseché.

No quería alejarme de él, y mucho menos después de lo bien que iban las cosas entre nosotros. La conexión era real, y las noches que pasábamos hablando hasta tarde, riendo y compartiendo nuestras historias, no eran fáciles de encontrar en otro sitio. Y menos aún la intensidad con la que me hacía sentir cada vez que estábamos juntos.

—¿Y ahora qué, Lidia? —me pregunté en voz baja.

Volví a sacar el teléfono y me quedé mirando la pantalla, como si esperara que mágicamente me diera una respuesta. Pero, en su lugar, todo lo que vi fueron mensajes pendientes de contestar y notificaciones olvidadas. Suspiré, guardándolo de nuevo.

Sabía que, tarde o temprano, tendría que enfrentarme a esta situación, pero no estaba segura de cómo ni cuándo.

Por el momento, lo mejor sería intentar ver las cosas con calma, pensar en cada paso antes de tomarlo, y no dejarme llevar por impulsos.

Me levanté y empecé a patinar de nuevo, y una especie de paz se asentó en mi mente.

Aunque era todo un embrollo, tal vez el primer paso sería hablar con Vega, pero no de manera directa, sino tantearla, ver si ella me daba alguna pista sobre la naturaleza de su relación sin que yo tuviera que decirle lo que sabía. Si ella confiaba en mí, tarde o temprano se abriría y podría ayudarme a entender mejor la situación.

Y en cuanto a Román, me dije, lo mejor sería seguir disfrutando de lo que teníamos sin anticipar demasiado el futuro. Después de todo, parecía que él buscaba algo estable, algo real, y yo también quería eso. Solo esperaba que esta situación no acabara saboteando algo que acababa de empezar.

Aceleré el paso, dejando que el viento golpease mi rostro. Por ahora, seguiría adelante, un paso, y luego otro, exactamente igual que cuando me calzaba aquellos patines; confiando en que, de una forma u otra, las piezas del rompecabezas se irían colocando solitas.

CAPÍTULO 22

—¡Chicas, chicas, chicas! —la voz de Elio resonó en la oficina, atrayendo las miradas de todos los que estaban a menos de cinco metros.

Nosotras, las encargadas de la cuenta de Román, ya sabíamos lo que venía, así que nos miramos, ya en alerta antes de responder.

—¿Qué pasa ahora, Elio? —preguntó Celeste, riéndose.

El jefe suspiró dramáticamente y apoyó las manos en su escritorio, como si cargara con el peso del mundo a sus espaldas.

—Queridas mías, el mundo de la publicidad es un caos. —puso su mejor cara de angustia, la más sobreactuada—. Y vosotras sois mi única esperanza para salvar a esta agencia del desastre.

Celeste chasqueó la lengua.

—Nos lo dices todos los lunes, Elio. Y los martes. Y los jueves. Ya nos estamos acostumbrando a ese supuesto fin del mundo.

—¡Ya, pero es que hoy lo digo en serio! —respondió él, llevándose una mano al pecho—. Nuestro mago de las realidades, Román, está conquistando corazones, pero a costa de nuestras vidas. No he tenido una noche decente de sueño desde que este cliente llegó a mi vida.

Vega se rió y, aunque siempre se divertía con las ocurrencias y las tontadas de Elio, esa mañana parecía especialmente cansada.

—Ya, ya, jefe. Te hemos escuchado mil veces, pero admitámoslo: te encanta el drama. Además, parece que gracias a Román hemos recibido propuestas para otros proyectos importantes. No todo es tan malo.

Elio la miró, entrecerrando los ojos con una sonrisa de pícaro.

—Querida Vega, el único proyecto importante en mi vida es mi salud. Pero bueno, lo hago por vosotras, porque os quiero y en el futuro seréis las dueñas de todo esto. Cuando yo ya no esté. Y no me malinterpretéis, pero voy a cobrarme cada segundo de sufrimiento en copas cuando llegue la cena de Navidad.

Elio era muy fan de la Navidad, y sobre todo de la *cena* de Navidad. Era un evento absurdo del que empezaba a hablar en septiembre. Nadie lo entendía.

Nos reímos y se fue, lanzándonos un beso.

Mientras Celeste volvía a su pantalla y Vega intentaba concentrarse, yo me quedé mirando el móvil, que acababa de vibrar con un mensaje de Román. Habíamos pasado otra noche juntos, y ya todo parecía cada vez más ordenado y natural.

Cuando me había ido al trabajo esa mañana, me di cuenta de que ya había algunas cosas suyas en mi apartamento: un cepillo de dientes, una camiseta vieja para dormir… y eso me hacía sentir algo que no podía describir, pero que definitivamente me gustaba.

Te echo de menos ya. Si pudiera teletransportarme, aparecería ahora mismo en tu oficina.

Sonreí al leer sus palabras, sintiendo una calidez extraña y muy agradable en el pecho. Tranquilidad. Esa era la palabra. Las últimas relaciones y no-relaciones que había tenido habían sido montañas rusas que me provocaban infartitos día sí y día también, pero esta vez, con él,

estaba tranquila.

Tal vez el hecho de que mi relación con Román fuera tan estable y sincera me había dado la paz suficiente para hacer algo que jamás pensé que haría: aparcar el asunto de Vega y…*el hombre*.

No me malinterpretéis, seguía intrigada y un poco preocupada, pero había decidido no meterme en ese jardín. No seguir por ese camino. Al final, era su vida y tenía derecho a su privacidad.

Sin embargo, esa paz mental no duraría mucho, porque al girarme hacia Vega, noté que tenía una expresión ausente, como si no hubiera dormido en toda la noche.

—Oye, ¿estás bien? —pregunté, dándole un codazo suave para sacarla de su ensimismamiento.

Ella parpadeó, como si acabara de volver al presente, y me dedicó una sonrisa cansada.

—Sí, sí, es solo que... no he dormido muy bien, eso es todo.

—Ajá… —respondí. Con Vega últimamente, "eso es todo" solía significar exactamente lo contrario.

Al terminar aquella jornada, Celeste se fue corriendo porque tenía su clase de japonés, así que aproveché la ocasión para acercarme a Vega, que recogía sus cosas con lentitud.

—¿Te apetece ir a tomar un café? —le pregunté, tratando de sonar casual.

Vega se sorprendió, pero asintió, como si no le importara pasar un rato más fuera de casa. Bajamos a una cafetería cercana que solíamos frecuentar y, mientras esperábamos que llegara nuestra merienda, me preparé para hablarle de la manera más delicada posible.

—Oye, ahora en serio. ¿Estás bien? —pregunté finalmente, mirándola con sinceridad.

Vega bajó la vista, como si necesitara unos segundos para decidirse a hablar.

—No sé si estoy bien, Lidia. Últimamente me siento como si me hubiese metido en un lío del que no puedo salir.

Noté el brillo triste en sus ojos y supe que iba a decirme algo importante. Mi instinto me decía que le diera tiempo, así que me quedé en silencio, esperando.

—Me he metido en algo que no debería… —dijo al fin, en un susurro.

Respiró hondo antes de soltarlo:

—He empezado a enamorarme de alguien que no está disponible, alguien que no debería estar en mi vida.

Mis alarmas se dispararon. Tenía la boca seca, pero intenté mantener la calma.

—¿No está disponible? —pregunté, con cautela—. ¿Qué quieres decir.

Vega suspiró, jugando con la servilleta entre sus dedos.

—Pues que es un hombre casado, Lidia. Y lo sé, está mal, muy mal. Al principio pensé que era algo casual, algo que podía controlar. Pero he sido una idiota y me he dejado llevar. Me temo que se me ha ido de las manos.

Me quedé en silencio, procesando sus palabras. Todo encajaba: el secreto, el misterio, sus ausencias. Sin embargo, en lugar de sentirme satisfecha por ser tan intuitiva, la tristeza de Vega me golpeó como una losa. Sabía que no debía hacerle preguntas comprometedoras, pero no podía evitar que mi mente volara hacia aquella foto, en casa de Román.

—Vega… —dije finalmente—. Si te hace sentir así, ¿estás segura de que quieres seguir adelante con eso?

Ella asintió, aunque con una expresión de frustración.

—Lo sé, Lidi. No debería. No debería siquiera pensarlo, pero… siento que he llegado a un punto en el que no puedo retroceder. Ya no me puedo alejar sin destrozarme. Y lo peor de todo

es que él me da todo lo que siempre quise… pero solo a medias, claro. Nunca tendré el cien por cien. Y lo triste es que lo he asumido y estoy aprendiendo a convivir con ello.

Noté cómo sus ojos se nublaban y busqué su mano sobre la mesa, apretándola con suavidad.

—Te entiendo, de verdad. Pero, ¿has pensado en cómo te sentirás después? Este tipo de situaciones… ya sabes que no suelen acabar bien.

Me miró. Estaba triste.

—Lo sé. Pero… él me hace feliz, aunque sea por momentos, esos ratos…y eso es algo que no había sentido en mucho tiempo. Solo quería que lo supieras, no puedo compartir esto con nadie más. Nadie más lo sabe.

Ninguna de las dos mencionó a Celeste, pero era evidente que ni ella ni yo, por el momento, teníamos intención de contarle nada.

—Aquí estoy para lo que necesites —le dije, sin saber exactamente qué consejo darle.

Lo único que podía ofrecerle era apoyo, aunque en el fondo de mi mente la imagen de aquel hombre y el dilema moral que me suponía empezaban a crecer. Tampoco fui capaz de hacerle preguntas sobre su identidad porque me parecía obsceno. Yo sabía muy bien quién era él.

Después de un rato, nos despedimos, y me fui paseando hacia casa, intentando ordenar mis pensamientos. A pesar de la cercanía que sentía con Román, esta situación empezaba a ensombrecer mi relación con él, y temía que el peso de este secreto fuera demasiado para mí.

Sabía que Vega no lo estaba haciendo por maldad, pero había una parte de mí que no podía dejar de pensar en el daño colateral que esto traería.

Román, su madre, incluso la estabilidad de la propia Vega, todo estaba en juego.

¿Cómo se habrían conocido?

Quería saber todo.

Y al mismo tiempo sabía muy bien que la información me hacía, de alguna manera, cómplice de un secreto desagradable que solo traería desgracias.

CAPÍTULO 23

Otra mañana de caos en la oficina. Celeste, Vega y yo estábamos sentadas alrededor de la mesa de reuniones improvisada, lanzando ideas para la promoción de Román mientras Elio nos observaba como si fuéramos científicas a punto de descubrir la cura para alguna enfermedad extraña.

—A ver, queridas mías —dijo Elio, en ese tono que siempre utilizaba cuando se sentía más inspirado de lo habitual—. Necesitamos ideas frescas, algo que deje a la gente diciendo "wow" y, si es posible, algo que no me provoque un infarto por los nervios.

—Podríamos hacer algo en la calle, como una especie de *performance* para que la gente vea el nivel de magia que hace Román —sugirió Celeste, mirando a Elio con una sonrisa.

—¿Performance? —preguntó él, con las cejas arqueadas—. Mira que no queremos que desaparezca otra estatua. Bastante polémica hubo ya con lo del Oso y el Madroño.

Celeste se encogió de hombros.

—Yo solo digo que a veces golpear dos veces funciona…Estoy pensando en algo más sencillo, como un truco de cartas con el público o adivinación en grupo. Algo que no termine con el patrimonio histórico desapareciendo de la ciudad.

Vega y yo nos reímos, y hasta Elio soltó una carcajada.

—Sí, bueno, también podríamos hacer algo en la calle y luego lanzar videos cortos en redes —dije—. Algo que muestre a Román de forma cercana, interactuando con la gente. Él es muy carismático. Y algo de eso siempre atrae a más público.

—Buena idea, Lidia. Que se vea como un mago que no tiene miedo de mezclarse con los mortales —bromeó Elio, sonriendo.

—Exacto, el mago de todos los barrios —añadió Vega—. Aunque suene un poco contradictorio.

Estábamos debatiendo y anotando ideas cuando el móvil del jefe vibró sobre la mesa. Le echó un vistazo y su expresión cambió ligeramente.

—Bueno, Minerva ha organizado una reunión para mañana en… espera, esto es raro —nos miró, algo confuso—. Quiere vernos en un bar de copas elegante. Dice que necesita hablar sobre la dirección que está tomando la promoción.

Celeste soltó un silbido.

—¿En un bar de copas? —preguntó, riendo—. Esa mujer no pierde el estilo ni cuando se trata de reuniones de trabajo.

—Pero… —Elio frunció el ceño, mirando de nuevo el mensaje—. Hay algo raro aquí. Dice que quiere que vayan Vega y Celeste, y, por supuesto, yo, pero específicamente me pide que Lidia no asista.

Las chicas me miraron, sorprendidas.

—¿Que Lidia no asista? —repitió Vega, incrédula—. Qué raro, ¿no?

—Sí, muy raro —añadió Celeste—. ¿Qué motivo podría tener para que Lidia no esté?

Elio también me miraba desconcertado, esperando explicaciones.

—Bueno, Lidia, ¿quieres decirme por qué estás vetada en esta reunión? —preguntó Elio,

cruzándose de brazos—. Porque para ser sincero, nunca me había encontrado con algo así.

Respiré hondo, sabiendo que era momento de hablar.

—A ver, Elio… creo que debería habértelo dicho antes —empecé, sintiéndome un poco incómoda—. La razón por la que no quiere que vaya, supongo, es porque… ehhhh, porque tengo algo personal con Román. Él y yo estamos… quedando. Nos estamos conociendo, y, bueno, en realidad ya nos conocíamos porque fuimos juntos al colegio. La cuestión es que todo ha empezado a ponerse serio. Pero ya te digo, ha sido todo súper reciente. Por eso no te había comentado nada.

La cara de Elio mutó en cuestión de segundos. Parecía hasta aliviado.

—¡Ah, con que eso es! —dijo, sonriendo—. Claro, claro. Ahora tiene sentido que la rubia no quiera que estés allí. Ella es la ex, ¿verdad?

Asentí, sintiéndome un poco expuesta.

—Sí. Lo siento por no habértelo dicho antes, pero sinceramente pensé que podría separar las cosas. Pero aprovechando todo esto tal vez sería mejor que Celeste y Vega lleven ellas solas la cuenta. No quiero crear problemas para nadie, ni para Román ni para el equipo.

Elio me miró, comprensivo. Por suerte tenía un buen día.

—Bueno, Lidia, a veces los asuntos personales se cruzan con el trabajo, y si te soy sincero, aprecio que hayas sido honesta. Pero ten claro que quiero que te sientas bien en la agencia. Si lo mejor para ti es apartarte de esta cuenta, que así sea. Te pasaré otra cosa pronto.

Sentí alivio. No solo por quitarme el peso de ocultar la relación, sino porque también era evidente que Elio comprendía lo peliagudo que podía ser todo.

—Gracias, Elio. En serio.

Me dedicó una sonrisa y luego miró a las chicas.

—Bueno, chicas, entonces lleváis vosotras la representación de la agencia en esa reunión. Yo, ehm… me temo que tampoco podré ir. Celeste, Vega, ¡quiero que seáis mis ojos y oídos en ese bar de copas! Que esa mujer no os embauque con su glamour de ex diva.

—La vigilaremos bien, no sea que intente sacar una varita y convertirnos en ratones —dijo Celeste.

Elio recogió su papeleo y salió de la sala de reuniones sin decir nada más. De repente hacía esas cosas. Le pasaba algo por la cabeza o se acordaba de algo, recogía sus trastos y se largaba sin decir ni mú. Ya estábamos acostumbradas. En cuanto salió, Celeste y Vega se giraron hacia mí.

—Qué fuerte lo de Minerva. Está celosa, claramente. ¿Qué opináis? —preguntó Vega, cruzándose de brazos.

—Ya, suena a rabieta —añadió Celeste—. ¿Pero sabes qué? Eso quiere decir que la cosa va bien con Román, ¿no?

Asentí, sonriendo sin poder evitarlo.

—Sí, va todo bastante bien. Hemos conectado muy bien y, bueno, creo que es diferente de lo que he sentido antes. No esperaba que todo se volviera tan… tan serio tan pronto. O al menos no me da esa sensación de que el castillo de naipes vaya a autodestruirse.

Vega me miró con una sonrisa de satisfacción.

—Pues eso significa que has hecho lo correcto. Si algo serio surge entre vosotros, no vale la pena que tengas que preocuparte por Minerva. Así que, desde aquí, nuestra misión va a ser darle a esa mujer la reunión de su vida y dejarle claro que, en esta agencia, Lidia no es negociable.

Nos reímos las tres y Celeste añadió:

—Exacto, si se pone muy pesada, la entretendremos con cócteles y la marearemos hasta que

pierda el hilo de la reunión.

—Y vosotras no le vais a decir nada, ¿verdad? —pregunté, con una pizca de nervios.

—Obvio que no —respondió Celeste, con una expresión traviesa—. Solo nos limitaremos a hacerle preguntas incómodas para que nos cuente algo sobre sus fracasos amorosos. Igual se echa a llorar y nos da pena y todo.

Vega se rio.

—Me encanta tu estilo. Tranquila, dejaremos el pabellón bien alto.

No tenía ninguna duda. Casi lamenté no poder asistir a esa reunión para ver cómo iban a marear a la ex de Román.

CAPÍTULO 24

Esa tarde Román y yo habíamos quedado para ir al cine. Llegó con su chaqueta de cuero, despeinado y con una sonrisa de esas que parecían arreglar cualquier desastre. Yo intenté no dejarme deslumbrar, aunque tenía la sensación de que algo estaba torcido. No sabía si era por la conversación pendiente que tenía en la cabeza o si era por los últimos días, pero mi sensación era que algo había cambiado.

—¡Hola, preciosa! —dijo él, acercándose para darme un beso—. ¿Preparada para escoger peli?

—Claro, no soy yo quien llega tarde —respondí, medio en broma y medio en serio.

Román se rió, pero algo en su expresión se apagó un poco. Aun así, no dije nada, y entramos al cine después de recoger las entradas. Me dejé llevar, o al menos lo intenté, pero durante toda la película noté cómo Román miraba su móvil cada cierto tiempo. La luz de la pantalla me distraía constantemente, y fue cuando me pregunté si había algo más importante para él que estar aquí conmigo.

Al salir de la sala, la duda ya se había transformado en malestar, así que intenté ser directa sin sonar molesta:

—Oye, Román, ¿pasa algo? Has estado pendiente del móvil toda la peli —dije despreocupada, aunque sabía que mis ojos reflejaban mis sospechas.

Él se encogió de hombros, metiendo el teléfono en el bolsillo.

—Cosas de trabajo. Ya sabes cómo es, Minerva está organizando reuniones y quería confirmar algunos detalles. Nada importante.

El nombre de Minerva me cayó como un jarro de agua fría. Claro, su manager. Su ex. Su contacto de trabajo constante. Y yo sabía que, aunque él tratara de disimularlo, había una familiaridad entre ellos, tenían una historia juntos.

—¿Te escribe por la noche con cosas de trabajo?

Él asintió, sin captar ni un ápice de ironía en mi voz, o ignorándola hábilmente, quién sabe.

—Sí, a veces pasa. De hecho, ella también se encargó de preguntarme si quería ver el borrador del anuncio de las redes, pero ya sabes, es perfeccionista con estas cosas.

Suspiré. Quizá estaba exagerando, pero me molestaba que ella se hubiera vuelto un tema central en nuestra conversación, incluso cuando trataba de desconectar. Y entonces se lo dije:

—Minerva le ha pedido a Elio que me aparte de vuestra cuenta.

Román parpadeó.

—¿Cómo?

Rectifiqué enseguida. Aquello no era exacto.

—Bueno, me ha vetado en una reunión que creo que está teniendo lugar hoy mismo y yo, ante eso, he tenido que renunciar.

En lugar de molestarse, solo asintió.

—Lo siento, nena. La verdad es que no tenía ni idea de eso. Puedo hablar con ella si te molesta. Pero lo que no quiero es que te sientas incómoda. Siento que, en gran parte, lo que estoy consiguiendo se lo debo a ella. Es muy buena en su trabajo y, bueno, respecto a eso nos

entendemos bien. Ya te lo conté…

Resoplé. Quería mantener la calma pero no, empezaba a no estar cómoda con aquella situación. Y en mi cabeza empezaban a surgir algunas preguntas. Pero supongo que lo que me molesta realmente era que él ni se planteaba la posibilidad de trabajar con otra persona.

—Entiendo que sea tu manager, Román, pero también es tu ex y… no sé, creo que estaría bien que tomases en cuenta cómo me siento con esta situación.

—No tienes de qué preocuparte —respondió, sonriendo con tranquilidad, como si mis palabras fueran poco más que una queja sin fundamento—. Minerva es una profesional, y lo último que querría es mezclar el trabajo con el pasado.

Asentí y desvié la vista, tratando de no sentirme más frustrada. Él y yo no habíamos tenido "la conversación". No le habíamos puesto nombre a lo que estaba pasando entre nosotros y eso me restaba a la hora de pedirle explícitamente que cortase todo tipo de relación con ella después de que me hubiese vetado en la dichosa reunión.

Me importaba Román, pero era difícil ignorar lo evidente: esa chica podría convertirse en un problema si las cosas seguían como estaban. Y él parecía estar ciego ante todo eso.

Abandonamos el cine en silencio, cada uno con sus pensamientos. La noche era fría, y Madrid estaba lleno de luces y de gente que paseaba despreocupada. No sabía si me estaba preocupando demasiado o si de verdad había algo que debíamos hablar más a fondo.

Román pareció notarlo, porque se acercó y me pasó el brazo por los hombros.

—Venga, no me pongas esa cara. Vamos a dar una vuelta y olvidarnos del trabajo, ¿sí?

Asentí, sonriendo un poco, y nos dejamos llevar por el bullicio de la ciudad, disfrutando del paseo, aunque la molestia seguía instalada en algún rincón de mi mente. *Debería confiar en él, al menos hasta que me dé un motivo serio;* me dije, *o si no esto no funcionará.*

Mientras caminábamos, nos encontramos con un grupo de turistas que hablaban en francés y se detenían a hacer fotos. Román soltó una risa y me miró con curiosidad.

—¿Te acuerdas cuando hacíamos fotos así en los viajes del colegio? Fotos de todo y de nada.

—Sí, y siempre parecíamos espantapájaros en ellas —respondí, riéndome—. Al menos ahora la gente sabe cómo posar. A nosotros nadie nos enseñaba. Y además, la mayoría de esas fotos ya no existe.

Román sonrió y me dio un beso en la mejilla.

—Bueno, al menos nos quedan los recuerdos, aunque sean borrosos.

Estábamos así, sumidos en esa charla sin pretensiones, cuando, al cruzar una calle y girar una esquina, nos topamos de frente con un hombre que reconocí al instante. Sentí cómo mi corazón se aceleraba y me detuve en seco. Mi cuerpo se tensó.

El hombre, bien vestido y de aspecto impecable, alzó la vista y se encontró con la nuestra. Era el padre de Román. Mi mente se llenó de imágenes del otro día, cuando lo había visto caminando por la Gran Vía con Vega, tan cercano y cariñoso con ella, evidentemente algo más que simples conocidos.

Román, ajeno a todo aquello, lo saludó.

—¡Papá! Qué casualidad encontrarte aquí.

El hombre sonrió. Le dio una palmada en el hombro.

—Esta ciudad es cada vez más pequeña.

Y que lo digas, pensé.

Me miró y sonrió con amabilidad.

—Tú debes de ser Lidia. Ernesto.

Le devolví la sonrisa, aunque estaba tratando de procesar lo que implicaba ese encuentro.

—Sí, Lidia. Encantada de conocerte por fin —dije, haciendo un esfuerzo por sonar natural.

Román parecía tranquilo, pero yo sentía que mis piernas apenas me sostenían. Intercambiamos algunas palabras triviales sobre el frío, el cine y las casualidades, mientras yo intentaba impedir que la ansiedad se reflejara en mi rostro.

El padre de Román seguía sonriendo, como si todo estuviera perfectamente en su lugar. Como si no se estuviese viendo en secreto con una de mis mejores amigas.

Finalmente, Román se despidió.

—Bueno, papá, nosotros vamos a ir a tomar algo. A no ser que…quieras apuntarte.

Pensé que diría que no.

Que nos daría las buenas noches y seguiría su camino.

Pero en vez de eso, echó un vistazo a su reloj y dijo:

—¿Sabes qué? No es muy tarde y estoy libre…así que, ¿por qué no? Así puedo conocer un poco más a Lidia.

Sonreí, aunque estaba temblando por dentro.

Esto no va a ser fácil, pensé.

CAPÍTULO 25

—¿Qué dices, Lidia? ¿Te apetece?

Román se giró hacia mí sin perder ni un ápice de su seguridad habitual.

Pues no era lo que tenía en mente, no. Pero tampoco iba a decírselo.

Además, algo en mi instinto me decía que quizá esto era justo lo que necesitaba para aclarar algunas cosas.

—Claro, vamos todos —dije, sonriendo mientras Román me tomaba de la mano y Ernesto caminaba junto a nosotros.

Nos dirigimos a uno de los bares animados de Malasaña. Luces tenues, muebles de madera y música pop. Nos acomodamos en una mesa cercana a la ventana, y un camarero se acercó enseguida para tomarnos nota. Pedimos unas cañas y unas tapas para compartir, y Ernesto se acomodó en la silla. Era un hombre muy atractivo y con rasgos casi idénticos a los de su hijo. *Por eso me resultaba tan familiar cuando lo vi por primera vez…*

—Así que trabajas en una agencia de comunicación, ¿verdad, Lidia? —preguntó Ernesto, entrelazando los dedos sobre la mesa—. Román me ha contado un poco sobre tu trabajo, aunque no demasiado.

Lo miré con curiosidad. Parecía genuinamente interesado en escucharme, pero yo ya sabía lo suficiente para mantener la conversación dentro de lo que me convenía.

—Sí, en una agencia bastante movida —dije, asintiendo—. Justamente estamos trabajando en la campaña de promoción de Román, aunque yo he decidido apartarme de ese proyecto para… evitar conflictos de interés.

Ernesto asintió, mirándome con una media sonrisa.

—Sabia decisión. Imagino que debe ser complicado trabajar para alguien con quien tienes una relación.

Solté una risa nerviosa, evitando el tema de mi reciente salida de la cuenta de Román, y decidí que era un buen momento para tantear un poco el terreno.

—¿Y tú, Ernesto? —pregunté, fingiendo curiosidad—. Román me ha contado un poco sobre la familia, pero no sé demasiado de ti. ¿A qué te dedicas?

Resulta que el señor Caicedo pareció encantado de hablar de sí mismo. Sus ojos se iluminaron mientras se recostaba en la silla.

—Tengo una empresa en el sector de bienes raíces. Nos dedicamos a la restauración de edificios históricos y su adaptación a residencias modernas. Ya sabes, esos pisos antiguos de Madrid que necesitan un toque de renovación sin perder su encanto.

Román asintió, mirando a su padre con evidente respeto.

—Mi padre tiene un don para ver el potencial en las cosas. Donde otros ven ruinas, él ve una oportunidad.

Escuché a Ernesto con atención, aunque no podía evitar que mi mente se desviase hacia temas más personales. Durante la conversación, mencionó a su esposa un par de veces, pero nunca con el tono cercano y amoroso que uno esperaría de alguien en una relación estable de tantos años. Aproveché la oportunidad para preguntar algo más directo.

—Y…pronto llega la Navidad. ¿Alguna escapada prevista con María? Conocí el otro día a la madre de Román, una señora fabulosa…Se nota que están muy unidos.

A lo mejor me estaba pasando, pero bah, qué demonios.

Ernesto sonrió, pero sin ese toque de emoción genuina.

—Bueno, todos los matrimonios tienen sus altibajos. Pero cuando estás con alguien tanto tiempo, al final te das cuenta de que lo importante es el compromiso que adoptas, no las emociones del momento. Aún no sabemos muy bien qué haremos.

Román asintió, mientras yo intentaba ocultar mi escepticismo. Me pareció una forma curiosa de ver el matrimonio, especialmente viniendo de alguien que, según mis sospechas, estaba en una relación paralela con mi amiga.

—Eso es lo que siempre digo yo también —respondió Román, mirándome con una sonrisa—. Lo más importante es la estabilidad. Por eso valoro tanto a mis padres.

Mientras hablábamos, aproveché una pausa en la conversación para dejar caer el nombre de Vega.

—Celeste y Vega deben estar saliendo de la reunión ahora mismo —mencioné, consultando mi reloj. Levanté la vista —. Son mis compañeras de trabajo. Y buenas amigas.

Ernesto se quedó quieto un segundo, apenas perceptible, pero no mostró ni el más mínimo cambio en su expresión. Después apuró su cerveza y miró por la ventana.

Suspiré internamente, frustrada por no haber conseguido ninguna pista. Ernesto parecía un experto en mantener el control, y su no-respuesta me hizo dudar aún más de todo. Si realmente estaba viéndose con Vega, entonces debía ser un maestro de la discreción.

El camarero nos trajo las tapas y la conversación derivó a temas más triviales. Mi ¿suegro? se mostró encantador y divertido, riéndose de las anécdotas de Román y hasta compartiendo algunas historias familiares que lo hacían ver como un tipo entrañable. Era fácil entender por qué Román lo respetaba tanto. Yo también podría haberlo hecho, de no ser por la imagen de él y Vega caminando juntos.

Finalmente, después de un par de cañas más, Ernesto miró su móvil y se excusó.

—Perdonadme, chicos, pero me ha surgido un asunto de trabajo. Me encantaría quedarme, pero me temo que debo irme ya.

Nos levantamos para despedirlo, y mientras le estrechaba la mano, noté que él recibía un mensaje en su móvil. Un gesto apenas perceptible en su rostro me dejó clara la naturaleza de aquel “asunto de trabajo”: Vega.

Supuse que iba a ir directamente a verla, pero no podía decirle nada a Román. Al menos no aún. No sabía cómo abordarlo.

Ernesto se marchó después de darnos las buenas noches, y cuando nos quedamos solos, Román sonrió, aunque noté que parecía un poco cansado.

—¿Qué te ha parecido mi padre? —preguntó, mirándome con curiosidad.

—Muy majo, realmente. Y parecéis bastante cercanos.

Él asintió, como si fuera evidente.

—Siempre me he llevado bien con él, aunque algunas veces es algo reservado. Pero siempre ha sido una figura fuerte en mi vida, alguien en quien confiar.

Sonreí, aunque de repente me sentí triste. Todo esto me hacía preguntarme si Román realmente lo conocía tan bien como creía, y más importante aún, si él mismo estaba predispuesto a actuar igual.

No podía sacarme de la cabeza la idea de que, si su padre tenía una relación extramarital, quizá Román no veía esas cosas como algo tan fuera de lo común.

Salimos del bar y caminamos hasta el final de la calle. Román se giró hacia mí, esperando que nos fuéramos juntos. Pero algo en mí me decía que esa noche necesitaba un poco de espacio.

—Oye, ¿te importa si me voy sola esta noche? —pregunté, de repente, sin pensarlo —. Estoy algo cansada y creo que necesito dormir.

Me miró sorprendido, pero reaccionó rápido. Su expresión se suavizó y me acarició el hombro.

—Claro, no pasa nada, Lidi. Nos vemos mañana, entonces. O cuando tú quieras.

Después de despedirnos, me alejé por la calle. Sentía alivio y la misma tristeza, un poco más acusada.

Tal vez me estaba obsesionando demasiado, o tal vez todo ese asunto de Vega me hacía ver señales donde no las había. Pero la duda ya estaba plantada en mi mente, y la imagen de mi amiga con Ernesto, paseando a plena luz por el centro, tan natural y cómplice, no dejaba de rondarme.

¿Y si Román, igual que su padre, no era el hombre ideal que yo creía?

CAPÍTULO 26

El sonido de la cafetera llenaba la minúscula cocina de la ofi mientras Vega, Celeste y yo nos reuníamos en torno a ella, esperando ansiosas que el café saliese de una vez. Elio nos decía a menudo que parecíamos brujas alrededor de un caldero. En fin…

Después de la reunión con Minerva, las chicas estaban deseando contarme cada detalle, y yo no podía negar que estaba igual de impaciente. Celeste, siempre la más directa, empezó con un tono conspirativo:

—Tenemos una noticia, que suena a buena pero yo no sé si lo es tanto.

—¿Ah, sí? —cogí nuestras tres tazas del armario y empecé a servir el café—. Sorpréndeme.

Vega y Celeste se miraron, saboreando esos momentos previos antes de compartir un buen cotilleo. Al parecer, la reunión había tenido su parte de momentos incómodos, pero también algunos detalles jugosos.

—Bueno, resulta que Minerva vino a presumir de sus "planes para llevar a Román a otro nivel" —dijo Vega, haciendo las comillas en el aire—. Lo que nos vino a contar, en pocas palabras, es que ha conseguido un acuerdo para que Román actúe en Nueva York. Para que haga una especie de residencia allí.

Mis ojos se abrieron como platos mientras procesaba lo que Vega acababa de decir.

—¿Nueva York? —repetí, tratando de que no se me notara demasiado la sorpresa.

Celeste asintió, tomando su taza y lanzándome una mirada significativa.

—Así es. La muy espabilada tiene un contacto de la universidad que ahora dirige un teatro pequeño en Manhattan, y resulta que ha conseguido meter a Román en su programación. Nos lo vendió como "la gran oportunidad para su carrera" y "una plataforma internacional". Tú sabes, su típico tono melodramático. Y luego nos preguntó qué tal llevábamos el inglés.

Intenté sonreír y no parecer afectada, pero el golpe me había dejado un poco tambaleante. Román no me había mencionado nada de esto. Habíamos estado saliendo, charlando y viéndonos durante semanas, y, sin embargo, había decidido callarse algo tan importante.

¡Nueva York!

—Vaya… debe de ser una gran oportunidad para él —dije, tratando de sonar animada, aunque en realidad estaba hundiéndome poco a poco.

Celeste me observó atenta, notando mi tono forzado. Rara vez se le escapaba una.

—Bueno, tía. Es un artista, al fin y al cabo. Ya sabes cómo es este mundo. Cualquier oportunidad que venga de América suena atractiva, y más cuando está implicado alguien como Román. Pero me sorprende que él no te haya contado nada. ¿No te lo ha mencionado ni por encima, ni siquiera como una opción que está en el aire?

Negué, sintiéndome aún más incómoda.

—No, la verdad es que no. Supongo que estará esperando confirmarlo todo antes de hablar conmigo.

Era una excusa muy débil y lo sabía, pero necesitaba aferrarme a algo. Tomé un sorbo de café y cambié de tema antes de que mis amigas pudieran insistir más.

—Bueno, ¿y cómo fue el resto de la reunión? —pregunté, mirando a Vega, que estaba más

callada de lo normal.

—Fue… interesante, por decirlo así. Minerva tiene una idea más o menos clara de cómo manejarlo todo y no nos deja mucho espacio para sugerencias, ya sabes. Es su manera o nada.

Celeste rió entre dientes.

—Esa mujer es como un *bulldozer*. Por cierto, insistió mucho en que Román tuviera una imagen más "neoyorquina" a partir de ahora, que según ella sería todo en blanco y negro, con fondos de rascacielos. ¡Como si no fuera algo que ya hemos visto mil veces!

Nos reímos, y mientras escuchaba sus comentarios sobre el estilo y el tono de la campaña, traté de ignorar la sensación amarga del pecho. Sin embargo, estaba un poco dolida. Román y yo habíamos hablado de muchos temas, y aunque sabía que nuestra relación aún estaba en una etapa temprana, el hecho de que vía Minerva me estuvieran llegando noticias sobre su carrera me jodía bastante.

Después de un rato de risas, les conté sobre la noche anterior.

—Ah, por cierto, ayer salimos del cine y nos encontramos con Ernesto, el padre de Román —lo solté como si nada, pero en realidad esperaba la reacción de Vega.

Para mi sorpresa, no hubo ninguna. Vega asintió con interés, pero no dijo nada fuera de lo común. Era como si la mención de Ernesto no le significara nada especial, lo cual me desconcertaba aún más. Miré a Celeste, quien parecía curiosa, aunque no por las razones que yo esperaba.

—¿Y qué tal es su padre? —preguntó, inclinándose un poco hacia mí—. Porque Román tiene toda la pinta de haber salido de una familia de categoría.

—Es encantador, la verdad —respondí, recordando la conversación de la noche anterior. Aunque por dentro me sentía incómoda—. Se nota que Román lo tiene en un pedestal. La verdad es que me sorprendió conocerlo, fue algo inesperado.

Vega asintió, como si estuviera ya en su propio mundo, y de repente todo el cotilleo perdió un poco de color.

Nos terminamos el café y volvimos a nuestras mesas, cada una a sus tareas, mientras yo intentaba concentrarme en mis cosas pendientes.

Pero no podía dejar de darle vueltas.

Lo de Nueva York me había dejado con una sensación de vacío en el estómago. Sabía que esa oportunidad era seguramente fantástica para Román. Una pasada, de hecho. Algo con lo que cualquier mago —cualquier artista— soñaría, pero lo que realmente me hería era esa falta de comunicación entre nosotros.

Suspiré y apoyé la cabeza en mi mano, mirando la pantalla sin saber ni lo que hacía.

Román y yo habíamos compartido tantas cosas últimamente…¿Por qué no me lo había contado? Entendía que tal vez quería mantenerlo en secreto hasta que estuviera confirmado, pero si Minerva lo había compartido con mi equipo, ¿no podía él haber hecho lo mismo conmigo?

Las dudas se fueron acumulando en mi mente y comencé a preguntarme si de verdad estaba viendo a Román tal como era, o si me había dejado llevar por la emoción del romance sin prestar atención a los detalles. Y Minerva... uf, era más relevante y más influyente en su vida de lo que yo había calculado.

Hice un segundo intento de concentrarme en la ristra de emails que tenía por contestar, cuando sentí el móvil vibrar sobre la mesa. Era él:

Buenos días, preciosa. ¿Cómo va la mañana? ¿Nos vemos esta noche?

Respiré hondo. Podía haberle dicho que sí, que me encantaría, pero en cambio, me quedé

mirando el mensaje sin responder. Mi mente estaba hecha un lío y no sabía si lo que necesitaba era más tiempo con él o más tiempo para aclarar mis propios sentimientos.

Finalmente, contesté con un mensaje simple:

Nos vemos, pero tenemos que hablar de algo importante.

Envió un emoji de sorpresa y escribió:

Uy, ¿he hecho algo malo?

Tecleé. A lo mejor tendría que haber contado hasta diez, pero le puse:

No, solo necesito entender algunas cosas, nada grave.

Yo no añadí ningún emoticono.

Y en el fondo tenía la sensación de que, para mí, sí era algo grave.

Román contestó con un mensaje tranquilizador, pero yo seguía sin sentirme a gusto.

Esa noche iba a ser una prueba para nuestra relación, y yo, aunque tenía ganas de verlo, no sabía si estaba lista para escuchar la verdad o enfrentarme a la posibilidad de que nuestros caminos no fuesen tan en paralelo como yo creía.

CAPÍTULO 27

Quedamos directamente en mi casa. Desde que me había enterado de lo de Nueva York, no podía sacármelo de la cabeza. Román llegó con su sonrisa de siempre, con esa seguridad que solía tranquilizarme, pero esa tarde no iba a funcionar. Cerré la puerta detrás de él y, antes de que pudiera decir una palabra, fui directa al grano:

—Bueno… —empecé, tratando de contener los nervios, aunque notaba la tensión en mi propia voz—. Resulta que me he enterado de lo de Nueva York.

Su sonrisa se desvaneció al instante. Se quedó mirándome, sorprendido, y tardó unos segundos en reaccionar.

—¿Nueva York? —preguntó, claramente confundido—. ¿Quién te contó eso?

—Minerva se lo contó a mis compañeras, ¿quién si no? —respondí, cruzando los brazos y mirándolo a los ojos.

Román suspiró, pasándose una mano por el pelo. Después cogió el cordón de uno de mis patines, que estaban junto al sofá, y jugueteó con él.

—Lidia, escúchame, lo de Nueva York es solo una posibilidad. No hay nada seguro todavía. Minerva está intentando abrirme puertas, pero yo aún no he decidido nada.

La decepción se había estado acumulando en mi interior y había encontrado por fin una vía de escape.

—¿Y tenías pensado contármelo en algún momento? —pregunté, intentando que mi voz no temblara—. Porque te aseguro que estamos en un punto en que enterarme por otra persona no es precisamente lo ideal.

Se quedó en silencio, como si estuviera buscando las palabras adecuadas.

—No es que no quisiera contártelo —dijo finalmente—. Es que ni siquiera yo tengo claro si quiero hacerlo o no. Hay otras cosas que me retienen en Madrid. Además, es solo una idea, un plan de Minerva. No quería preocuparme por algo que puede que ni suceda.

—¿Y no crees que, como mínimo, deberías habérmelo dicho tú? —insistí, tratando de mantener la calma—. No es el hecho en sí. Lo que me fastidia es enterarme por alguien que no eres tú. Román, mira, tengo que ser sincera… Creo que no estamos empezando una aventura casual. Al menos yo no lo siento así. Para mí esto es… algo serio, o al menos quiero que lo sea.

Él se quedó mirándome, como si no hubiera esperado que dijera aquello. La sorpresa en sus ojos me confirmó lo que ya temía: no habíamos estado en la misma página desde el principio.

—Lidia, no me malinterpretes. Claro que me importas, muchísimo. Pero… —vaciló un segundo, mirando hacia el suelo antes de volver a levantar la vista—. No hemos hablado de esto aún. No hemos dicho qué somos. Y, en parte, pensé que no necesitábamos ponerle nombre.

Sentí un nudo en el estómago, y mi voz salió más temblorosa de lo que me hubiera gustado.

—Pues para mí, el hecho de que estés aquí, que pasemos tanto tiempo juntos, que nos contemos todo… significa algo. Y me dolería entender que no lo sientas de la misma manera.

Se revolvió en el sofá, incómodo. Supongo que lo estaba acorralando, pero me dio lo mismo.

Levantó la vista y me dijo:

—No estoy diciendo que no signifique nada para mí. Al contrario, tú eres… eres increíble, y

no quiero que esto termine por nada del mundo. Pero, al mismo tiempo, me asusta que empecemos a ponernos expectativas tan altas cuando apenas estamos empezando. No sé. Pensé que estabas de acuerdo en ir poco a poco. No hace ni un mes que hemos reconectado.

Esas palabras me golpearon como la bola de acero gigante en aquel videoclip de Miley Cyrus. *Apenas estamos empezando.* No podía negar que esa frase me hizo sentir como si todo lo que habíamos compartido hubiera sido mucho menos de lo que yo creía.

—Para ti será empezar, Román, pero para mí esto ya ha sido mucho más —respiré hondo, intentando que las palabras no salieran tan afiladas como las sentía dentro de mí, perforándome la garganta—. No sé, igual es que me hago ilusiones fácilmente, pero cuando alguien me importa, quiero construir algo de verdad. Algo que dure. Y siento soltarlo así, pero ya no soy una cría y no tengo problema en dejar claro lo que quiero. Si lo compartes bien y si no…

Román asintió, pero parecía aturdido, como si no supiera cómo responder a eso.

—Entiendo lo que dices, de verdad que sí —respondió finalmente—. Solo… me da miedo meterme en algo tan profundo sin saber realmente qué quiero. Nueva York, el trabajo, todo esto… es como si mi vida estuviera toda desordenada ahora mismo y aún no supiera dónde encajas tú en ella.

Sus palabras, tan sinceras y desnudas, me dolieron. Porque, en el fondo, entendía que él no estaba seguro de qué quería, y eso significaba que yo tampoco estaba segura de qué significaba para él.

—Entonces, ¿qué estamos haciendo aquí? —pregunté, sin poder contener ya la amargura en mi voz—. ¿Soy solo un entretenimiento mientras decides si quieres algo más o no?

Negó con la cabeza y por un segundo me pareció convincente.

—No, claro que no. Lidia, yo quiero estar contigo, pero siento que estamos hablando de futuro, de compromisos, cuando aún estamos conociéndonos.

La frialdad de sus palabras me empujó un poco más hacia el abismo. Habíamos compartido noches, risas, secretos, y, sin embargo, él seguía viéndolo como algo provisional.

—Si realmente quisieras estar conmigo, Román, no me habría enterado de lo de Nueva York porque Minerva lo soltó. Me lo habrías contado tú —dije, y noté como la rabia iba creciendo—. No quiero ser una nota al pie de página en tu vida. Y, sinceramente, me niego a ser el plan B mientras tú decides si vas o no a Nueva York.

Román pareció dolido por mis palabras, pero no las contradijo. Se quedó allí, mirándome en silencio, como si las dudas fueran demasiado fuertes para ignorarlas.

—¿Y entonces? —dijo él finalmente—. ¿Quieres que paremos aquí? ¿Es eso lo que me estás pidiendo?

No sabía si quería eso o no. Lo único que sabía era que esta relación ya no me parecía tan segura como había creído. Sus palabras me hacían dudar de todo lo que había sentido hasta ahora.

—No lo sé, Román —admití con la voz ya quebrada—. Tal vez necesitas tiempo para decidir lo que vas a hacer, y mientras tanto, yo también necesito tiempo para aclarar lo que quiero para mí.

Él asintió, resignado, y no dijo nada más. Fue entonces cuando me di cuenta de que estaba agotada, de que toda esta discusión me había drenado de una manera que no podía explicar. Había sido agotador.

—Creo que deberías irte —dije, bajando la mirada—. Necesito estar sola.

Román se quedó quieto, claramente sin saber cómo reaccionar. Parecía en *shock*, como si no hubiera previsto que las cosas tomarían este giro.

—Lidia… —empezó, pero se detuvo, tragando saliva antes de continuar—. Lo último que quiero es hacerte daño. Solo necesito un poco de tiempo para entender qué quiero, pero te prometo que esto no significa que no me importes.

Lo miré, sabiendo que, aunque lo decía con sinceridad y tal vez estaba en un momento importante de su carrera, aquellas palabras no eran suficiente.

—Lo sé, Román. Pero ahora mismo, eso no es lo que necesito escuchar.

Se quedó un momento más en silencio, y al final se acercó para darme un beso en la mejilla, suave y lento. Luego se giró y salió por la puerta, dejando atrás un silencio que parecía aún más frío que la despedida.

Me quedé sola, abrazándome a mí misma, y me di cuenta de que, aunque había querido respuestas, lo único que tenía ahora eran más preguntas.

CAPÍTULO 28

Al día siguiente era ya tarde en la oficina y las luces empezaban a apagarse en algunas mesas, mientras el equipo recogía sus cosas. Yo intentaba concentrarme en la pantalla, porque aún tenía algunas tareas pendientes que hacer; pero, para ser sincera, mi mente estaba todavía en la conversación con Román del día anterior. Nada había salido como esperaba. La duda y la frustración me acompañaban como un nudo en el pecho, y el trabajo no ayudaba a despejarme.

Vega pasó por mi lado, con el abrigo ya puesto, y se despidió sin mucha ceremonia.

—Nos vemos mañana, chicas. Que tengáis buena tarde.

Celeste y yo alzamos la mano para saludarla, y ella se marchó sin añadir nada más. En cuanto se fue, Celeste suspiró, apoyando el codo en la mesa y mirándome con una expresión cansada.

—Oye, ya que nos hemos quedado aquí las dos solas, ¿por qué no hacemos un pequeño *afterwork*? —sugirió, con una sonrisa que claramente buscaba "tema" de conversación—. A no ser que tengas plan con Román…

Sonreí, sin mucho ánimo, pero no podía negarle a Celestina su gran talento para sacarle jugo a cualquier chisme. Así que asentí y empecé a recoger mis cosas.

—Vamos, que aquí a estas horas no vamos a arreglar nada —dije.

Salimos juntas de la oficina y, mientras caminábamos hacia la salida, Celeste comenzó a lanzar indirectas para hacerme hablar.

—Bueno, te noto con una cara de pocos amigos desde que has entrado por la puerta esta mañana —dijo, mientras rebuscaba algo en su bolso—. Así que, querida mía, suéltalo. ¿Qué ha pasado con el mago?

Respiré hondo, preguntándome si debía contarlo todo, pero antes de darme cuenta, ya me estaba dejando llevar.

—Venga, vamos a un bar y lo hablamos tranquilamente —le dije, intentando esquivar sus miradas incisivas.

—Sabía que había "tema" —respondió Celeste, guiñándome un ojo mientras comenzábamos a caminar hacia algún bar cercano.

Llegamos en nada a *El Pincel*, uno de nuestros "clásicos". Nos acomodamos en una de las mesas del fondo, desde donde la música se oía lo suficientemente baja como para poder conversar sin problemas. Pedimos un par de cervezas y, después de unos minutos de charla trivial, Celeste fue directa al grano:

—Bueno, Lidi, ¿me vas a contar qué ha pasado o tengo que sacártelo todo vía interrogatorio? Porque a mí no se me engaña. Pasa algo con Román.

Tomé un sorbo de cerveza para humedecer mis labios.

—Tuvimos una discusión. Nos vimos anoche en mi casa y… no sé, la cosa se puso bastante tensa.

—¿Tensa cómo? ¿Discutisteis en serio? —Celeste me miraba con los ojos muy abiertos, como si no pudiera creerlo.

—Básicamente le dije que sabía lo de Nueva York. Que Minerva lo había soltado en vuestra reunión. Y que me molestó no enterarme por él.

—¿Y él que dijo?

—Pues en vez de decirme algo que me tranquilizara, me salió con que "lo de Nueva York aún no era algo seguro". Al final, acabamos discutiendo, porque yo le expliqué que esto para mí no es algo pasajero. Quiero algo serio, ¿sabes? Y… él acabó confesando que aún no sabe lo que quiere.

Celeste se quedó en silencio un momento, asimilando la información.

—Uf, amiga, ese es el clásico de los clásicos. "Aún no sé lo que quiero". Te lo digo desde ya, ese es el inicio de las dudas.

Bebí un trago más largo de lo que pensaba, ahogando las penas con cerveza en el fondo de mi estómago.

Seguimos charlando. Celeste tuvo la delicadeza de cambiar de tema al ver que yo estaba a punto de llorar, pero yo me agarré a la botella como si no hubiera un mañana. ¿A la botella, digo? No. A las botellas, porque cuando nos quisimos dar cuenta llevábamos tres cada una; y la risa floja se había adueñado de la mesa.

—Ah, y por cierto. El otro día fuimos al cine y después de la peli nos encontramos con su padre…

Dejé la frase colgada, pensando en si debía continuar o no.

—Ya me lo contaste. ¿No te acuerdas?

Miré el rostro ebrio de Celestina.

Y en ese momento, entre la frustración y el efecto de las cervezas, decidí que ya había guardado este secreto demasiado tiempo y que me quemaba. Mi amiga notó el silencio incómodo y me miró con expectación.

—¿Y qué pasa con su padre? —preguntó, sonriendo de lado—. Venga, cuenta, que esto se está poniendo interesante.

Miré a mi alrededor, asegurándome de que nadie nos escuchaba. Me incliné hacia adelante y bajé la voz, aunque estaba segura de que ella sería la única que escuchaba.

—Te voy a contar algo, pero prométeme que te lo vas a guardar para ti solita. Es… peliagudo.

—Por favor, Lidia. ¿A estas alturas? Parece mentira que no me conozcas. Pues claro que me lo guardaré.

Se acercó un poco más a mí con su silla, con los ojos como Candy Candy, brillando de emoción ante la perspectiva de un suculento cotilleo.

Bajé la voz todavía más.

—Sé quién es el hombre con el que Vega está teniendo su romance secreto —la boca de Celeste se abrió de par en par—. Es Ernesto. El padre de Román.

Se quedó en silencio unos segundos, acusando el impacto de la noticia. Finalmente, soltó una risa nerviosa, como si necesitara procesarlo.

—Espera, espera… ¿Me estás diciendo que Vega, nuestra Vega, está saliendo con el padre de Román? —dijo, en un susurro exagerado que hizo que ya empezara a arrepentirme de habérselo contado.

Asentí.

—Sí. Ya te dije que los había visto juntos por la calle, en Gran Vía, a lo lejos. Pero le vi a cara a él y me quedé con ella. Y eso no parecía ninguna reunión de trabajo o algo casual. Y cuál es mi sorpresa cuando voy con Román, nos encontramos con ese mismo hombre por la calle y va y me lo presenta. Y me dice que es su padre —sacudí la cabeza, intentando asimilar el lío en el que nos encontrábamos—. Y encima, Román lo admira muchísimo. Si se entera de esto, se va a

desmoronar.

—Pero…entonces el tal Ernesto no está separado de su madre, ¿no?

—No. Hasta donde yo sé, están juntos. Un matrimonio normal y corriente, vamos.

Celeste se llevó las manos a la cabeza.

—Dios santo, Lidi… Esto es una bomba. No me extraña que Vega esté tan misteriosa últimamente. ¡Es que esto es el lío del siglo! ¿Y qué piensas hacer?

—Ni idea. En el fondo no es mi asunto, pero… sabiendo lo que sé, me siento en medio de todo sin querer. Me pregunto si debería hablar con Vega y decirle que lo sé, o si debería esperar a ver cómo se desarrollan las cosas.

—Pero, ¿estás segura de que no es un matrimonio de esos abiertos?

—Según Román me ha dado a entender…no. Son una pareja modélica.

—Espera, espera —dijo Celeste, tratando de poner orden en sus ideas—. ¿Y qué pasa con el mago? ¿Él no tiene ni idea de esto, verdad?

—No, diría que no tiene ni idea. Ni remotamente. Y, la verdad, aunque tenga mis dudas con él, no se merece que le llegue un golpe como este.

Celeste asintió, reflexionando sobre todo lo que acababa de escuchar. Después me miró con una sonrisa resignada.

—Bueno amiga, pues te merecías estas cervezas. Tienes un buen lío entre manos. Pero sea lo que sea, yo te apoyo. A ti y a Vega, aunque me joda bastante que no haya sido capaz de contarnos nada.

En realidad a mí sí me había confesado que su “novio” estaba casado y que además lo estaba pasando mal, pero tuve la lucidez precisa para no decírselo también a Celestina. No quería que se sintiera mal por el hecho de que Vega había confiado un poco más en mí que en ella.

—Ya. Creo que necesitaba desahogarme con alguien, y si no fuera contigo, no sé qué haría.

Celeste levantó su botella y la chocó suavemente con la mía.

—Ya sabes que soy tu cómplice en todo esto. Y aunque sea un lío, ya lo resolveremos. Si no, ¿qué somos? —dijo, guiñándome un ojo—. Solo te pido que no me hagas guardar secretos eternamente, porque no sé si mi corazón lo soportará.

CAPÍTULO 29

Al día siguiente entré en la oficina con la sensación de que el suelo se movía bajo mis pies. Cada paso era un pequeño recordatorio de que la noche anterior me había pasado de rosca.

No ayudaba que Celeste estuviera tan fresca, sentada en su escritorio con una sonrisa triunfal y lista para comenzar el día como si nada.

—Buenos días, querida resacosa —dijo, con una sonrisa traviesa, cuando me acerqué tambaleándome.

—Cállate, Celestina. Lo último que necesito es que me recuerdes que bebimos lo mismo y tú estás como una lechuga.

Ella se rio, dándome una palmadita en la espalda.

—Ay, amiga, no es mi culpa si tu hígado no está a la altura. Aunque me alegra ver que has decidido presentarte en la oficina y no quedarte muriendo en casa. Al menos aquí te podemos recoger del suelo si te desplomas. O aguantarte el pelo si te asomas a la taza del váter.

Me dejé caer en la silla, rezando ya para que fuese un día tranquilo y pudiese pasar desapercibida.

—Créeme, me planteé teletrabajar hoy, pero luego pensé en todo lo que tenemos pendiente y en lo mucho que me arrepentiría después. Aunque, oficialmente, declaro que no vuelvo a emborracharme nunca más.

Celeste parpadeó.

—Eso dices siempre. Pero bueno, no te preocupes, que tampoco lo hacemos tan a menudo y además, hoy los temas son *light.* Nos hemos quedado sin novedades de lo de Román y… en fin, aquí seguimos. Elio todavía no te ha asignado otra cuenta, ¿no?

Negué con la cabeza y miré de reojo en dirección a la máquina de café. La mención de Román, tan temprano, no era plato de buen gusto. Desde nuestra conversación tensa de la otra noche, él no había dado señales de vida. Había esperado que, si de verdad le importaba, al menos intentaría arreglar las cosas, llamarme, mandarme un mensaje, cualquier cosa. Pero no, ni una palabra.

Abrí mi portátil.

Celeste estiró el brazo.

—¿Estás bien?

—Bueno…sin novedades.

—Uf. Bueno, para ser sincera, creo que no deberías estar tan pendiente de eso. Ya vendrán más magos en la vida, ¿no?

—Sí, seguro. Lo que pasa es que… —me detuve, dándome cuenta de que aquel tema ya se estaba volviendo deprimente.

En ese momento, Elio entró en la oficina, llamando la atención de todos mientras cruzaba la sala con paso decidido. Nos lanzó una mirada llena de complicidad y se acercó a nuestras mesas, deteniéndose junto a Celeste y Vega.

—Chicas, ¿estáis preparadas para un bombazo matutino?

Celeste se inclinó hacia él, intrigada.

—¿Nuevo cliente?

—Pues, en cierto modo, sí y no. Aunque a lo mejor Lidia ya está al tanto —dijo, guiñándome un ojo—. Vamos a tener cambios en la cuenta del mago. Olvidaos de todo lo de Nueva York.

Mis ojos se abrieron de par en par.

—¿Qué ha pasado? —pregunté, aunque ya nadie me daba vela en aquel entierro—. ¿Olvidar Nueva York? ¿Eso significa que al final no se va?

—Creo que nunca lo tuvo muy claro. ¿A ti no te ha hablado de esto?

Me encogí de hombros. Ya había hablado demasiado del tema y en realidad siempre corríamos el peligro de que cualquier información personal pudiera convertirse en un arma arrojadiza en manos de Elio el Querido.

Nuestro jefe siguió largando por esa boquita:

—Pues parece que al final no hay Nueva York. Que no se va. Y eso no es todo. Minerva ya no será el contacto de esta cuenta. Parece que por el momento a partir de ahora trabajaremos directamente con Román.

Celeste y yo intercambiamos una mirada incrédula.

—¿Que Minerva ya no es su manager? —repitió Celeste, todavía procesando la noticia—. ¿Pero qué ha pasado?

—¿Qué ha pasado? Solo ellos lo saben, querida. Por lo visto, él ha decidido prescindir de los servicios de Minerva. La noticia me llegó esta mañana, y de hecho, fue él mismo quien me llamó para confirmarlo. ¿De verdad que tú no sabías nada?

—Que no, Elio —le dije—. Que Román y yo no hablamos nada de trabajo. Pero espera… entonces, ¿nos estás diciendo que Minerva ya no tiene nada que ver con Román y su carrera? —dije, tratando de no sonar demasiado impactada, aunque era imposible.

—Mi impresión es que han decidido tomar caminos separados —Elio se encogió de hombros —. Y él mismo se va a encargar por el momento de la comunicación directa con la agencia. Es todo lo que sé. Un cambio radical, ya os lo digo.

Celeste se rio entre dientes. Se lo pasaba fenomenal en la oficina. Para ella venir cada día al trabajo debía ser como tener seis años y que te lleven al circo.

—Bueno, esto es una buena noticia, ¿no? —dijo, mirándome de reojo—. Así no tienes que lidiar más con Minerva, Lidia. Ni tú ni nosotras. Vaya alivio, ¿eh?

Sonreí, aunque estaba procesando demasiada información al mismo tiempo.

—Sí… supongo que sí. Es… sorprendente, os juro que yo no sabía nada.

Elio nos observó a ambas y se rió.

—Venga, chicas, no os pongáis tan misteriosas. Esto es lo que siempre pasa en este mundillo. A veces los artistas deciden tomar el control, y si Román siente que necesita libertad, pues eso que se lleva.

Me quedé en silencio, incapaz de reaccionar. ¿En serio Román había dejado a Minerva como manager? Eso no era una decisión cualquiera, y más sabiendo lo que ella significaba en su vida profesional… y, hasta cierto punto, en la personal.

—Bueno, bueno, Elio, entonces ¿cuándo es nuestra primera reunión con él directamente? —preguntó Celeste, con una sonrisa pícara—. No vaya a ser que se nos escape el mago.

—Eso ya lo estamos coordinando —respondió Elio, con un guiño—. Os digo más en cuanto sepa. Ah, y Lidia, si quieres vuelves a trabajar en la cuenta. Si no, seguimos como está y te paso otra cosa en breve.

Cuando Elio se marchó, Celeste me miró, claramente alterada.

—Lidia… ¿te das cuenta de lo que esto significa?

Asentí, aunque en realidad estaba más confundida que emocionada.

—Es todo muy fuerte. Pero no sé si entenderlo como una señal de que él está… ya sabes, tomando decisiones en su vida y poniéndolo todo en orden. O si esto tiene que ver conmigo. Es que no entiendo nada.

Celeste bebió un poco de su infusión y luego me miró con complicidad.

—Pues no sé cómo lo verás tú, pero para mí, clarísimamente, está tomando decisiones y si él ha decidido que Minerva ya no pinta nada en su carrera, igual significa que tampoco la quiere como parte de su vida personal. Y no es para que te hagas ilusiones… pero, oye, eso suena como si estuviera dejando espacio para alguien más.

Sonreí, pero quería más que nada ser prudente. Aunque a lo mejor nuestra conversación y ese espacio que nos habíamos dado le habían hecho reflexionar y había tenido algún efecto en él.

—Oye, no quiero emocionarme sin razón, pero… no sé, puede ser que tengas razón.

Celeste me dio un golpe en el brazo.

—¿Que puede ser? Claro que tengo razón. Así que, ¿qué vas a hacer ahora?

Me quedé en silencio un segundo, pensando en cómo debía actuar. La lógica me decía que debía esperar a que Román diera el primer paso. Pero la parte de mí que quería arreglar las cosas me decía que debía hablar con él. Aún no tenía claro qué hacer.

—Voy a pensar en ello —respondí finalmente—. Pero está claro que las cosas entre Román y Minerva han cambiado. Y, tal vez, eso significa que aún hay una oportunidad de que lo nuestro se sostenga.

Fue como si mi resaca se disipara de repente.

—Bueno. Pues veamos con qué nos sorprende el mago —dijo Celeste.

CAPÍTULO 30

Esa tarde Román me estaba esperando a la salida del trabajo. Al principio pensé que era una coincidencia, pero cuando lo vi apoyado contra la pared frente a la entrada, con las manos en los bolsillos y esa media sonrisa, supe que había venido a propósito.

Mi corazón empezó a latir más rápido, preso de la sorpresa y los nervios. Esos días sin saber de él habían sido una tortura, y aunque me había prometido no hacerme ilusiones, verlo ahí cambió todo en un segundo.

—Hola, Lidia —me saludó. Había algo en sus ojos que no había visto antes.

—Román… —respondí, sin saber exactamente cómo debía reaccionar—. ¿Qué haces aquí?

Él dio un paso adelante, acortando la distancia entre nosotros.

—Vine porque necesitaba verte. He pasado unos días pensando, dándole vueltas a todo, y entendiendo perfectamente todo lo que me dijiste.

Su tono serio hizo que me olvidara del orgullo que había intentado mantener intacto. Necesitaba saber qué era tan importante como para que él estuviera aquí, buscándome en la puerta de mi trabajo. ¡Ni siquiera le había dicho dónde estaba exactamente nuestra oficina!

—¿Ah, sí? —pregunté, tratando de parecer tranquila, aunque por dentro me moría de la curiosidad.

Román tomó aire y asintió.

—Lidia, no quiero estar sin ti. Lo he pensado mucho, y ahora tengo claro que… yo quiero estar a tu lado. No quiero que nuestra relación sea algo temporal o provisional. Quiero que sea algo real. Fue un milagro reencontrarnos. Fue magia.

Una súbita felicidad empezaba a abrirse camino en mi pecho.

—Román… yo…

Pero él levantó una mano, como si quisiera asegurarse de decir todo lo que había venido a decir antes de que yo lo interrumpiera.

—Deja que termine, por fa —dio un paso más hacia mí, y me tomó las manos, mirándome directamente a los ojos—. He estado tomando decisiones importantes, y una de ellas es que, si alguna vez me voy a Nueva York, no pienso hacerlo sin ti. No tendría sentido dejarte aquí mientras yo persigo algo que no significaría nada sin ti a mi lado.

Me quedé en silencio, procesando sus palabras. Había esperado una disculpa, tal vez, o alguna excusa por su silencio, pero esto era mucho más de lo que me hubiera atrevido a imaginar.

—Pero…Román. Yo nunca impediría que te fueras. Es una gran oportunidad para ti. No me lo perdonaría…Lo que me molestó es que no me lo contases.

Román sonrió, como si ya hubiera anticipado lo que iba a decirle.

—Ahora mismo lo de Nueva York no importa. Y aunque algún día llegara a ser algo serio, no me iré sin hablarlo contigo primero. Pero por ahora, Lidia, lo único que quiero es quedarme aquí y construir algo contigo. Porque, sinceramente, nada de lo que he logrado hasta ahora se compara con lo que siento cuando estoy contigo.

Mi respiración se aceleró.

Qué.

DIOS. MÍO.

—Has renunciado a irte…por…mí.

Román asintió, y noté que en sus ojos había algo más, una resolución final.

—Y no solo eso. También he hablado con Minerva. Le agradecí todo lo que ha hecho por mí, y también le dejé claro que quiero que sigamos nuestro camino profesional por separado. Ella lo entiende, incluso me ha apoyado. Y, de hecho, tenía ya varias ofertas de representación para otros artistas. Así que todos contentos.

Me sorprendí al escuchar eso de su boca, a pesar de que Elio ya nos lo había adelantado. Minerva había sido una figura fundamental en su vida, y si él había tomado esa decisión, significaba que realmente estaba comprometido con esto. Con nosotros.

—¿Y estás seguro de esto? —pregunté, con la voz temblorosa—. No quiero que luego te arrepientas, que pienses que has sacrificado cosas importantes de tu carrera por algo que…

Me miró intensamente y apretó mis manos.

—Es que no hay nada que sacrificar. Si esta decisión hace que mi carrera vaya más lenta o que tenga menos oportunidades, me da igual. Porque, para mí, la verdadera oportunidad que tengo ahora eres tú. No pienso dejar escapar lo que podemos tener aquí y ahora.

Me hundí entre sus brazos. Con esto me demostraba que estaba dispuesto a luchar, y aunque no quería lanzar campanas al vuelo demasiado pronto, no podía negar lo feliz que me hacía escuchar aquellas palabras.

—Román… no sabes cuánto significa esto para mí —murmuré, sintiendo un nudo en la garganta—. Pero aún no quiero ilusionarme demasiado. Necesito ver que de verdad estamos en la misma página, y que esto no es solo una fase.

Él me miró con una sonrisa tierna y asintió.

—Lo sé, y no espero que todo sea perfecto de un día para otro. Solo quiero que sepas que, pase lo que pase, yo quiero estar aquí. Y quiero ir paso a paso, construir algo sólido contigo.

Asentí, y él se inclinó para darme un beso en los labios, como si quisiera sellar todo lo que acababa de decir.

—Vamos, dame una oportunidad para demostrarte que no estoy jugando, Lidia —dijo, sonriendo con esa calidez que tanto me gustaba.

Sentí que toda la tensión se disolvía y, casi sin darme cuenta, me eché a reír, emocionada y un poco nerviosa.

—De acuerdo, señor mago. Parece que no te librarás de mí tan fácilmente.

Nos reímos juntos y comenzamos a caminar por la ciudad, dejándonos llevar por la inercia del tráfico y el gentío. No necesitábamos hablar demasiado, ambos disfrutamos de aquel reencuentro, de la certeza de estar juntos y saber que, por ahora, eso era suficiente.

Al llegar a la esquina de su calle, Román me miró y levantó una ceja.

—¿Te apetece una copa de vino en mi casa?

—¿Estás proponiéndome una velada romántica, señor Caicedo? —pregunté, riendo mientras lo miraba de reojo.

—Tal vez… y también darte un adelanto de lo que significa para mí todo esto —respondió, guiñándome un ojo—. Y si te lo preguntas…no. Mis padres no están.

—¿Dónde están?

—Mi madre se ha ido a visitar a su hermana a San Sebastián. Y mi padre…no sé exactamente, creo que viaje de negocios.

—Uhmmm…interesante.

Nos detuvimos en una pequeña bodega de la esquina, y Román eligió una botella de vino tinto.

Subimos a su casa, y la intimidad del lugar, el ambiente tranquilo y la suave luz que iluminaba el salón, me hicieron sentir más cómoda que nunca. Era como si, de alguna manera, cada rincón de ese espacio se hubiese transformado en algo nuestro.

Sirvió el vino y, sin decir nada, me abrazó. Sus manos estaban en mi cintura y su mirada fija en la mía. No necesitábamos hablar. Todo lo que habíamos compartido y lo que habíamos decidido estaba ya en sus ojos.

Brindamos en silencio y, aunque me repetí a mí misma que no debía apresurarme, no pude evitar pensar que, tal vez, esto era exactamente lo que siempre había querido. Magia pura.

CAPÍTULO 31

Me desperté a su lado, y fue como una extraña regresión al pasado, a mitad de los noventa. Allí estaba, con Román, en su cuarto de adolescente. Miré el reloj. Eran las siete de la mañana y una penumbra muy suave me ayudó a reconocer aquel improbable escenario.

Él me estaba mirando cuando abrí los ojos, y entonces recordé todo. Recordé cómo me estaba esperando a la salida de la oficina, cómo movió todas las fichas necesarias. Como no me dejó más opción que dar aquel salto, con él de la mano. Me besó, me sonrió, y deslizó sus dedos por debajo de la camiseta que me había prestado.

Me parecía increíble que aquello estuviese pasando.

Otra vez, él y yo juntos.

Empuje esa vocecita en mi cabeza que me decía que a lo mejor yo no era tan perfecta ante sus ojos.

Esa voz es una desgraciada.

Pero Román estaba haciendo magia ya fuera del escenario, distrayéndome de mis esporádicos pensamientos autodestructivos y ejerciendo una presión deliciosa justo entre mis piernas.

—¿Resaca? —me preguntó.

—Solo tomé dos copas.

—¿Trabajas hoy?

—Pues claro…¿Has de hacer tú algo? —le pregunté. Y justo después me mordí el labio. No sabía muy bien todavía si Román estaba en una posición como para…vivir solo de sus shows de magia.

—Lidia, lo de la magia…ahora va muy bien, pero hasta hace nada ha sido un hobby. He estado años trabajando con mi padre en una de sus empresas. Ser ilusionista me ha ido ocupando más tiempo, pero ha sido muy paulatino. Hasta que empezó a dar dinero y he podido dedicarme a ello…han pasado años.

—Ya, entiendo…

En resumen, que no tenía que preocuparse por el dinero y podía permitirse una mañana en la cama conmigo.

—Supongo que aún tengo una hora —susurré, sonriendo.

—Más que suficiente. Para desayunar y para…

Empezó a besarme por el cuello y para entonces yo estaba ya salidísima. Pero Román se tomó su tiempo, alternando entre besos suaves y otros más intensos, mientras me levantaba la camiseta y descendía muy despacio.

Noté cómo los músculos de mis piernas empezaban a temblar. Me miró y me mostró una sonrisa seductora y pícara, antes de encarar la piel suave y fina de mis ingles. Cuando se posicionó justo delante de mi clítoris, se detuvo para mirarme de nuevo.

Ay, lo mataría, pensé. *Si se detiene ahora…tan cerca de donde quiero que esté.* Claro que eso no me ayudaría a conseguir lo que tanto deseaba, que era quitarme de encima ese calor tan…intenso.

Por suerte, se apiadó de mí y deslizó su lengua por encima de mi clítoris, estimulándolo al

instante por encima de la tela de mis braguitas. Pero yo ya lo necesitaba mucho más cerca.

—Quítamelas, por favor.

—Bueno, ya que me lo pides tan educadamente… —dijo, respondiendo enseguida al movimiento de mis caderas y lanzando mi ropa interior al otro extremo de la habitación—. ¿Por dónde iba?

Descendió de nuevo hacia la zona de mi rodilla.

—¡Ahí no! —grité.

Se rio.

—¿Quieres mi boca en otro sitio?

—Ya sabes lo que quiero —le dije, a un segundo de empezar a suplicar.

—Dímelo, Lidia.

Sentí que me ponía roja como un tomate.

—Quiero que.. me…lo comas.

—Buena chica —dijo.

Y como recompensa, hizo exactamente lo que le pedía. Revolvió su lengua por encima de cada uno de mis pliegues, saboreando, lamiendo y presionando con su lengua voraz los puntos exactos y correctos.

Mis caderas reaccionaron volcándose hacia él.

Dios, estaba muy excitada.

—Estás muy húmeda…mmm…perfecta para mí. Joder, no puedo esperar ni un segundo más —dijo.

Sin esperar a mi respuesta, se afanó con mi clítoris. Le aplicó un severo (y delicioso) castigo con su lengua al mismo tiempo que su dedo índice se abría paso en mí. Eran contactos intensos, combinados con pequeños toques, descargas que me sacudían de los pies a la cabeza. Su lengua era literalmente la cosa más fabulosa que se me había acercado y no pude evitar cerrar un poco las piernas, atraparlo ahí abajo.

Se detuvo un momento, en cuanto el temblor ya era incontrolable, y reptó de nuevo hacia arriba, hasta que nuestros ojos quedaron a la misma altura.

—Lidia…no puedes imaginarte la de veces que pensé en ti…en esta misma cama. Cuando era solo un crío. Ahora entiendes que quisiera traerte aquí anoche, ¿no?

Se hundió en mí, con su sexo ya totalmente erecto y no pude evitar correrme mientras gritaba su nombre.

—¡Román!

—Podría oírte gritar mi nombre todos los días, a todas horas…así. Es la cosa más sexy que he oído jamás.

Sentí la comunión máxima con él. Nada separaba nuestros cuerpos y nuestros ojos estaban anclados. Se movía despacio en mi interior.

—Uff…Lidia…No sé cuánto tiempo podré aguantar.

Me sentía llena, era increíble. Su miembro frotando partes de mí que ni siquiera era consciente de que existían. Retorcí mis caderas, buscando nuevas sensaciones, y los dos gemimos al mismo tiempo. *Voy a tener que recordar este movimiento exacto,* pensé.

Me movió con un gesto rápido y certero y se colocó debajo de mí, dejándome al mando de nuestro placer. Me incorporé un poco, y después me dejé caer de nuevo, perfectamente insertada. Era desbordante.

—Muévete tú ahora… hasta que nos corramos —dijo Román—. Ya habrá tiempo de tomárselo con calma.

E hice lo que me pedía, tomando un ritmo rápido, sin concesiones, pero sintiendo cada centímetro de él desbordándome una y otra vez. El orgasmo que estaba anticipando, lo que venía…uf. No era nada que hubiese experimentado antes. Fui a por él. Lo quería de inmediato. Lo deseaba.

Y cuando por fin lo alcancé de nuevo fue una ola enorme que me sobrepasó, que desactivó todos mis sentidos, que me hizo olvidarme de todo excepto de Román. Fue lo más grande, lo más intenso que he sentido jamás, y por eso las lágrimas de felicidad fueron inevitables.

—Dios…sí…Lidia —dijo, mientras se aferraba a mis caderas.

Me incorporé un poco y él arqueó su espalda mientras gemía y se corría con la misma intensidad. Me desplomé sobre su pecho, compuesta, feliz y exhausta. Me había olvidado por completo de que me esperaba un largo día por delante.

Tal vez el día más largo de mi vida.

Y también uno de los más devastadores.

CAPÍTULO 32

—¿Nos vemos luego? —preguntó Román, dándome un último beso en la mejilla antes de cruzar la calle.

—Claro, mándame un mensaje y concretamos —le respondí, sonriendo mientras empezaba a alejarse unos pasos.

Justo cuando iba a girar hacia la entrada del metro, una risa familiar llamó mi atención. Me giré y vi a Vega saliendo de un bar de desayunos. Hablaba por teléfono, despreocupada, y parecía tan relajada que no pude evitar sonreír. Levanté la mano para saludarla, y en ese momento, Román regresó a mi lado.

—Olvidé darte un último beso —me dijo.

Entonces, como yo, la vio.

—¿Esa no es tu amiga Vega? La que estaba en la fiesta.

—Sí. Y no solo *mi amiga Vega.* También se ocupa de la cuenta de tu espectáculo en nuestra agencia…

—Oh. Qué coincidencia…

—Sí, justamente iba a… —me detuve de golpe cuando vi a alguien más salir del bar detrás de ella.

Pero ya era demasiado tarde para recular o dar vuelta atrás. Ya había llegado hasta donde estaban.

Y él era Ernesto.

Ernesto, el padre de Román, estaba justo detrás de Vega, sonriendo de una manera que me dejó claro que no era un simple acompañante. Él también la miraba de una forma que era demasiado íntima para ser casual. En cuanto nos vio a Román y a mí, su expresión se congeló.

—Papá… —susurró Román, claramente en *shock*—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Vega también se detuvo, bajando el teléfono lentamente, con una mirada de terror en su rostro.

—Lidia… —balbuceó, mirándonos como si no supiera qué decir.

Román dio un paso adelante y yo sentí el nudo en mi estómago tensarse aún más.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó él, mirando a su padre y a Vega alternativamente—. ¿Os conocéis?

Ernesto se aclaró la garganta, incómodo.

¿Iba a tener la cara de negarle a su hijo lo que estaba sucediendo?

—¿Qué tal si vamos a casa y te cuento, Román?

Román los miró de nuevo, atando todos y cada uno de los cabos en aquel momento.

—¿Esto es alguna especie de malentendido?

Ernesto bajó la voz.

—Es largo de explicar. Y tal vez este no es el sitio ni el momento…

Román se volvió hacia mí, con una expresión de incomprensión y rabia contenida.

—Lidia, ¿tú sabías esto?

Abrí la boca para responder, pero no encontré las palabras. Me quedé callada, incapaz de

decir nada mientras la culpa me consumía. Mi silencio, evidentemente, dijo mucho más de lo que habría querido.

—¡Lidia! —repitió Román, ahora elevando la voz—. ¿Sabías esto y no me dijiste nada?

Vega intentó intervenir, dando un paso adelante.

—Román, por favor, no te pongas así. Esto es algo reciente y no queríamos hacer daño a nadie, simplemente pasó y…

—¿Que no queríais hacer daño a nadie? —interrumpió Román, mirándola incrédulo—. ¿En serio, Vega? ¿Estás con mi padre y no "querías hacer daño"? Y tú… —volvió a mirarme, herido —, ¿decidiste guardarte esto, y ya está?

Mi voz salió apenas en un susurro.

—Román, no quería que lo descubrieras así… pensé que no era el momento. No sabía cómo decirte…

Soltó una risa amarga y negó con la cabeza. Aquella reacción era la primera prueba fehaciente de que él y yo aún no nos conocíamos.

—¿No sabías cómo decirme? —repitió, mirándome con una mezcla de desilusión y dolor—. Esto es increíble.

Vega intentó acercarse a él, pero Román dio un paso atrás.

—Venga, Román. Tratemos todo esto como adultos. Tu padre siempre ha querido respetarte. Estábamos esperando el momento…

—¿Respetarme? —Román la miró con incredulidad—. Mamá no tiene ni idea, ¿verdad? Sabiendo que esto podría destrozarla.

Ernesto intervino, intentando suavizar la situación.

—Román, escucha… sé que esto es difícil de entender, pero no se trata de faltar al respeto a nadie. Tu madre y yo hemos estado en una relación complicada durante años. Y esto es algo que va más allá de una simple… aventura.

Miró a su padre y noté como apretaba los puños, haciendo un soberano esfuerzo por contener su enfado.

—¿Y entonces? ¿Vas a dejar a mamá? ¿Esto es una excusa para justificar una traición? Porque por mucho que intentes explicarlo, esto es exactamente lo que parece.

Vega volvió a mirarme, suplicante.

—Lidia… por favor, di algo. Explícale que no queremos hacer daño a nadie.

Pero no pude. Me sentía incapaz de hablar, atrapada entre la lealtad que sentía hacia Román y la realidad de que allí se había ocultado algo importante.

—No… no puedo decir nada —susurré finalmente, incapaz de sostener su mirada.

Román suspiró amargamente y retrocedió.

—¿Sabes qué? Creo que ya he escuchado suficiente. Todos me habéis traicionado de una forma u otra. Tú, mi padre… y tú, Lidia. Pensé que al menos tú eras sincera conmigo. ¿No hablabas el otro día de lo mucho que te ofendía enterarte a través de otros?

Intenté acercarme, levantar la mano hacia él, pero Román la apartó con una expresión helada.

—No. No quiero escuchar más —dijo, con la voz llena de rabia contenida—. Creo que ya es suficiente para una mañana.

Ernesto intentó calmarlo, pero Román lo interrumpió.

—No quiero explicaciones, papá. Ahora lo único que quiero es irme de aquí.

Sin decir otra palabra, Román se dio la vuelta y comenzó a caminar rápidamente, dejándonos a los tres ahí, ahogándonos en un mar de emociones encontradas.

CAPÍTULO 33

Vega y yo nos fuimos juntas a la oficina en metro, en un silencio sepulcral. Cuando llegamos, nos pidió a Celeste y a mí que la acompañásemos a la cocina. Allí, rodeadas de tazas de café medio vacías, nos miramos sin saber muy bien por dónde empezar.

Celeste y yo intercambiamos una mirada rápida antes de que Vega soltara un suspiro, claramente al borde del colapso.

—Venga, Vega, ahora tienes que contárnoslo todo —dijo Celeste, cruzándose de brazos—. No podemos ayudarte si no entendemos lo que está pasando.

Tomó aire, y se pasó la mano por la cara. Vergüenza o resignación.

—Sé que no tiene sentido. Ni para vosotras ni para nadie… pero yo… yo no he podido evitar nada de esto —bajó la voz, como si solo decirlo le doliera—. Lo mío con Ernesto …empezó de una manera muy rara. Fue casi un accidente.

Celeste y yo intercambiamos miradas de incredulidad, mientras Vega miraba su taza, atrapada en sus pensamientos.

—¿Accidente? ¿Cómo te "accidentas" con el padre de Román? —pregunté, queriendo entender de verdad.

Sonrió un poco.

—Nos conocimos en una cena de trabajo hace meses, antes, obviamente, de que supiera que era el padre de nuestro cliente. Yo iba con Elio a esa reunión y… bueno, nos pusieron en la misma mesa. Al principio fue algo casual, solo hablamos, y para cuando me di cuenta, me enganché a él.

—¿Y no sabías que estaba casado?— preguntó Celeste.

Vega negó con la cabeza.

—No al principio. Para cuando me enteré, ya estábamos… demasiado involucrados. No os voy a mentir, fue un caos. Hubo semanas en las que me decía a mí misma que debía dejarlo, que esto no iba a ninguna parte, pero cuando intentaba hacerlo, él me pedía otra oportunidad. Me decía que estaba reordenando su vida.

Tomé un sorbo de café, tratando de entender la situación sin juzgarla.

—¿Y cómo has llevado todo este tiempo así, Vega? Es que no me imagino lo que debe de haber sido esconder algo como esto. ¿Él no temía que le descubrieran?

Vega se encogió de hombros, mirándome como si eso fuera lo de menos.

—Claro que sí. Y por eso tratamos de ser discretos, de no hacer nada arriesgado. Me dijo que conocía exactamente por dónde se movía su mujer y nunca salía de esa ruta. Pero, no sé… el caso es que Ernesto parecía saber cómo mantenerlo todo bajo control, así que me dejé llevar. Hasta esta mañana.

Celeste la miró, claramente escéptica.

—¿Y qué te hace pensar que esto podría funcionar a largo plazo? Porque estamos hablando del padre de Román. Es decir, ¿has pensado en cómo encajaría esto con su familia, con su vida? No quiero sonar dura, pero parece… difícil, como poco. Y no pienses que te estoy juzgando, Vega, porque aquí el que estaba comprometido es él, pero ¿no viste que podías salir perjudicada?

Vega miró hacia el suelo, visiblemente afectada.

—Lo sé. Y muchas veces me he hecho la misma pregunta. No voy a mentiros, cada vez que estábamos juntos, una parte de mí quería dejarlo. Y otra, la que no puedo controlar, quería seguir adelante. Esto no es algo de lo que esté orgullosa. Nunca he tenido una relación así.

Yo asentí, mirando de reojo mi móvil, esperando que Román contestara mis mensajes. Le había escrito dos veces desde que se había marchado esa mañana y no había respondido. Y cada minuto de silencio me hacía sentir peor.

—¿Y Ernesto? —pregunté, sin poder evitar el tono serio—. ¿Qué dice él de todo? Porque en algún momento esto iba a estallar, y lo de esta mañana ha sido… bastante obvio.

Vega se mordió el labio, claramente incómoda.

—Él ha sido siempre honesto conmigo sobre sus dudas. Me ha dicho muchas veces que le importo, que siente algo muy real, pero… bueno, también tiene sus reservas. Ya sabes, su mujer, su hijo… toda su vida apuntalada. Hay veces en las que siento que para él solo soy una especie de válvula de escape. Aunque sé que eso no lo hace menos complicado.

Celeste se llevó las manos a la cabeza y suspiró.

—Vega…

—Sé que lo parece. Y tenéis razón, pero no es tan sencillo. Esos momentos con él… —se detuvo, intentando encontrar las palabras—. Esos momentos son lo que me han mantenido a flote, lo que me hace sentir que tengo algo especial, que soy importante para alguien.

Volví a revisar el móvil. La espera me estaba matando y, a la vez, no sabía si quería leer lo que tuviera que decirme.

—Román está hecho polvo. Creo que no sospechaba nada. Yo…lo sabía, Vega. Sabía que era él. Pero opté por no decirle nada. Pensé que no me correspondía a mí, que lo que tenemos, o lo que teníamos, acababa de empezar. Y aunque me presentó a su madre, no vi claro que tuviese que decirle lo que sabía. Y también por lealtad hacia ti, supongo. Pensé que para ti también era todo complicado.

Vega me miró con los ojos llorosos.

—Siento que esta mierda te afecte a ti también. No hubiese querido bajo ningún concepto que te vieras arrastrada en esto pero…créeme. No era el momento de contarlo. Y lo peor es que siempre supe que iba a terminar saliendo a la luz de la peor manera posible.

Celeste dejó su taza en el fregadero y miró a Vega.

—No te fustigues, Vega. No creo que te corresponda a ti arreglar este desaguisado, la verdad. Piensa en ti misma.

Vega bajó la cabeza, visiblemente afectada por las palabras de Celeste.

—Lo sé… sé que no es justo para nadie. Pero tampoco puedo fingir que lo que siento por él va a desaparecer de un día para otro.

La tensión en la sala era palpable, y en ese momento mi móvil vibró. Lo miré rápidamente, pero no era Román. Solo un mensaje de un grupo de trabajo. Sentí una punzada de decepción y dejé el teléfono de nuevo sobre la mesa. Tenía que apartarme de aquel odioso trasto.

Vega me miró con los ojos enrojecidos.

—Lidia, sé que esto te pone a ti en una situación horrible. Y no espero que lo entiendas o me apoyes. Solo quiero que sepas que no era mi intención lastimarte a ti, ni mucho menos a Román. Simplemente… no supe parar a tiempo.

Me acerqué a ella y le agarré las manos.

—Vega, tú sabes cuánto te quiero. Y si esto fuera cualquier otra cosa, estaría de tu lado sin dudarlo. Pero aquí estamos hablando de un conflicto familiar. De un dolor que no va a

desaparecer tan rápido.

Vega asintió, y noté que sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Ya. Solo quería que supieras cómo me siento.

Celeste se inclinó y le dio una palmada en el hombro.

—Por ahora, amiga, lo único que te puedo decir es que tengas cuidado. Porque si Ernesto te falla y acabas sola, quiero que sepas que aquí estamos. Pero también quiero que pienses si de verdad te vale la pena seguir adelante con esto.

Vega asintió, agradeciendo la empatía que encontró en los ojos de Celeste. Yo miré mi teléfono una vez más, acusando cada vez más el silencio castigador de Román.

No podía decir que fuese un silencio cruel.

En el fondo, solo esperaba que él pudiera encontrar una forma de entender lo que había pasado, aunque sabía que, después de todo, esto no iba a ser fácil para nadie.

CAPÍTULO 34

El sábado por la mañana llegó con una lluvia gris que caía como un manto contra las ventanas. Un reflejo perfecto de cómo me sentía por dentro. Cada rincón de mi apartamento parecía empequeñecido por la tristeza, como si la melancolía se hubiera apoderado de todo.

La noche anterior había intentado convencerme de que estaría bien, de que todo esto pasaría, pero ahora, con la luz débil del nuevo día y el silencio de la casa, nada de eso parecía tener sentido.

Román seguía sin contestar. Había revisado mis mensajes mil veces, esperando algún tipo de respuesta, alguna señal de que estaba dispuesto a hablar. Pero el vacío era absoluto, y no podía evitar pensar que, quizá, este era el final.

Y lo peor de todo es que, cuanto más analizaba, menos entendía. Me preguntaba si había sido egoísta, si realmente debería haberle contado antes lo que sabía sobre Vega y Ernesto. Tal vez, al no decírselo, había traicionado su confianza de alguna manera que ni siquiera podía ver claramente. Pero por otra parte, ¿cómo iba a meterme en algo así?

Sentada en el suelo del salón, con una manta alrededor de mis hombros, puse un vinilo y me perdí un poco en la música. Las notas melancólicas se colaban por toda la casa, reflejando exactamente lo que sentía en el pecho: un dolor profundo, sordo, casi imposible de definir.

Las lágrimas comenzaron a caer. No había nadie para verme, y por primera vez en mucho tiempo me permití sentirlo todo sin reservas. Mis dudas, mi culpa, el dolor de haber perdido a alguien a quien empezaba a querer.

Me preguntaba, una y otra vez, qué había hecho mal, pero era incapaz de llegar a una conclusión. Las decisiones que había tomado se mezclaban en mi mente, sin orden ni razón, y me hacían sentir pequeña e impotente.

Me levanté y fui a la cocina, buscando distracción en las tareas más sencillas. Mientras ponía la cafetera en marcha, recordé los momentos que había compartido con Román. Las risas, las confidencias, esos momentos que parecían tan sólidos, tan reales. Y ahora parecían tan lejanos.

¿Por qué?

¿Por qué me has retirado la palabra de esta manera?

Se lo susurré al aire, como si decirlo en voz alta fuera a hacer que él apareciera.

Pero cómo no; el silencio fue la única respuesta. La cafetera empezó a burbujear, llenando el espacio con un olor que normalmente me reconfortaba, pero esa mañana no conseguía arrancarme ni una pequeña sonrisa.

Volví al salón con la taza en las manos y me dejé caer en el sofá, mirando la lluvia resbalar por los cristales. Era curioso cómo, cuando nos sentíamos bien, la lluvia era reconfortante, pero ahora solo hacía que todo pareciera más oscuro.

Me cubrí con la manta y cerré los ojos, intentando apagar los pensamientos, pero todo era inútil. Las lágrimas volvieron a caer y dejé que lo hicieran, sin luchar contra ellas. La música me acompañaba y al final, me rendí al llanto. Lo dejé ir, esperando que me purificase.

No sabía si lloraba por Román, por lo que no habíamos llegado a ser, o por la confusión de haberme quedado en medio de un conflicto en el que nunca quise estar.

¿Por qué tiene que ser todo tan difícil? —susurré, sintiendo cómo el peso de las últimas semanas me oprimía el pecho.

Pasé las horas así, envuelta en mis propios pensamientos, sin otra compañía que la música más triste de mi colección. Los recuerdos recientes seguían apareciendo en mi mente, como una sucesión interminable de momentos y dudas. Me repetía una y otra vez que debería ser fuerte, que no podía hundirme por algo que tal vez no estaba destinado a ser, pero al mismo tiempo la tristeza me envolvía, como si fuera una parte de mí de la que no podía desprenderme.

Y entonces sonó el timbre de la puerta.

La sorpresa me sacó de golpe de ese letargo en el que estaba sumida. Me quedé quieta un segundo, incapaz de moverme, dudando de si había escuchado bien. Pero el timbre volvió a sonar, rompiendo el silencio de la casa y obligándome a reaccionar.

Corrí hacia la puerta. Ni esperaba a ningún mensajero, ni visitas…Por un momento pensé en Román. ¿Y sí…?

Respiré hondo antes de abrir.

Y después lo hice, con toda la energía que logré reunir.

No era Román.

Era mi hermana Clara, que aterrizaba en la ciudad convertida el mejor de los bálsamos.

CAPÍTULO 35

Ahí estaba mi hermana gemela, con su coleta desordenada, una pequeña maleta a su lado, y la expresión de quien está a punto de soltarte una buena reprimenda.

—¿Se puede saber qué le pasa a tu móvil? —preguntó, cruzándose de brazos.

—¿Clara? ¿Qué… qué haces aquí? —balbuceé, todavía en *shock.*

—Pues que he venido a hacer de detective, dado que mi hermana quedó en llamarme hace días y, al parecer, decidió que no existo.

Ostras. Nunca la llamé.

—Ay, Clara, lo siento. He tenido… días complicados.

Ella soltó un suspiro y me dio un abrazo fuerte, uno de esos que me hacían sentir como en casa. Lo acepté sin protestar, aferrándome a ella como si el simple contacto pudiera hacer desaparecer todos los problemas.

—Venga, que se te nota la cara de drama total —dijo, dándome un suave empujón al entrar en el salón—. No te preocupes, tu hermana favorita ha venido a salvarte.

—Mi hermana favorita y única hermana —me reí, aliviada —. Pero, ¿a qué se debe esta visita sorpresa?

—A un congreso de ciencia que empieza el lunes. Ya sabes, a alguien tienen que aplaudirle por ser brillante. Pero, la verdad, la mitad de la razón por la que estoy aquí eres tú. Te llamé un par de veces y nada, así que decidí que era hora de hacer una inspección sorpresa.

La miré. Aún no me creía que estuviese allí. Hacía meses que no nos veíamos, desde el verano. Antes iba más a Londres a visitarla.

—Perdón, Clara. De verdad, pensé en llamarte, pero… —mi voz se quebró, y me di cuenta de que las lágrimas volvían a asomar.

Me miró muy seria y me llevó al sofá.

—A ver, cuéntame lo que pasa. Aunque para eso primero necesitamos café, porque esa cara de tortura medieval es seria.

Puse en marcha la cafetera otra vez y minutos después, nos sentamos con las tazas, y comencé a contarle todo.

—Es… complicado —suspiré, tomando un sorbo de café—. Lo de Román estaba avanzando, todo estaba bien después de algunos contratiempos por líos con la oficina y con su cuenta. Todo bien, hasta hace un par de días. Ahora no sé si siquiera lo volveré a ver. Lo de Vega ha sido…

—¿Vega? ¿No será tu amiga de la oficina?

Asentí y le conté todo sobre el enredo de Vega con Ernesto, el padre de Román. Cuando terminé, Clara me miraba con la boca abierta.

—Madre mía, hermana. Esto parece el guion de una telenovela. ¿Entonces tú sabías de Vega y el padre de Román, y no dijiste nada?

—Exacto. Pensé que no era asunto mío. Pero ahora… Román cree que lo traicioné.

Clara asintió lentamente, como si intentara procesarlo todo.

—¿Y has intentado hablar con él?

—Le envié mensajes, pero no ha respondido. Yo… —bajé la mirada, frustrada—. La verdad,

Clara, no sé qué hacer. No sé si debí contárselo antes, o si fue un error quedarme callada.

Clara suspiró y me puso una mano en el hombro.

—Lidi, tranquila. Mira, a veces la gente reacciona mal cuando las cosas se complican, y él parece estar en pleno *shock*. Pero si realmente te quiere, lo superará y te llamará. Solo necesitas paciencia.

—¿Paciencia? —bufé—. No soy buena en eso, lo sabes.

—Por eso lo digo —respondió con una sonrisa traviesa—. A ver, hermana, no le hiciste nada malo. No eres responsable de lo que haga o no haga la gente de su vida. Solo diste tiempo a Vega, y quizá él necesita el mismo tiempo para entenderlo.

Asentí, aunque seguía sintiendo el nudo en el pecho.

—Oye, ¿y por qué me miras con esa cara? —pregunté, viendo su expresión misteriosa.

Clara se encogió de hombros, pero sonrió.

—Es que hace unos días me acordé de algo sobre Román, algo que creo que tú has olvidado. De hecho, estaba viendo álbumes de fotos viejos antes de venir aquí, y ¡puf!, me vino a la mente.

—¿Algo de Román? —fruncí el ceño, tratando de recordar.

—Sí, sí… —Clara tomó un sorbo de café, haciéndose la interesante—. Verás, cuando éramos niños, me acuerdo que había un chaval en nuestra clase de natación. Tú siempre lo llamabas el "pesado insoportable", pero, ¿recuerdas la vez que te caíste en la piscina?

Puse los ojos en blanco.

—Por supuesto que recuerdo eso. Era el primer día de clase de natación. Fue horrible. Casi me ahogo.

Clara se inclinó hacia adelante, sonriendo.

—¿Y no recuerdas quién fue el que se tiró sin dudarlo a sacarte? Román. Fue él. Y eso fue incluso antes de que nos encontráramos con él en el colegio. Antes de que te hiciese la vida imposible con sus tonterías.

Me quedé de piedra. Ese detalle, ese recuerdo de infancia, estaba tan sepultado en mi mente que apenas lo reconocía ahora. Pero sí… sí, Román había sido quien me había ayudado cuando creí que el agua me arrastraba. Había sido un niño impulsivo, claro, pero en ese momento fue lo único que evitó que la cosa fuera a más.

—¿Por qué no me acordaba de eso? —murmuré, mirándola sorprendida.

—Porque cuando éramos niñas, tú y él os llevabais como el perro y el gato. Pero yo creo que en el fondo… ese Román que te sacó de la piscina sigue ahí. Tal vez, después de todo, estabais destinados a reencontraros.

Las palabras de Clara resonaron en mí, y una pequeña lucecita de esperanza se encendió. Tal vez esto no era el final, quizá tenía razón y Román solo necesitaba unos días para procesarlo todo y ver lo que realmente significábamos el uno para el otro.

—¿De verdad crees que llamará? —pregunté, insegura.

Clara sonrió, sin dudarlo.

—Claro que sí. Y si no, ahí estaré yo para recordarle lo que vale mi hermana. Pero mientras, ¿qué te parece si salimos a comer algo y dejas de escuchar canciones lacrimógenas?

Solté una risa. Mi hermana siempre abominaba de la comida en Londres y solo pensaba en comer cosas ricas cuando llegaba.

—Tienes razón. Ya estoy harta de estar triste.

Me vestí a toda prisa, me di dos brochazos de colorete y salimos a ver qué nos deparaba la tarde.

CAPÍTULO 36

Era domingo por la mañana, y, aunque había esperado un día tranquilo en casa, vi enseguida que Clara tenía otros planes.

—Vamos, Lidi. ¿Cuándo fue la última vez que patinaste en el Retiro? —dijo ella, poniéndose las manos en las caderas con una sonrisa retadora—. No hay nada mejor para animarse que un buen paseo sobre ruedas. Hace siglos que no patinamos juntas.

—No estoy muy segura de que "animarse" sea una opción hoy —respondí, tumbada en el sofá con el móvil en la mano—. Hace un par de semanas que no patino. No sé si quiero tener el culo dolorido mañana en la oficina.

Clara resopló.

—¡Venga, sé muy bien que tienes dos pares de patines! Uno para ti y otro para mí. Es la oportunidad perfecta para recordar viejos tiempos.

La miré, dudosa, pero al final claudiqué. Clara tenía ese talento especial para arrastrame hacia cosas absurdas cuando lo que quería era quedarme bajo una manta.

—Está bien, vamos —dije, poniéndome de pie con un suspiro—. Pero si me caigo y acabo con las rodillas moradas, va a ser tu culpa.

Clara rió y me dio una palmadita en el hombro.

—Pero si desde que tengo uso de razón calzarte los patines ha sido tu vía de escape.

Apenas una hora después, con la cafeína ya recorriendo nuestros cuerpos serranos, nos encontrábamos en el Retiro, rodeadas de árboles y de un montón de gente disfrutando del domingo. Me había atado los patines con un poco de recelo. Era extraño, como si hiciese siglos que no me subía a ellos; tratando de recordar cómo era eso de lanzarse sin miedo por las aceras. Clara, por supuesto, no tenía ni una pizca de dudas y ya estaba deslizándose por el camino con la soltura de siempre.

—¡Vamos, tortuga! —me gritó desde unos metros adelante, riéndose.

La seguí, acoplándome a su ritmo y empezando a recordar lo bueno que era sentir el aire en la cara mientras me deslizaba. Pronto nos acercamos al lago, donde el parque se abría en un espacio más amplio lleno de turistas, algunos vendedores ambulantes y grupos de niños corriendo de un lado a otro.

Fue entonces cuando noté un pequeño tumulto en un rincón del parque, con un montón de niños apiñados y algunos adultos que miraban entretenidos.

—¿Qué pasa allí? —pregunté, tratando de distinguir algo entre la multitud.

Clara entrecerró los ojos y sonrió.

—¡Vamos a ver! —dijo, sin esperar mi respuesta.

Nos acercamos, y al ver la figura sobre un pequeño escenario improvisado, me quedé de piedra. Clavada en el asfalto.

Román estaba allí, en el centro del meollo, rodeado de niños y haciendo trucos de magia, totalmente concentrado.

Mi primer instinto fue dar media vuelta y desaparecer, pero Clara me detuvo con una mano en el brazo.

—¿Qué pasa? —me susurró, con una sonrisilla—. ¿No querías verlo?

—No así —murmuré, incómoda, pero sin poder apartar la mirada—. Vámonos, Clara. No quiero ser parte de esto. Tenemos una conversación pendiente que ni siquiera sé si tendrá lugar y…

Clara puso los ojos en blanco.

—Ay, por favor. Ya nos ha visto. Mira cómo te mira de reojo. No va a dejar que te vayas tan fácilmente.

Y, efectivamente, en ese momento Román levantó la vista y me vio. Su expresión cambió al instante, pasando de la concentración a una sonrisa genuina. Miró hacia la multitud y, como si fuera lo más natural del mundo, alzó la voz.

—Bueno, niños, parece que hoy tenemos una ayudante especial entre el público —anunció, mirando directamente hacia mí—. ¿Qué tal si le damos la bienvenida con un fuerte aplauso? ¡La señorita patinadora, por favor!

Unos cuantos niños empezaron a aplaudir, mientras otros se acercaban a nosotras, curiosos. Mi cara ardía, y miré a Clara con una mezcla de pánico y súplica.

—No, no, Clara, ¿qué es esto?… No pienso hacerlo. Otra vez no —empecé a retroceder, pero ella me empujó suavemente hacia el frente.

—Claro que sí. Anda, ve —dijo, guiñándome un ojo.

Antes de que pudiera protestar, Román me tomó de la mano y me ayudó a subir al pequeño escenario, por el que me deslicé patinando. La multitud estaba completamente embelesada, y él me miró con una sonrisa cargada de complicidad.

—Confía en mí, ¿vale? —me susurró, mirándome intensamente.

—No sé si es buena idea —respondí, intentando parecer serena aunque mi corazón latía con fuerza.

—Prometo no fallar en el truco —dijo, sin perder la sonrisa.

Me hizo girarme hacia el público y, acto seguido, movió las manos hacia una tela alta y colorida que nos separaba de todos los espectadores. Mi hermana estaba al fondo, agitando la mano como una loca y empuñando su teléfono móvil para registrar el gran acontecimiento.

—Atención, señores y señoras, niños y niñas, porque ahora mismo vais a presenciar uno de mis trucos más impresionantes. ¡Voy a hacer desaparecer a mi ayudante! —anunció, y los críos aplaudieron emocionados.

Me miró un segundo más, con una expresión en los ojos que nunca había visto. Entonces tiró de la tela y nos dejó completamente a solas, ocultos tras el biombo.

—Esto es absurdo —murmuré.

El murmullo del público y los aplausos quedaron ahogados, y el espacio entre nosotros se llenó de un silencio inesperado. Me miró fijamente, con una sonrisa cálida y, por primera vez en mucho tiempo, sin una pizca de duda en los ojos.

—Lidia… —susurró, acercándose lentamente—. Lo siento de veras. No sé en qué estaba pensando, o cómo pude dudar de ti. He sido un completo idiota, y no hay excusa para ello.

Tragué saliva, notando que toda la rabia y el dolor que había sentido estos días empezaban a disolverse al escuchar sus palabras.

—Román… —comencé, pero él me interrumpió.

—No, déjame terminar. He estado pensando en todo, en lo que significa que tú estés en mi vida, y lo único que tengo claro es que no puedo imaginarme sin ti. Me equivoqué, y no hay magia en el mundo que pueda cambiar eso. Pero sí puedo prometerte que nunca más dudaré de ti.

Cerré los ojos un segundo, y en mi mente surgió un recuerdo: la piscina, ese día en el que me

había caído, y cómo ese niño que tanto me irritaría después fue el que me salvó. Lo recordé con claridad, y al abrir los ojos, vi en los de Román la misma confianza de entonces.

—¿Sabes? Te recordé gracias a mi hermana, en clase de natación… me sacaste del agua cuando casi me ahogo —susurré, con una sonrisa.

Él sonrió y asintió, acercándose más.

—¿Ves? Siempre he estado ahí para ti, incluso cuando ni siquiera sabía lo que sentía. Y ahora que sí lo sé, no pienso dejarlo escapar.

Sin decir nada más, me tomó entre sus brazos y me besó.

Fue un beso lleno de certezas, de promesas y de perdón. Y, por un momento, el mundo dejó de existir. No había espectadores, ni problemas, solo nosotros.

Cuando finalmente nos separamos, escuchamos las risas y los aplausos de los niños. El biombo se había caído, y todos nos miraban encantados.

—¿Ha sido magia? —gritó uno de los niños, y Román sonrió, haciéndole una reverencia.

—Claro que sí, amigo. La mejor magia que existe —respondió, guiñándome un ojo.

Apreté su mano, sintiendo cómo todo el peso de los últimos días se desvanecía, y supe que estaba justo donde quería estar. Subida encima de unos patines, al aire libre, entre sus brazos.

CAPÍTULO 37

—Eres una cerda traidora, y lo sabes —le dije a Clara, entrecerrando los ojos mientras patinábamos por el parque.

Mi hermana soltó una carcajada, sin molestarse en disimular.

—¿Cerda? Por favor, di "genia de la logística emocional", que suena mejor. Esto era necesario, y en el fondo lo sabes.

—¿Necesario? —repliqué, tratando de mantener el equilibrio mientras esquivaba a un perro que se cruzaba en nuestro camino—. ¿Compincharte con Román para tenderme una emboscada? Claro, súper necesario.

Clara se encogió de hombros, sonriendo con la satisfacción de quien tiene toda la razón.

—¿No estás mejor que hace unos días? Además, no lo hice por ti. Lo hice por mí, porque no iba a poder soportar tus lloriqueos.

Le di un suave empujón con el hombro, pero al final terminé riéndome también. Había algo en ella que siempre hacía imposible no perdonarla.

Cuando llegamos a una explanada junto al lago, me quedé boquiabierta. Allí había muchas caras conocidas, riendo y charlando como si el universo se hubiera alineado para reunirlos.

Celeste agitó la mano desde lejos, con una sonrisa burlona, y Vega parecía más tranquila que en semanas, sentada junto a Ernesto, que estaba visiblemente más relajado de lo habitual. Incluso Minerva estaba allí, acompañada de un chulazo de dos metros que parecía sacado de una portada de revista.

—Esto… —empecé, señalando a la multitud—. ¿Es un picnic o la reunión más surrealista de mi vida? Pero si solo falta mi jefe.

Clara rió y me dio un empujón suave hacia adelante.

—Es tu vida, Lidia. Ya deberías estar acostumbrada. Anda, ve. Y por cierto, Elio ha puesto una excusa patillera para no presentarse.

Román, que se había quedado a recoger después de su *show* infantil; apareció de la nada, como siempre hacía, con esa sonrisa que me desarmaba. Me cogió de la mano, ayudándome a quitarme los patines antes de que acabara rodando por el césped. Me agaché un momento junto a mi mochila para ponerme unas zapatillas de deporte.

—¿Te gustó la sorpresa? —preguntó, inclinándose hacia mí.

—No sé si "gustar" es la palabra —respondí, con los brazos cruzados, aunque ya empezaba a sonreír—. Pero reconozco que es… muy tú. ¿Alguien puede explicarme qué es todo esto?

—Lo tomaré como un cumplido —Román se rió y luego me susurró—. Pues es solo una pequeña fiesta. Clara me dijo que no era buena idea, pero yo pensé que en el fondo te haría feliz.

—Pero…¿cómo te encontró?

—Me envió un mensaje por Instagram hace un par de semanas. Me acordé de ella enseguida, claro. Por algo es tu viva imagen. Me recordó aquel episodio infantil de tu ahogamiento en la piscina. Muy Lidia todo. Me dijo que iba a estar en Madrid este fin de semana porque tenía trabajo por aquí. Y el resto, es historia.

Pero qué lianta, pensé, mientras veía como mi hermana charlaba animadamente con Celeste.

Nos acercamos al grupo, y Celestina fue la primera en abalanzarse.

—¡Por fin apareces! —exclamó, dándome un abrazo efusivo—. ¿Qué tal fue la desaparición?

—Más o menos bien —respondí, riendo.

Vega, por su parte, parecía más tranquila que nunca, aunque todavía un poco tímida al estar junto a Ernesto en público. Él le puso una mano en el hombro de forma discreta, pero tierna.

—Me alegra veros aquí.

Me senté junto a ella y Vega me abrazó.

Ernesto sonrió con calma.

—Solo necesitábamos una conversación un poco tranquila…para resolver las cosas.

—¿Resolver las cosas?

Román, que estaba cerca, aprovechó el momento para sentarse a mi lado y me tomó la mano.

—Mis padres ya lo han hablado todo —dijo, mirándome con una expresión serena—. Resulta que llevan años en una especie de separación no oficial. Lo único que los mantenía juntos era la costumbre, pero resulta que desde hace tiempo ambos tienen sus propias vidas.

—¿Y tú no sabías nada? —pregunté, sorprendida.

—No, ni idea. Pero tiene sentido. Mi madre no está en San Sebastián con su hermana, sino con su nueva pareja. Un hombre estupendo, por cierto, con quien está realmente feliz. Y de momento parece que los dos están cómodos con la distancia.

Miré a Ernesto, que asentía lentamente, confirmando las palabras de Román.

—Entonces… ¿esto significa que todo está bien? —pregunté, un poco incrédula.

—Más o menos —dijo Román, encogiéndose de hombros—. Digamos que por ahora la tormenta ha pasado.

En ese momento, Minerva y su novio modelo se acercaron al grupo. Ella llevaba unas gafas de sol enormes y una sonrisa que no habíamos visto en meses.

—Solo hemos venido a saludar —anunció, con ese tono teatral que nunca abandonaba—. No podíamos perdernos este momento tan… pintoresco.

—¿Y este quién es? —preguntó Celeste, señalando al chico alto.

—Se llama Lucca, y no tengo tiempo para explicaros de dónde lo he sacado, pero basta con decir que es mío. —Minerva le dio un beso en la mejilla antes de mirar a Román—. ¿Todo bien contigo, mago?

—Todo en orden, Minerva. Gracias por venir.

Ella sonrió, saludó al grupo con un gesto de mano y se alejó con su novio, dejándonos a todos con las cejas alzadas.

—Bueno, pues eso ha sido… raro —dijo Clara, rompiendo el silencio.

—Es Minerva, ¿qué esperabas? —respondí, riendo.

El resto del picnic transcurrió entre bromas, comida y muchas risas. Román se levantó en un momento para servir más bebida, y yo lo seguí, aprovechando para tener un momento a solas.

—Gracias por esta reunión sin sentido —le dije riéndome, buscando su mano en cuanto estuvimos alejados del grupo—. Solo falta mi propio ex.

—Y mi madre con su novio vasco. ¿Por qué me das las gracias, nena?

—Por demostrarme que las cosas pueden arreglarse, que no todo tiene que ser siempre un desastre.

Román se quedó en silencio por un momento, mirándome como si intentara memorizar cada detalle de mi cara.

—Lidia, eres lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo. Y si algo he aprendido con todo esto, es que no quiero dejar escapar lo que tenemos.

Sonreí, sintiendo cómo todas las dudas y los miedos se desvanecían de una vez por todas.

—Pues no lo hagas.

Y sin más palabras, Román me tomó entre sus brazos y me besó.

Fue un beso lleno de promesas y certezas, mientras el sol empezaba a ponerse sobre el parque. Por primera vez en mucho tiempo, sentí que todo estaba en su lugar.

La magia había hecho acto de presencia, y esta vez, no era una ilusión.

Era real.

EPÍLOGO

Dos años después…

Nueva York siempre me había parecido el centro del universo, y ahora, al caminar por sus bulliciosas calles con el sonido de los taxis y los neones iluminando todo a mi alrededor, entendía por qué. Pero lo que nunca había imaginado era que estaría aquí con Román, no como una turista más, sino como parte de este loco viaje que era nuestra vida juntos.

—¿Te das cuenta de que estamos viviendo un sueño? —le dije, agarrándole de la mano mientras caminábamos por Times Square.

Román sonrió con esa mezcla de modestia y picardía que había perfeccionado con los años.

—¿Nuestro sueño o el mío? Porque técnicamente, tú odiaste la idea de venir al principio.

—Odiar es una palabra muy fuerte. Digamos que tenía mis reservas. Pero mírame ahora, una neoyorquina más.

—Sí, claro. ¿Por eso todavía te paras en cada puesto de perritos calientes como si no los vendieran en Madrid?

Le di un codazo, riéndome.

—¡Son diferentes! Además, ¿quién se niega a un perrito caliente a las tres de la tarde?

—La gente que no quiere morir de colesterol antes de los cuarenta.

Román me guiñó un ojo y se detuvo frente a una esquina abarrotada de turistas.

Un grupo de chicas jóvenes pasó junto a nosotros, y una de ellas se lo quedó mirando, abriendo los ojos como platos.

—¡Oh, *my god!* —dijo, agarrando del brazo a su amiga—. ¡Es él! ¡Es Román Caicedo!

Román me miró con una mezcla de orgullo y resignación.

—Aquí vamos —murmuró, bajando la cabeza ligeramente como si con ese simple gesto pudiera desaparecer.

—¡Disculpa! —le dijo una de las chicas, acercándose tímidamente—. ¿Podemos hacernos una foto contigo? ¡Somos súper fans de tu espectáculo!

—Claro, claro —Román adoptó su pose más encantadora.

—¿Quieres que os haga la foto? —me ofrecí, pero una de las chicas gritó emocionada.

—¡Y tú eres Lidia! ¡Te conocemos por las redes! ¡Siempre sales en las publicaciones detrás de las cámaras!

Román me lanzó una mirada de triunfo, y yo sonreí forzadamente mientras las chicas se organizaban para la foto.

—Dios, eres como una influencer, ¿eh? —murmuró él en voz baja mientras las chicas se turnaban para posar a su lado.

—Eres insoportable.

Le di un suave empujón, pero no pude evitar reírme.

Cuando finalmente se despidieron con una serie de "¡gracias!" y "¡te amamos!", seguimos caminando.

—¿Ves? Esto no es tan malo —dijo él, metiéndose las manos en los bolsillos—. Un par de fotos y listo.

—Es fácil para ti decirlo. Tú no tienes que soportar a la gente diciéndome: "¿Eres la novia del mago?" como si fuera mi único logro en la vida.

Román soltó una carcajada.

—Pues claro que eres más que eso. Eres mi publicista, mi mánager y mi razón para no perderme por completo en este caos.

—Ah, y yo que pensaba que solo servía para aguantarte la chaqueta.

—No te subestimes, cariño. También eres muy buena organizando mis calcetines.

—Román, te juro que un día desaparecerás de verdad, y no será un truco.

Nos reímos mientras cruzábamos la calle y nos detuvimos frente a un puesto de *pretzels.* Román compró uno y me lo ofreció antes de que pudiera decir que no.

—Venga, vamos a hacer una videollamada a las chicas —dije, sacando mi móvil—. Celeste y Vega deben estar muriéndose de envidia.

—¿Seguro que Vega no está muy ocupada con… ya sabes?

—Oh, no te preocupes. Ahora que Ernesto y tu madre son casi amigos, todo está bajo control.

Román chasqueó la lengua pero no dijo nada. Sabía que el tema de su padre seguía siendo complicado, aunque ahora lo llevaba con más humor.

Marqué el número de Celeste, y ella respondió al instante, con Vega detrás de ella en lo que parecía la cocina de la oficina.

—Miiiiira. Los neoyorquinos. ¡Por fin se acuerdan de nosotras! —gritó Celeste, agitando la mano frente a la cámara.

—¿Qué tal va el *sex in the city?* —añadió Vega, sonriendo.

—Oh, ya sabes, todo luces y glamour —respondí, girando el móvil para que pudieran ver Times Square—. Pero no os preocupéis, sigo siendo la misma chica humilde que solía traer el café a las reuniones.

—¡Oye! —interrumpió Román, inclinándose hacia el móvil—. Eso es mentira. Ahora es la chica que me trae el café a mí.

Las dos se echaron a reír, y Celeste señaló algo en el fondo.

—Espera, ¿ese es un cartel con tu careto? ¿Ahí, justo al lado del de *Hamilton*?

Román levantó una ceja, fingiendo modestia.

—¿Qué puedo decir? Me codeo con lo mejor.

—Ay, Lidia, ¿cómo aguantas a este hombre? —preguntó Vega, riendo.

—Es un trabajo duro, pero alguien tiene que hacerlo.

Nos despedimos después de unos minutos de risas y chorradas varias, y yo guardé el móvil mientras seguíamos caminando.

—Es extraño estar lejos de ellas —dije, un poco más seria—. Pero estoy feliz de estar aquí contigo.

Román me rodeó con un brazo y me atrajo hacia él.

—No sé si te lo he dicho últimamente, pero… no sé cómo habría llegado hasta aquí sin ti.

Lo miré.

—¿Seguro? Creo que cualquiera de tus fans adolescentes habrían estado encantadas de ocupar mi lugar.

—Oh, claro, pero ninguna de ellas es tú —se detuvo en medio de la acera y me miró directamente a los ojos—. Lidia, todo esto… Nueva York, Broadway, las luces… nada de eso importa si no estás a mi lado. Eres consciente, ¿verdad?

Sonreí, sintiendo cómo el caos de aquella arrolladora ciudad se desvanecía a nuestro alrededor.

—Eres un mago insoportable, ¿lo sabías?

—Y tú eres mi truco favorito —Román me tomó entre sus brazos y me besó, allí mismo, en medio de Times Square, mientras el mundo seguía girando a nuestro alrededor.

Román tenía razón.

La magia no estaba en el escenario, ni en los aplausos ni en los focos, sino en cómo brillábamos cuando estábamos juntos.